



Jack London

La Gente del
Abismo



E LEJANDRIA



Jack London

La Gente del
Abismo



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA GENTE DEL ABISMO

JACK LONDON

PUBLICADO: 1903
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
EDICIÓN ORIGINAL: THE PEOPLE OF THE ABYSS

LA GENTE DEL ABISMO

PREFACIO

Las experiencias que se relatan en este volumen me ocurrieron en el verano de 1902. Bajé a los bajos fondos de Londres con una disposición de ánimo que podría compararse mejor con la del explorador. Estaba dispuesto a dejarme convencer por lo que vieran mis ojos, antes que por las enseñanzas de quienes no habían visto, o por las palabras de quienes habían visto y se habían ido antes que yo. Además, llevé conmigo ciertos criterios sencillos con los que medir la vida de los bajos fondos. Lo que fomentaba más vida, salud física y espiritual, era bueno; lo que fomentaba menos vida, lo que hería, empequeñecía y deformaba la vida, era malo.

Al lector le resultará fácil advertir que vi mucho de lo malo. Sin embargo, no debe olvidarse que la época de la que escribo se consideraba una época de «bonanza» en Inglaterra. El hambre y la falta de cobijo que encontré constituían una condición crónica de miseria que nunca desaparece, ni siquiera en los períodos de mayor prosperidad.

Al verano en cuestión le siguió un invierno duro. Grandes cantidades de desempleados se organizaron en manifestaciones, a veces hasta una docena al mismo tiempo, y recorrían a diario las calles de Londres clamando pan. Mr. Justin McCarthy, escribiendo en enero de 1903 para el New York Independent, resume brevemente la situación en los siguientes términos:

«Los asilos no tienen ya espacio para acoger a las muchedumbres hambrientas que claman día y noche a sus puertas en busca de comida y cobijo. Todas las instituciones de caridad han agotado sus medios intentando proporcionar alimentos a los famélicos habitantes de los desvanes y los sótanos de los callejones y las callejuelas de Londres. Los cuarteles del Ejército de Salvación en distintos barrios de Londres son asediados cada noche por hordas de desempleados y hambrientos a quienes no se puede proporcionar ni techo ni sustento.»

Se ha argumentado que las críticas que he vertido sobre la realidad inglesa son demasiado pesimistas. Debo decir, en mi descargo, que, entre los optimistas, soy el más optimista. Pero mido la condición humana menos por las agrupaciones políticas que por los individuos. La sociedad crece, mientras las maquinarias políticas se desmoronan y acaban convertidas en «chatarra». Para los ingleses, en lo que respecta a la condición humana, la salud y la felicidad, veo un futuro amplio y prometedor. Pero para buena parte de la maquinaria política que en la actualidad los gobierna mal, no veo otro destino que el desguace.

JACK LONDON.

PIEDMONT, CALIFORNIA.

CAPÍTULO I

EL DESCENSO

—Pero no puede hacerlo, ya sabe —me dijeron los amigos a quienes acudí en busca de ayuda para hundirme en el East End londinense—. Mejor hable con la policía para que le pongan un guía —añadieron, pensándolo bien, esforzándose penosamente por adaptarse a los procesos mentales de un lunático que se había presentado ante ellos con mejores credenciales que seso.

—Pero no quiero hablar con la policía —protesté—. Lo que deseo es bajar al East End y ver las cosas con mis propios ojos. Quiero saber cómo vive esa gente, por qué vive allí y para qué vive. En definitiva, voy a vivir allí yo mismo.

—¡No querrá vivir ahí abajo! —me dijo todo el mundo, con la desaprobación escrita en el rostro—. Dicen que hay lugares donde la vida de un hombre no vale ni dos peniques.

—Precisamente los lugares que quiero ver —los interrumpí.

—Pero no puede, ya sabe —era la invariable respuesta.

—Que no es lo que he venido a consultarle —respondí con brusquedad, algo irritado por su incompreensión—. Soy forastero

aquí, y quiero que me cuente lo que sabe del East End para tener algo a lo que agarrarme.

—Es que no sabemos nada del East End. Está por ahí, en alguna parte. —Y agitaban la mano vagamente hacia donde, en raras ocasiones, puede verse salir el sol.

—Entonces iré a la agencia Cook —anuncié.

—Ah, sí —dijeron, aliviados—. La agencia Cook seguro que sabe.

Pero ¡oh Cook, oh Thomas Cook & Hijo, exploradores de rutas y desbrozadores de caminos, postes indicadores vivientes para todo el mundo, y dispensadores de primeros auxilios a los viajeros desconcertados! Sin vacilar ni un instante, con facilidad y celeridad, podíais enviarme a la más oscura África o al más recóndito Tíbet, pero al East End de Londres, a apenas un tiro de piedra de Ludgate Circus, ¡no conocéis el camino!

—No puede hacerlo, ya sabe —dijo el humano emporio de rutas y tarifas de la sucursal de Cook en Cheapside—. Es tan... hum... tan inusual.

—Consulte a la policía —concluyó con autoridad, cuando insistí—. No estamos acostumbrados a llevar viajeros al East End; no recibimos encargos de ese tipo, y no sabemos absolutamente nada de ese lugar.

—Déjeme eso a mí —interrumpí, para librarme de ser barrido de la oficina por su torrente de negativas—. Le ruego que entienda de antemano lo que pienso hacer, de modo que, en caso de problemas, pueda usted identificarme.

—¡Ah, ya entiendo! Si le asesinan, estaremos en condiciones de identificar el cadáver.

Lo dijo con tal jovialidad y sangre fría que al instante me vi a mí mismo, yerto y mutilado, tendido sobre una losa por la que corría un hilo de agua, y a él inclinado sobre mí, identificando triste y pacientemente el cuerpo del americano demente que quiso ver el East End.

—No, no —respondí—; simplemente para identificarme en caso de que me meta en un lío con los «bobbies». —Esto último lo dije con cierto estremecimiento; en verdad, me estaba apropiando del argot local.

—Eso —dijo— es un asunto que compete a la Oficina Central.

—Es tan sin precedentes, ya sabe —añadió en tono de disculpa.

El funcionario de la Oficina Central carraspeó y titubeó. —Tenemos por norma —explicó— no facilitar información sobre nuestros clientes.

—Pero en este caso —insistí— es el propio cliente quien les solicita que faciliten información sobre sí mismo.

De nuevo carraspeó y titubeó.

—Por supuesto —me adelanté a decir—, sé que no tiene precedentes, pero...

—Como iba a observar —prosiguió con calma—, no tiene precedentes, y no creo que podamos hacer nada por usted.

Sin embargo, me marché con la dirección de un detective que vivía en el East End, y me encaminé al consulado general americano. Y aquí, por fin, encontré a un hombre con quien podía «hacer negocios». No hubo carraspeos ni titubeos, ni cejas levantadas, ni incredulidad manifiesta, ni asombro absoluto. En un minuto le expliqué quién era yo y cuál era mi proyecto, que aceptó como algo perfectamente natural. En el segundo minuto me preguntó la edad, la estatura y el peso, y me miró de arriba abajo. Y en el tercero, al estrecharme la mano al despedirnos, dijo: —Bien, Jack. Me acordaré de usted y le seguiré la pista.

Suspiré aliviado. Habiendo quemado mis naves, era ya libre para sumergirme en esa selva humana de la que nadie parecía saber nada. Pero enseguida topé con una nueva dificultad en la forma de mi cochero, un personaje de bigote canoso y eminente corrección que me había llevado en carruaje, impasible, durante varias horas por «la City».

—Lléveme al East End —ordené, tomando asiento.

—¿Adónde, señor? —preguntó con franca sorpresa.

—Al East End, a cualquier parte. Vamos.

El hansom anduvo sin rumbo unos minutos, luego se detuvo perplejo. La trampilla sobre mi cabeza se abrió, y el cochero se asomó desconcertado.

—Oiga —dijo—, ¿a qué sitio quíe ir usted?

—Al East End —repetí—. A ningún sitio en particular. Dé vueltas por donde sea.

—¿Y la dirección, señor?

—¡Escúcheme! —exclamé—. ¡Lléveme al East End, y ahora mismo!

Era evidente que no lo entendía, pero retiró la cabeza y echó a andar el caballo entre gruñidos.

En ninguna calle de Londres puede uno escapar a la visión de la pobreza más abyecta, y bastará con caminar cinco minutos desde casi cualquier punto para llegar a un barrio miserable; pero la zona que mi hansom penetraba ahora era un barrio miserable sin fin. Las calles estaban pobladas de una raza nueva y distinta, gente de baja estatura, de aspecto lamentable o embrutecida por el alcohol. Rodamos por millas y millas de ladrillo y sordidez, y desde cada bocacalle y callejón se abrían largas perspectivas de ladrillo y miseria. Aquí y allá tambaleaba un borracho o una borracha, y el aire estaba enturbiado por ruidos de peleas y disputas. En un mercado, viejos y viejas tambaleantes rebuscaban en la basura arrojada al barro en busca de patatas podridas, judías y hortalizas, mientras niños pequeños se agolpaban como moscas en torno a una masa putrefacta de fruta, metiendo los brazos hasta el hombro en la líquida corrupción y sacando trozos apenas parcialmente descompuestos, que se comían allí mismo.

No encontré un solo hansom en todo mi recorrido, mientras que el mío parecía una aparición llegada de otro mundo mejor, a juzgar por

cómo los niños corrían tras él y a su lado. Y hasta donde alcanzaba la vista se extendían los muros sólidos de ladrillo, los adoquines viscosos y las calles bramantes; y por primera vez en mi vida me sobrecogió el miedo a la muchedumbre. Era como el miedo al mar; y las miserables multitudes, calle tras calle, me parecían otras tantas olas de un vasto y maloliente mar que me rodeaba y amenazaba con engullirme.

—Stepney, señor; estación de Stepney —llamó el cochero desde arriba.

Miré a mi alrededor. Era en efecto una estación de ferrocarril, y él había conducido desesperadamente hasta allí como el único lugar familiar que conocía en todo aquel laberinto.

—¿Y bien? —dije.

Balbuceó algo ininteligible, sacudió la cabeza y parecía muy angustiado. —Soy forastero aquí —logró articular—. Y si no quíe la estación de Stepney, que me aspen si sé qué es lo que quíe.

—Le voy a decir lo que quiero —dije—. Conduzca y esté atento a si ve una tienda donde vendan ropa usada. Cuando vea una, siga de largo hasta doblar la esquina, luego pare y déjeme bajar.

Noté que empezaba a recelar de su pasajero, pero poco después arrimó el carruaje al bordillo y me informó de que había una tienda de ropa usada un poco más atrás.

—¿No me va a pagar? —suplicó—. Me debe siete chelines y seis peniques.

—Sí —me reí—, y sería lo último que vería de usted.

—¡Válgame Dios, y lo último que vería yo de usted si no me paga! —replicó.

Pero ya se había congregado a mi alrededor un corro de mirones harapientos, así que me reí de nuevo y volví andando a la tienda de ropa usada.

Aquí la principal dificultad estaba en hacerle entender al tendero que yo quería de verdad ropa usada. Pero tras intentar en vano que me comprara abrigos y pantalones nuevos e imposibles, empezó a sacar a la luz montones de los viejos, con aire misterioso y dejando caer insinuaciones sombrías. Lo hacía con la evidente intención de hacerme saber que me había «calado», para intimidarme, a través del miedo a quedar en evidencia, a pagar un precio excesivo por mis compras. Me tomó por un hombre en apuros o por un delincuente de alta alcurnia llegado del otro lado del Atlántico; en cualquier caso, por alguien ansioso de evitar a la policía.

Pero discutí con él sobre la escandalosa diferencia entre precios y valores hasta quitarle esa idea de la cabeza, y él se acomodó a negociar duramente con un cliente duro. Al final escogí unos pantalones resistentes aunque muy gastados, una chaqueta deshilachada con un solo botón en pie, un par de botines de obrero que claramente habían visto servicio donde se paleaba carbón, un cinturón de cuero fino y una gorra de tela muy sucia. La ropa interior y los calcetines, sin embargo, eran nuevos y abrigados, pero del tipo que cualquier vagabundo americano en sus horas bajas podría conseguir en circunstancias ordinarias.

—Hay que reconocer que es usted listo —dijo, con admiración fingida, cuando le entregué los diez chelines finalmente acordados por el conjunto—. ¡Vaya si no ha recorrido el Petticut Lane más de una vez! Los pantalones valen cinco chelines para cualquiera, y un estibador daría dos y seis por los zapatos, por no hablar del abrigo y la gorra y la camiseta nueva de fogonero y demás cosas.

—¿Cuánto me da por ellos? —pregunté de repente—. Le he pagado diez chelines por todo, y se lo vendo ahora mismo por ocho. ¡Venga, trato hecho!

Pero sonrió y sacudió la cabeza, y aunque yo había hecho un buen negocio, tuve la desagradable certeza de que él había hecho uno mejor.

Encontré al cochero y a un policía con las cabezas juntas, pero este último, tras examinarme atentamente, y en especial el paquete que llevaba bajo el brazo, se alejó y dejó al cochero que se amotinara por su cuenta. Y no dio un paso hasta que le pagué los siete chelines y seis peniques que le debía. Tras lo cual estuvo dispuesto a llevarme hasta el fin del mundo, disculpándose profusamente por su insistencia y explicando que uno se topaba con clientes muy raros en la ciudad de Londres.

Pero solo me llevó hasta Highbury Vale, en el norte de Londres, donde me esperaba mi equipaje. Allí, al día siguiente, me quité los zapatos (no sin cierta pena por lo ligeros y cómodos que eran), y mi suave traje gris de viaje, y en realidad toda la ropa, y procedí a vestirme con la ropa de esos otros hombres, inimaginables, que debían de haber sido realmente desgraciados para haberse visto obligados a desprenderse de semejantes harapos por las miserables sumas que un ropavejero podía ofrecer.

Dentro de la camiseta de fogonero, en la axila, cosí una libra de oro (una suma de emergencia ciertamente modesta); y dentro de la camiseta de fogonero me metí yo. Me senté entonces a reflexionar sobre los años de abundancia que habían ablandado mi piel y acercado los nervios a la superficie, pues la camiseta era tan áspera y rasposa como un cilicio, y estoy convencido de que los ascetas más rigurosos no sufren más de lo que yo sufrí en las veinticuatro horas siguientes.

El resto del atuendo fue bastante fácil de poner, aunque los botines de obrero resultaron todo un problema. Tan rígidos y duros como si estuvieran hechos de madera, solo después de aporrear prolongadamente el empeine con los puños logré meterme los pies en ellos. Luego, con unos cuantos chelines, una navaja, un pañuelo y algo de tabaco de pipa guardado en los bolsillos, bajé ruidosamente las escaleras y me despedí de mis aprensivos amigos. Al cruzar la puerta, la «chica del servicio», una mujer de mediana edad bastante agraciada, no pudo reprimir una sonrisa que le torció los labios y los separó hasta que la garganta, por involuntaria

simpatía, emitió esos extraños ruidos animales que solemos designar como «risa».

Nada más salir a la calle, me impresionó la diferencia de estatus que había obrado mi ropa. Toda la servilidad desapareció del trato de la gente corriente con la que entré en contacto. ¡Abracadabra! En un abrir y cerrar de ojos, me había convertido en uno de ellos. Mi chaqueta raída y deshilachada era la insignia y el anuncio de mi clase, que era la suya. Me hacía de su misma condición, y en lugar de la atención aduladora y excesivamente respetuosa que había recibido hasta entonces, compartía ahora con ellos una camaradería. El hombre de pana y pañuelo sucio al cuello ya no se dirigía a mí de «señor» ni de «jefe». Ahora era «compañero», una palabra magnífica y cordial, con un cosquilleo en ella, y una calidez y una alegría que el otro término no posee. ¡Jefe! Huele a dominio, a poder, a alta autoridad: el tributo del que está abajo para el que está arriba, entregado con la esperanza de que afloje un poco y aligere su peso, lo que es otra manera de decir que es un llamamiento a la caridad.

Esto me lleva a un placer que experimenté con mis harapos y que no le está dado al americano medio en el extranjero. El viajero europeo procedente de Estados Unidos que no es un Creso pronto se ve reducido a un estado crónico de incómoda indignidad por las hordas de ladrones rastrosos que obstruyen sus pasos del alba al ocaso y esquilmán su bolsillo de un modo que pone en evidencia al interés compuesto.

Con mis harapos me libré de la plaga de las propinas y traté con los hombres en pie de igualdad. Es más, antes de que acabara el día había cambiado las tornas, y dije, muy agradecido, «Gracias, señor» a un caballero cuyo caballo sujeté, y que dejó caer un penique en mi ávida palma.

Otros cambios descubrí que había obrado en mi condición mi nueva indumentaria. Al cruzar las calles concurridas comprobé que debía estar, si cabe, más alerta para esquivar los vehículos, y se me impuso de forma llamativa que mi vida se había abaratado en

proporción directa con mi ropa. Cuando antes le preguntaba el camino a un policía, solía responderme: «¿En autobús o en hansom, señor?» Pero ahora la pregunta era: «¿A pie o en carruaje?». Asimismo, en las estaciones de ferrocarril, me despachaban de oficio un billete de tercera clase.

Pero todo tenía su compensación. Por primera vez me encontré cara a cara con las clases bajas inglesas, y las conocí tal como eran. Cuando holgazanes y trabajadores, en las esquinas de las calles y en las tabernas, hablaban conmigo, lo hacían de hombre a hombre, y hablaban como los hombres hablan con naturalidad, sin la menor intención de sacar provecho de lo que decían ni de la manera en que lo decían.

Y cuando por fin llegué al East End, me alegró comprobar que el miedo a la muchedumbre ya no me acosaba. Me había convertido en parte de ella. El vasto y maloliente mar había crecido y me había anegado, o yo me había deslizado suavemente en él, y no había nada aterrador en eso, con la sola excepción de la camiseta de fogonero.

CAPÍTULO II

JOHNNY EL RECTO

No voy a darle la dirección de Johnny el Recto. Baste con decir que vive en la calle más respetable del East End, una calle que en Estados Unidos se consideraría muy mediocre, pero que es un verdadero oasis en el desierto del Londres del este. Está rodeada por todas partes de hacinamiento y sordidez, y de calles abarrotadas por una generación joven, vil y sucia; pero sus propias aceras están comparativamente despejadas de niños que no tienen otro lugar donde jugar, y tiene un aire de abandono, tal es la escasez de gente que va y viene.

Cada casa de esta calle, como en todas las calles, está hombro con hombro junto a las vecinas. Cada casa tiene una sola entrada, la puerta principal; cada casa mide unos cinco metros y medio de ancho, con un pequeño patio de ladrillo detrás, desde el que, cuando no llueve, se puede contemplar un cielo color pizarra. Pero hay que entender que aquí estamos hablando de opulencia del East End. Algunas de las familias de esta calle gozan incluso de posición suficiente como para tener una «criada». Johnny el Recto tiene una, como bien sé, pues fue mi primera conocida en esta parte particular del mundo.

A la casa de Johnny el Recto llegué, y a la puerta salió la «criada». Nótese bien que su posición en la vida era digna de lástima y desprecio, pero fue con lástima y desprecio con lo que me miró. Dejó bien claro que prefería que nuestra conversación fuera breve. Era domingo y Johnny el Recto no estaba en casa, y eso era todo cuanto había que decir. Pero yo me demoré, discutiendo si eso era todo lo que había, hasta que la señora de Johnny el Recto se vio atraída a la puerta, donde regañó a la chica por no haberla cerrado antes de volverse hacia mí.

No, el señor Johnny el Recto no estaba en casa, y además los domingos no recibía a nadie. Qué lástima, dije yo. ¿Andaba yo buscando trabajo? No, todo lo contrario; de hecho, había venido a ver a Johnny el Recto por un asunto que podría resultarle provechoso.

El gesto cambió de inmediato. El caballero en cuestión estaba en la iglesia, pero volvería al cabo de una hora o así, en cuyo momento sin duda podría recibirme.

¿Tenía la bondad de pasar? —bueno, la señora no llegó a invitarme, aunque yo lo insinué anunciando que bajaría a la esquina a esperar en una taberna. Y a la esquina me fui, pero como era hora de misa, el «pub» estaba cerrado. Caía una llovizna miserable y, a falta de algo mejor, tomé asiento en el escalón de una puerta vecina y esperé.

Y hasta ese escalón llegó la «criada», muy desaliñada y muy perpleja, a decirme que la señora me dejaba volver y esperar en la cocina.

—Viene tanta gente buscando trabajo —se disculpó la señora de Johnny el Recto—. Así que espero que no se haya molestado por cómo le hablé.

—En absoluto, en absoluto —respondí con toda la grandeza que pude, invistiendo por un momento mis harapos de dignidad—. Lo entiendo perfectamente, se lo aseguro. Supongo que la gente que busca trabajo casi les vuelve locos.

—Y que lo diga —respondió con una mirada elocuente y expresiva; y acto seguido me hizo pasar, no a la cocina, sino al comedor, un favor, entendí, en recompensa por mis modales distinguidos.

Este comedor, en el mismo piso que la cocina, estaba unos metro y medio por debajo del nivel del suelo, y tan oscuro (era mediodía) que tuve que esperar un momento a que mis ojos se adaptaran a la penumbra. Por una ventana cuya parte superior estaba a la altura de la acera se filtraba una luz sucia, y en esa luz comprobé que podía leer el texto de un periódico.

Y allí, mientras esperaba la llegada de Johnny el Recto, permítaseme explicar el motivo de mi visita. Mientras vivía, comía y dormía con la gente del East End, mi intención era tener un puerto de refugio, no demasiado lejano, al que poder escapar de vez en cuando para asegurarme de que la ropa limpia y el aseo aún existían. También podría recibir el correo allí, elaborar mis notas y salir ocasionalmente con otra ropa hacia la civilización.

Pero esto planteaba un dilema. Un alojamiento donde mi propiedad estuviera a salvo implicaba una patrona propensa a sospechar de un caballero que llevara una doble vida; mientras que una patrona que no se ocupara de las dobles vidas de sus huéspedes implicaría alojamientos donde la propiedad no estaría a salvo. Eludir el dilema era lo que me había llevado a Johnny el Recto. Detective con más de treinta años de servicio ininterrumpido en el East End, conocido de todos por un nombre que le puso un delincuente condenado en el banquillo, era el hombre indicado para encontrarme una patrona honesta y tranquilizarla ante las extrañas entradas y salidas de las que yo podría ser culpable.

Sus dos hijas llegaron a casa antes que él de la iglesia, y eran chicas guapas con sus vestidos dominicales; aunque era la belleza cierta, delicada y frágil propia de las muchachas cockneys, una belleza que no es más que una promesa sin asidero en el tiempo y condenada a desvanecerse pronto como el color de un cielo al atardecer.

Me miraron con franca curiosidad, como si yo fuera algún tipo de animal extraño, y luego me ignoraron por completo durante el resto de mi espera. Llegó entonces el propio Johnny el Recto, y me llamaron escaleras arriba para conferir con él.

—Hable más alto —interrumpió mis primeras palabras—. Tengo un resfriado fuerte y oigo mal.

¡Sombras del Viejo Sleuth y de Sherlock Holmes! Me pregunté dónde estaría apostado el ayudante encargado de anotar cuanto yo tuviera a bien declarar en voz alta. Y hasta el día de hoy, por mucho que he tratado con Johnny el Recto y por mucho que he dado vueltas al incidente, nunca he llegado a decidir con certeza si tenía catarro o un ayudante plantado en la habitación de al lado. Pero de algo estoy seguro: aunque le revelé a Johnny el Recto los hechos sobre mí mismo y mi proyecto, él reservó su juicio hasta el día siguiente, cuando me escurrí hasta su calle con ropa convencional y en un hansom. Su saludo entonces fue suficientemente cordial, y bajé al comedor a unirme a la familia a la hora del té.

—Aquí somos humildes —dijo—, no dados a los placeres de la carne, y hay que tomarnos tal como somos, en nuestra humildad.

Las chicas estaban coloradas y cohibidas al saludarme, y él no les puso las cosas más fáciles.

—¡Ja, ja! —rugió con cordialidad, dando una palmada en la mesa hasta hacer tintinear la vajilla—. ¡Las chicas creyeron ayer que había venido a pedir un trozo de pan! ¡Ja, ja! ¡Jo, jo, jo!

Ellas lo negaron indignadas, con ojos chispeantes y mejillas culpablemente encarnadas, como si fuera señal de verdadero refinamiento saber distinguir bajo sus harapos a un hombre que no tenía necesidad de andar harapiento.

Y entonces, mientras yo comía pan con mermelada, se desarrolló un juego de malentendidos: las hijas considerando un insulto para mí que me hubieran confundido con un mendigo, y el padre viéndolo como el mayor cumplido a mi astucia por haberlo logrado. Todo lo cual disfruté, y el pan, y la mermelada, y el té, hasta que llegó el

momento de que Johnny el Recto me buscara alojamiento, cosa que hizo a menos de seis puertas de allí, en su propia calle respetable y opulenta, en una casa tan idéntica a la suya como dos guisantes en su vaina.

CAPÍTULO III

MI ALOJAMIENTO Y ALGUNOS OTROS

Desde el punto de vista del East End londinense, la habitación que alquilé por seis chelines, o un dólar y medio, a la semana era un alojamiento de lo más confortable. Desde el punto de vista americano, en cambio, estaba amueblada toscamente, era incómoda y pequeña. Una vez que añadí una mesa de máquina de escribir corriente al escaso mobiliario, me costaba trabajo dar la vuelta; como mucho, me las arreglaba para moverme por ella mediante una especie de progresión vermicular que exigía gran destreza y presencia de ánimo.

Una vez instalado, o instalada más bien mi propiedad, me puse la ropa de andar por casa y salí a dar un paseo. Teniendo el tema del alojamiento fresco en la memoria, me puse a buscarlos, partiendo de la hipótesis de que era un joven pobre con mujer y familia numerosa.

Mi primer descubrimiento fue que las casas vacías escaseaban y estaban muy separadas entre sí; tan separadas, en efecto, que aunque caminé kilómetros en círculos irregulares por una zona

extensa, seguí sin encontrarme entre ellas. No hallé una sola casa vacía, prueba concluyente de que el barrio estaba «saturado».

Resultando evidente que, como joven pobre con familia, no podía alquilar casa alguna en esta región tan poco deseable, busqué a continuación habitaciones, habitaciones sin amueblar, donde guardar a la mujer, los niños y los enseres. No había muchas, pero las encontré, generalmente en singular, pues una parece considerarse suficiente para la familia de un hombre pobre, donde cocinar, comer y dormir. Cuando pedía dos habitaciones, los subarrendatarios me miraban más o menos como, imagino, cierto personaje miró a Oliver Twist cuando pidió más.

No solo se consideraba una habitación suficiente para un hombre pobre y su familia, sino que comprobé que muchas familias, ocupando una sola habitación, tenían tanto espacio de sobra que podían acoger a uno o dos huéspedes. Cuando esas habitaciones se pueden alquilar por tres o seis chelines semanales, es razonable concluir que un huésped con referencias podría conseguir sitio para dormir, digamos, por ocho peniques o un chelín. Incluso podría hacer pensión completa con los subarrendatarios por unos pocos chelines más. Esto, sin embargo, no me puse a investigarlo, un error censurable de mi parte, dado que trabajaba con la hipótesis de una familia hipotética.

Las casas que inspeccioné no solo no tenían bañera, sino que comprobé que no había bañeras en ninguna de las miles de casas que había visto. En esas circunstancias, con la mujer, los niños y un par de huéspedes sufriendo la excesiva amplitud de una sola habitación, bañarse en una palangana de hojalata era una empresa inviable. Pero, al parecer, la compensación llega con el ahorro de jabón, así que todo está bien y Dios sigue en los cielos.

Sin embargo, no alquilé ninguna habitación, sino que regresé a la calle de Johnny el Recto. Entre la mujer, los niños, los huéspedes y los distintos cuartucho en los que los había acomodado, mi visión mental se había vuelto angosta, y no podía abarcar de una vez toda mi propia habitación. Su inmensidad era sobrecogedora. ¿Era posible

que esta fuera la habitación que había alquilado por seis chelines a la semana? ¡Imposible! Pero mi patrona, que llamó a la puerta para saber si estaba cómodo, disipó mis dudas.

—Oh, sí, señor —dijo, en respuesta a una pregunta—. Esta calle es la última que queda. Todas las demás calles eran así hace ocho o diez años, y toda la gente era muy respetable. Pero los otros han echado a los nuestros. Los de esta calle somos los únicos que quedamos. Es una vergüenza, señor.

Y entonces me explicó el proceso de saturación, por el que el valor del alquiler de un barrio subía mientras su nivel social bajaba.

—Verá usted, señor, los nuestros no estamos acostumbrados a apretarnos como los otros. Necesitamos más espacio. Los otros, los extranjeros y la gente de clase baja, pueden meter cinco o seis familias en esta casa, donde nosotros solo metemos una. De modo que pueden pagar más alquiler por la casa de lo que nosotros podemos permitirnos. Es una vergüenza, señor; y pensar que hace solo unos años todo este barrio era como debía ser.

La miré. Aquí había una mujer, de la más alta categoría de la clase obrera inglesa, con numerosas muestras de refinamiento, que iba siendo engullida poco a poco por esa turbia y podrida marea de humanidad que los poderes del Estado van vertiendo hacia el este desde la ciudad de Londres. Hay que levantar bancos, fábricas, hoteles y edificios de oficinas, y la gente pobre de la ciudad es una raza nómada; así que emigran hacia el este, ola tras ola, saturando y degradando barrio tras barrio, empujando hacia delante a los trabajadores de mejor condición para que abran camino en los arrabales de la ciudad, o arrastrándolos hacia abajo, si no en la primera generación, seguramente en la segunda y en la tercera.

No es más que cuestión de meses para que la calle de Johnny el Recto sucumba. Él mismo lo sabe.

—Dentro de un par de años —dice— vence mi contrato de arrendamiento. Mi arrendador es de los nuestros. No ha subido el alquiler de ninguna de sus casas aquí, y eso nos ha permitido

quedarnos. Pero cualquier día puede vender, o cualquier día puede morirse, que para nosotros viene a ser lo mismo. La casa la compra un especulador, que levanta un taller de explotación en el trozo de terreno del fondo donde está mi parra, amplía la casa y la alquila a razón de una habitación por familia. Y ahí lo tiene, ¡Johnny el Recto se acabó!

Y en verdad me vi a Johnny el Recto, y a su buena mujer y a sus agraciadas hijas, y a la desaliñada criada, como otros tantos fantasmas que huían hacia el este en la penumbra, con el monstruo de la ciudad rugiendo a sus talones.

Pero Johnny el Recto no es el único que huye. Muy lejos, en los arrabales de la ciudad, viven los pequeños comerciantes, los gerentes menores y los empleados que prosperaron. Habitan en casitas y chalés adosados, con pequeños jardines de flores, y espacio para los codos, y aire para respirar. Se hinchan de orgullo y sacan pecho cuando contemplan el Abismo del que han escapado, y dan gracias a Dios por no ser como los demás hombres. ¡Y he aquí que sobre ellos caen Johnny el Recto y el monstruo de la ciudad a sus talones! Los bloques de pisos brotan como por encanto, los jardines son edificados, los chalés son divididos y subdivididos en múltiples viviendas, y la noche negra de Londres desciende en una cortina grasienta.

CAPÍTULO IV

UN HOMBRE Y EL ABISMO

—Oiga, ¿me puede alquilar una habitación?

Estas palabras las lancé con descuido por encima del hombro a una mujer robusta y de edad, a cuya mesa estaba comiendo en una fonda grasienta cerca de las dársenas, no muy lejos de Limehouse.

—Pos sí —respondió escuetamente, no aproximándose mi aspecto, al parecer, al nivel de solvencia que requería su establecimiento.

No dije nada más, consumiendo en silencio mi lonja de tocino y mi pinta de té desabrido. Ni ella mostró mayor interés en mí hasta que fui a pagar la cuenta (cuatro peniques), momento en que saqué del bolsillo nada menos que diez chelines. El efecto esperado se produjo de inmediato.

—Sí, señor —se apresuró a ofrecerse—; tengo unos alojamientos muy agradables que seguramente serían de su gusto. ¿Acaba de volver de un viaje, señor?

—¿Cuánto cobra por una habitación? —pregunté, ignorando su curiosidad.

Me miró de arriba abajo con sorpresa manifiesta. —Yo no alquilo habitaciones, ni a mis huéspedes fijos, y menos aún a eventuales.

—Entonces tendré que buscar en otro sitio —dije con evidente decepción.

Pero la vista de mis diez chelines la había puesto alerta. —Puedo ofrecerle una cama buena compartiendo con otros dos hombres —insistió—. Buenas personas, respetables y formales.

—Es que no quiero dormir con otros dos hombres —objeté.

—No tiene por qué. Hay tres camas en la habitación, y tampoco es una habitación muy pequeña.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Media corona a la semana, dos chelines y seis, para un huésped fijo. Seguro que los hombres le caerán bien. Uno trabaja en el almacén, y lleva conmigo dos años ya. Y el otro lleva seis, seis años, señor, y dos meses el próximo sábado. Es tramoyista —continuó—. Un hombre formal y respetable, que no ha faltado una sola noche de trabajo en todo el tiempo que lleva conmigo. Y le gusta la casa; dice que es lo mejor que puede conseguir en materia de alojamiento. Estoy de pensión completa con él, y con los demás huéspedes también.

—Supongo que irá ahorrando sin parar —insinué con inocencia.

—¡Dios le libre! Ni tampoco puede conseguir algo mejor en otro sitio con su dinero.

Y pensé en mi propio Oeste, espacioso, con cielo e infinito aire para albergar mil Londres; y aquí estaba este hombre, un hombre formal y de fiar, sin faltar jamás una noche de trabajo, frugal y honesto, alojado en una habitación con otros dos hombres, pagando dos dólares y medio al mes por ello, y que por su experiencia lo juzgaba lo mejor a que podía aspirar. Y aquí estaba yo, en virtud de los diez chelines de mi bolsillo, en condiciones de entrar con mis harapos y tomar una cama junto a él. El alma humana es una cosa

solitaria, pero debía de serlo mucho en ocasiones cuando hay tres camas por habitación y se admiten eventuales con diez chelines.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí? —pregunté.

—Trece años, señor; ¿y no cree que le gustarán los alojamientos?

Mientras hablaba, se arrastraba pesadamente por la pequeña cocina donde preparaba la comida para sus huéspedes, que también estaban a pensión. Cuando entré por primera vez, estaba afanada en el trabajo, y ni una sola vez había cejado a lo largo de toda la conversación. Sin duda era una mujer muy ocupada. «En pie a las cinco y media», «a la cama la última por la noche», «trabajando hasta caer rendida», trece años de eso, y como recompensa, canas, ropa descuidada, espalda encorvada, figura desgredada, trabajo sin fin en una fonda sucia y maloliente que daba a un callejón de tres metros de pared a pared, y un entorno portuario que era feo y deprimente, por decir lo menos.

—¿Volverá a echar un vistazo? —preguntó con anhelo, cuando me dirigí a la puerta.

Y al volverme a mirarla, comprendí en toda su profundidad la verdad más honda que late bajo ese antiquísimo y sabio proverbio: «La virtud es su propia recompensa».

Volví a su lado. —¿Se ha tomado usted alguna vez unas vacaciones? —pregunté.

—¿Vacaciones?

—Un viaje al campo por un par de días, aire fresco, un día libre, ya sabe, un descanso.

—¡Virgen santa! —se rió, deteniéndose por primera vez en su trabajo—. ¿Vacaciones, dice? ¿Para gente como yo? ¡Hay que imaginárselo! ¡Cuidado con el escalón! —esto último en tono brusco, dirigido a mí, cuando tropecé con el podrido umbral.

Cerca del West India Dock me encontré con un joven que miraba con aire abatido el agua turbia. Una gorra de fogonero le caía sobre

los ojos, y el corte y la caída de su ropa susurraban inequívocamente de la mar.

—Buenas, compañero —lo saludé, tratando de empezar por algún lado—. ¿Me puede decir cómo se va a Wapping?

—¿Vino de polizón en un barco de ganado? —replicó, determinando mi nacionalidad al instante.

Y a partir de ahí entablamos una conversación que se prolongó hasta una taberna y un par de pintas de cerveza mixta. Esto dio pie a una mayor intimidad, de modo que cuando saqué a relucir un chelín en calderilla (ostensiblemente todo lo que tenía) y aparté seis peniques para una cama y seis para más cerveza, él generosamente propuso que nos bebiéramos el chelín entero.

—Mi compañero se puso violento anoche —explicó—. Y los bobbies se lo llevaron, así que puede venirse conmigo. ¿Qué le parece?

Me pareció bien, y para cuando habíamos empapado el chelín entero en cerveza y dormido la noche en una cama miserable de un tugurio miserable, lo conocía bastante bien por lo que era. Y que en un aspecto era representativo de una gran parte de la clase obrera londinense de los bajos fondos lo confirma mi experiencia posterior.

Había nacido en Londres, con el padre fogonero y bebedor antes que él. De niño, su hogar eran las calles y los muelles. Nunca había aprendido a leer, y nunca había sentido la necesidad, una destreza vana e inútil, sostenía, al menos para un hombre de su condición en la vida.

Había tenido madre y numerosos hermanos y hermanas chillones, todos amontonados en un par de habitaciones y viviendo de comida más escasa y menos regular de la que él podía procurarse normalmente por su cuenta. De hecho, solo volvía a casa en los períodos en que no podía conseguir su propia comida. Pequeños hurtos y mendicidad por las calles y los muelles, un viaje o dos al mar como pinche de cocina, unos cuantos más como palero de

carbón, y luego fogonero hecho y derecho: había alcanzado la cima de su vida.

Y en el transcurso de todo ello también había forjado una filosofía de vida, una filosofía fea y repulsiva, pero al mismo tiempo muy lógica y sensata desde su punto de vista. Cuando le pregunté para qué vivía, respondió sin vacilar: «Para la bebida». Un viaje al mar (porque algo hay que comer y para eso hace falta dinero), y luego el cobro y la gran borrachera al final. Después de eso, pequeñas borracheras sin concierto, pagadas en los «pubs» por compañeros con unos pocos peniques, como yo mismo, y cuando se acababan los gorriones otro viaje al mar y la repetición del ciclo brutal.

—¿Y las mujeres? —sugerí, cuando hubo terminado de proclamar la bebida como único fin de la existencia.

—¡Las mujeres! —golpeó su jarra sobre la barra y oró con elocuencia—. Las mujeres son algo que mi educación me ha enseñado a dejar en paz. No merece la pena, compañero; no merece la pena. ¿Para qué quiere un hombre como yo mujeres? Cuéntemelo usted. Estaba mi madre, que ya era bastante, pegándoles a los críos y amargándole la vida al viejo cuando volvía a casa, que era pocas veces, lo reconozco. ¿Y por qué? ¡Por ella! No le hacía la vida agradable en casa, eso era por qué. Y las otras mujeres, ¿cómo tratan a un pobre fogonero con unos chelines en el bolsillo? Lo que tiene en el bolsillo es para una buena borrachera, una borrachera larga y buena, y las mujeres le vacían los bolsillos tan rápido que apenas si ha probado un vaso. Lo sé. He tenido mis aventuras, y sé lo que hay. Y le digo que donde hay mujeres hay problemas: gritos y alborotos, peleas, navajas, bobbies, magistrados, y detrás de todo eso un mes de trabajos forzados y sin paga cuando sales.

—¿Y una mujer y unos hijos? —insistí—. Un hogar propio, todo eso. Piénselo: vuelve usted de un viaje, los niños trepando por sus rodillas, la mujer feliz y sonriente, un beso cuando pone la mesa, y un beso de cada niño cuando se van a dormir, y el hervidor silbando y la larga charla de después sobre adónde ha ido y qué ha visto, y

de ella y de todo lo que ha pasado en casa mientras usted estaba fuera, y...

—¡Venga ya! —exclamó, con un empujoncito burlón en el hombro—. ¿A qué juega, eh? Una mujer besando y niños trepando, y el hervidor silbando, todo eso con cuatro libras y diez chelines al mes cuando tiene barco, y cuatro nada cuando no lo tiene. Le voy a decir lo que obtendría con cuatro libras y diez: una mujer gruñendo, críos berreando, sin carbón para que el hervidor silbe, y el hervidor en la casa de empeños, eso es lo que obtendría. Razón de más para alegrarse de volver al mar. ¿Para qué una mujer? ¿Para que le amargue la vida? ¿Hijos? Haga caso a lo que le digo, compañero, y no los tenga. ¡Míreme a mí! Puedo tomarme mi cerveza cuando quiero, sin mujer ni hijos llorando por pan. Soy feliz, soy, con mi cerveza y compañeros como usted, y un buen barco que llega, y otro viaje al mar. Así que digo: tomemos otra pinta. La cerveza mixta es bastante buena para mí.

Sin reproducir más del discurso de este joven de veintidós años, creo que he indicado suficientemente su filosofía de vida y la razón económica subyacente. La vida hogareña no la había conocido nunca. La palabra «hogar» no le despertaba más que asociaciones desagradables. En el bajo salario de su padre y de otros hombres de su mismo rango encontraba razón suficiente para tachar a la mujer y a los hijos de cargas y causas de la miseria masculina. Hedonista inconsciente, totalmente amoral y materialista, buscaba la mayor felicidad posible para sí mismo, y la encontraba en la bebida.

Un joven borracho; un naufragio prematuro; la incapacidad física para hacer el trabajo de un fogonero; el arroyo o el asilo; y el fin: todo eso lo veía tan claramente como yo, pero no le inspiraba ningún miedo. Desde el momento de su nacimiento, todas las fuerzas de su entorno habían tendido a endurecerle, y contemplaba su miserable e inevitable futuro con una indiferencia y un desinterés que no había manera de sacudir.

Y sin embargo no era un mal hombre. No era en el fondo vicioso ni brutal. Tenía una mentalidad normal, y una constitución física más

que mediana. Sus ojos eran azules y redondos, sombreados por largas pestañas, y muy separados. Había en ellos una risa, y detrás un vivo sentido del humor. La frente y los rasgos en general eran buenos, la boca y los labios dulces, aunque ya empezaban a desarrollar una dureza. La barbilla era débil, pero no demasiado; he visto hombres sentados en las alturas con barbillas más débiles.

Su cabeza era armoniosa, y tan grácilmente reposaba sobre un cuello perfecto que no me sorprendió ver su cuerpo esa noche cuando se desnudó para acostarse. He visto a muchos hombres desnudarse, en gimnasios y vestuarios, hombres de buena sangre y buena crianza, pero nunca he visto a ninguno que se desnudara con más ventaja que este joven borracho de veintidós años, este joven dios condenado a la ruina y la perdición en cuatro o cinco breves años, y a desaparecer sin descendencia a quien legar el espléndido patrimonio que era suyo para transmitir.

Parecía un sacrilegio desperdiciar semejante vida, y sin embargo me vi obligado a reconocer que tenía razón en no casarse con cuatro libras y diez en la ciudad de Londres. De la misma manera que el tramoyista era más feliz llegando a fin de mes en una habitación compartida con otros dos hombres, que si hubiera metido a una familia débil junto con un par de hombres en una habitación más barata, sin llegar a fin de mes.

Y día tras día me iba convenciendo de que no solo es imprudente, sino criminal que la gente del Abismo se case. Son las piedras que el constructor ha rechazado. No hay lugar para ellos en el tejido social, mientras todas las fuerzas de la sociedad los empujan hacia abajo hasta que perecen. En el fondo del Abismo son débiles, embrutecidos e imbéciles. Si se reproducen, la vida es tan barata que parece por sí sola. El trabajo del mundo se hace por encima de ellos, y ellos no quieren participar en él ni son capaces. Además, el trabajo del mundo no los necesita. Hay muchos, mucho más capaces que ellos, aferrados a la empinada ladera que hay encima y luchando frenéticamente por no resbalar más.

En resumen, el Abismo londinense es un vasto matadero. Año tras año, y década tras década, la Inglaterra rural vierte una corriente de vida vigorosa y fuerte que no solo no se renueva, sino que perece en la tercera generación. Autoridades competentes aseguran que el obrero londinense cuyos padres y abuelos nacieron en Londres es un espécimen tan notable que raramente se encuentra.

Mr. A. C. Pigou ha dicho que los pobres ancianos y el residuo que compone el «décimo sumergido» constituyen el 71 por ciento de la población de Londres. Lo que equivale a decir que el año pasado, y ayer, y hoy, en este preciso momento, 450.000 de estas criaturas están muriendo miserablemente en el fondo de la fosa social llamada «Londres». En cuanto a cómo mueren, tomaré un ejemplo del periódico de esta mañana.

ABANDONO PERSONAL

Ayer, el doctor Wynn Westcott presidió una investigación en Shoreditch sobre la muerte de Elizabeth Crews, de 77 años de edad, domiciliada en el número 32 de la calle East, Holborn, que falleció el pasado miércoles. Alice Mathieson declaró ser la patrona de la casa donde vivía la fallecida. La testigo la vio con vida por última vez el lunes anterior. Vivía completamente sola. Mr. Francis Birch, funcionario de asistencia social del distrito de Holborn, declaró que la fallecida había ocupado la habitación en cuestión durante treinta y cinco años. Cuando el testigo fue llamado el día 1, encontró a la anciana en un estado terrible, y la ambulancia y el cochero tuvieron que ser desinfectados tras el traslado. El doctor Chase Fennell declaró que la muerte se debió a septicemia originada por úlceras de decúbito, por abandono personal y condiciones de suciedad extrema, y el jurado dictaminó en ese sentido.

Lo más llamativo de este pequeño incidente de la muerte de una mujer es la complacencia satisfecha con que los funcionarios lo contemplaron y pronunciaron su veredicto. Que una anciana de setenta y siete años muera de ABANDONO PERSONAL es la manera más optimista posible de verlo. Fue culpa de la vieja muerta el haber

muerto, y habiendo localizado la responsabilidad, la sociedad continúa tranquilamente con sus propios asuntos.

Del «décimo sumergido» ha dicho el Sr. Pigou: «Ya sea por falta de fuerza física, de inteligencia, de fibra moral, o de los tres a la vez, son trabajadores ineficaces o reacios y, por consiguiente, incapaces de mantenerse a sí mismos... Están a menudo tan degradados intelectualmente que son incapaces de distinguir la derecha de la izquierda, o de reconocer los números de sus propias casas; sus cuerpos son débiles y sin resistencia, sus afectos están torcidos, y apenas saben lo que es la vida familiar.»

Cuatrocientas cincuenta mil personas es mucha gente. El joven fogonero era solo una, y le llevó algún tiempo decir lo suyo. No me gustaría escucharlas a todas hablar a la vez. Me pregunto si Dios las oye.

CAPÍTULO V

LOS QUE ESTÁN AL BORDE

Mi primera impresión del East End londinense fue naturalmente de conjunto. Después fueron apareciendo los detalles, y aquí y allá, en el caos de la miseria, encontré pequeños rincones donde reinaba una medida razonable de felicidad: a veces hileras enteras de casas en callejuelas apartadas, donde habitaban artesanos y donde se daba una rudimentaria vida familiar. Por las tardes se puede ver a los hombres en las puertas, con la pipa en la boca y los niños en las rodillas, las mujeres charlando, y risas y diversión por doquier. La satisfacción de estas personas es manifiestamente grande, pues, en comparación con la miseria que los rodea, están bien.

Pero, en el mejor de los casos, es una felicidad opaca y animal, la satisfacción del vientre lleno. La nota dominante de sus vidas es materialista. Son torpes y pesados, sin imaginación. El Abismo parece exhalar una atmósfera narcótica de torpor que los envuelve y los embota. La religión los pasa de largo. Lo Invisible no les inspira ni terror ni deleite. No son conscientes de lo Invisible; y el vientre lleno y la pipa de la tarde, con su ración habitual de cerveza mixta, es todo lo que exigen, o sueñan con exigir, de la existencia.

Esto no sería tan malo si fuera todo; pero no es todo. La torpeza satisfecha en que están sumidos es la inercia mortal que precede a la disolución. No hay progreso, y para ellos no progresar es retroceder y caer en el Abismo. En sus propias vidas puede que solo inicien la caída, dejando que se consuma en sus hijos y en los hijos de sus hijos. El hombre siempre obtiene de la vida menos de lo que pide; y como ellos piden tan poco, lo menos que ese poco que obtienen no puede salvarlos.

En el mejor de los casos, la vida urbana es una vida antinatural para el ser humano; pero la vida urbana de Londres es tan absolutamente antinatural que el obrero o la obrera medios no pueden soportarla. La mente y el cuerpo son minados por las influencias corrosivas que actúan sin cesar. La resistencia moral y física se quiebra, y el buen trabajador, recién llegado del campo, se convierte en la primera generación urbana en un mal trabajador; y ya en la segunda generación, desprovisto de empuje, arrojo e iniciativa, e incapaz físicamente de realizar el trabajo que hacía su padre, está de camino al matadero en el fondo del Abismo.

Si no fuera por otra cosa, el aire que respira, del que nunca escapa, es suficiente para debilitarlo mental y físicamente, de modo que se ve incapaz de competir con la vida fresca y vigorosa que llega del campo hacia la ciudad de Londres para destruir y ser destruida.

Dejando de lado los gérmenes de enfermedades que llenan el aire del East End, consideremos solo el elemento del humo. Sir William Thiselton-Dyer, director de los Jardines de Kew, ha estado estudiando los depósitos de humo en la vegetación y, según sus cálculos, no menos de seis toneladas de materia sólida, compuesta de hollín e hidrocarburos alquitranados, se depositan semanalmente en cada cuarto de milla cuadrada dentro y en los alrededores de Londres. Esto equivale a veinticuatro toneladas por semana por milla cuadrada, o 1.248 toneladas al año por milla cuadrada. De la cornisa bajo la cúpula de la catedral de San Pablo se extrajo recientemente un depósito sólido de sulfato de cal cristalizado. Ese depósito se

había formado por la acción del ácido sulfúrico de la atmósfera sobre el carbonato de cal de la piedra. Y ese ácido sulfúrico atmosférico es inhalado constantemente por los obreros londinenses durante todos los días y todas las noches de su vida.

Es incontrovertible que los niños crecen convirtiéndose en adultos podridos, sin virilidad ni resistencia, una raza de piernas débiles y pecho estrecho y atonía, que se derrumba y sucumbe en la lucha bruta por la vida ante las hordas invasoras venidas del campo. Los trabajadores ferroviarios, los porteadores, los conductores de ómnibus, los mozos de carga de grano y madera, y todos los que requieren resistencia física, proceden en su mayor parte del campo; mientras que en la Policía Metropolitana hay, aproximadamente, 12.000 nacidos en el campo frente a 3.000 nacidos en Londres.

Así que uno se ve obligado a concluir que el Abismo es literalmente una enorme máquina de matar hombres, y cuando paso por las callejuelas apartadas donde los artesanos de vientre lleno están en las puertas, siento una pena mayor por ellos que por los 450.000 desgraciados perdidos y sin esperanza que mueren en el fondo del pozo. Ellos, al menos, ya están muriendo, ese es el quid de la cuestión; mientras que estos aún tienen que pasar por los lentos y preliminares dolores que se extienden a lo largo de dos e incluso tres generaciones.

Y sin embargo la calidad de la vida es buena. Todas las potencialidades humanas están en ella. Dadas las condiciones apropiadas, podría vivir a través de los siglos, y de ella brotarían grandes hombres, héroes y maestros, que harían el mundo mejor por haber vivido.

Hablé con una mujer representativa de ese tipo que ha sido arrancado de sus callejuelas apartadas y ha empezado la caída fatal hacia el fondo. Su marido era ajustador y miembro del sindicato de ingenieros. Que era un mal ingeniero lo evidenciaba su incapacidad para conseguir trabajo estable. No tenía la energía ni la iniciativa necesarias para obtener y conservar un puesto fijo.

La pareja tenía dos hijas, y los cuatro vivían en un par de agujeros, llamados «habitaciones» por cortesía, por los que pagaban siete chelines semanales. No tenían estufa y se las arreglaban para cocinar en un solo quemador de gas en la chimenea. Al no ser personas de posibles, no podían obtener un suministro ilimitado de gas; pero se les había instalado un ingenioso artilugio. Metiendo un penique en la ranura, el gas fluía, y cuando se había consumido un penique de gas el suministro se cortaba automáticamente. «El penique se acaba en nada —explicó— y la comida sin acabar de hacerse.»

La inanición incipiente había sido su suerte durante años. Mes tras mes, habían levantado de la mesa con ganas y posibilidad de comer más. Y una vez en el camino descendente, la desnutrición crónica es un factor importante para mermar la vitalidad y acelerar la caída.

Y sin embargo esta mujer era una trabajadora esforzada. Desde las cuatro y media de la mañana hasta la última hora del día, decía, se había dedicado a confeccionar faldas de tela con vuelta completa y dos volantes, a siete chelines la docena. Faldas de tela con vuelta completa y dos volantes, ¡a siete chelines la docena! Eso equivale a 1,75 dólares la docena, o algo menos de 15 centavos por falda.

El marido, para poder trabajar, tenía que estar en el sindicato, que le cobraba un chelín y seis peniques a la semana. Además, cuando había huelgas y él daba la casualidad de estar trabajando, a veces había tenido que aportar hasta diecisiete chelines al fondo de solidaridad del sindicato.

La hija mayor había trabajado como aprendiz en una modista por un chelín y seis peniques a la semana, es decir, 37,5 centavos semanales, algo más de 5 centavos al día. Sin embargo, cuando llegó la temporada baja, la despidieron, aunque la habían contratado con tan bajo salario bajo el pretexto de que aprendería el oficio y progresaría. Después había trabajado tres años en una tienda de bicicletas, por la que cobraba cinco chelines a la semana, recorriendo a pie cuatro kilómetros de ida y cuatro de vuelta, y siendo multada por llegar tarde.

En lo que respectaba al hombre y a la mujer, la partida estaba perdida. Habían perdido pie y asidero, y caían hacia el pozo. ¿Pero qué sería de las hijas? Viviendo como cerdos, debilitadas por la desnutrición crónica, minadas mental, moral y físicamente, ¿qué posibilidades tenían de trepar y salir del Abismo al que habían nacido cayendo?

Mientras escribo esto, y durante la última hora, el aire ha sido ensordecido por una trifulca colectiva que se desarrolla en el patio que da espalda con espalda al mío. Cuando me llegaron los primeros sonidos lo tomé por el ladrido y el gruñido de perros, y me costó varios minutos convencerme de que seres humanos, y mujeres además, podían producir semejante clamor espantoso.

¡Mujeres borrachas peleando! No es agradable pensarlo; escucharlo es mucho peor. La cosa va más o menos así:

Balbuceo incoherente, chillado a pleno pulmón por varias mujeres; una pausa, en la que se oye a un niño llorando y a una voz de muchacha que suplica entre sollozos; la voz de una mujer se alza, áspera y crispante: «¡A ver si me pega! ¡Venga, que me pegue!»; luego, izas!, desafío aceptado y la pelea arrecia.

Las ventanas traseras de las casas con vistas al escenario están llenas de espectadores entusiastas, y me llegan a los oídos el sonido de los golpes y de unos improperios que hielan la sangre. Por fortuna, no puedo ver a las contendientes.

Una pausa; «¡Deje a ese niño!»; el niño, evidentemente de pocos años, chilla de puro terror. «¡Bueno!», repetido con insistencia y a toda voz veinte veces seguidas; «¡ite voy a dar esta piedra en la cabeza!»; y luego, piedra evidentemente en la cabeza, a juzgar por el alarido que se alza.

Una pausa; al parecer, una contendiente queda temporalmente fuera de combate y está siendo reanimada; la voz del niño se oye de nuevo, pero ahora en una nota más baja de terror y agotamiento creciente.

Las voces empiezan a subir de tono, más o menos así:

—¿Sí?

—¡Sí!

—¿Sí?

—¡Sí!

—¿Sí?

—¡Sí!

—¿Sí?

—¡Sí!

Afirmación suficiente por ambas partes: el conflicto se precipita de nuevo. Una contendiente obtiene una ventaja aplastante y la explota a la vista de cómo la otra grita que la están matando. Los gritos de que la matan se ahogan y se extinguen, estrangulados sin duda por una llave al cuello.

Entrada de nuevas voces; un ataque de flanco; la llave al cuello rota de súbito, a juzgar por cómo los gritos suben media octava más; alboroto generalizado, todo el mundo peleando.

Pausa; voz nueva, de una muchacha: «Voy a ponerme de parte de mi madre»; diálogo repetido unas cinco veces: «¡Hago lo que me da la gana, so tal y cual!» «¡Me gustaría verte, so tal y cual!»; conflicto renovado, madres, hijas, todos, durante el cual mi patrona llama a su hija joven para que entre desde el escalón trasero, mientras yo me pregunto qué efecto tendrá en su fibra moral todo lo que ha escuchado.

CAPÍTULO VI

EL CALLEJÓN DE LA SARTÉN Y UN VISLUMBRE DEL INFIERNO

Tres de nosotros caminábamos por Mile End Road, y uno era un héroe. Era un joven esbelto de diecinueve años, tan delgado y frágil que, como Fra Filippo Lippi, una ráfaga de viento podría doblarlo y voltearlo. Era un ardiente joven socialista, en los primeros arrebatos del entusiasmo y dispuesto al martirio. Como orador o presidente en mítines, había tenido una participación activa y peligrosa en los numerosos encuentros pro-bóer, en locales y al aire libre, que habían perturbado la serenidad de la Alegre Inglaterra durante aquellos últimos años. Me iba contando pequeños detalles mientras andábamos: de cuando lo habían apedreado en parques y en tranvías; de cuando había subido a la tribuna para ponerse al frente de la causa perdida, cuando uno tras otro de los oradores compañeros habían sido arrastrados hacia abajo por la multitud enardecida y brutalmente golpeados; de un asedio en una iglesia, donde él y otros tres habían buscado refugio, y donde, entre proyectiles volando y el estrépito de vitrales rotos, habían repelido a la turba hasta ser rescatados por pelotones de agentes; de batallas encarnizadas y vertiginosas en escaleras, galerías y balcones; de

ventanas destrozadas, escaleras derrumbadas, salas de conferencias arrasadas y cabezas y huesos rotos; y luego, con un suspiro resignado, me miró y dijo: «¡Cómo los envidio a los hombres corpulentos! Soy tan pequeño que en una pelea no puedo hacer gran cosa.»

Y yo, que los superaba a mis dos acompañantes en cabeza y hombros, recordé mi propio robusto Oeste y los hombres fornidos que yo, a mi vez, había tenido por costumbre envidiar allá. También, al mirar a ese hombrecillo con corazón de león, pensé: este es el tipo que en ocasiones levanta barricadas y le demuestra al mundo que los hombres no han olvidado cómo se muere.

Pero tomó la palabra mi otro acompañante, un hombre de veintiocho años que se ganaba una existencia precaria en un taller de explotación.

—Yo soy un hombre fornido —anunció—. No como los otros compañeros de mi taller. Me consideran un buen ejemplar de hombre. ¡Si supiera, peso diez arrobas!

Me avergoncé de decirle que yo pesaba setenta y siete kilos, más de doce arrobas, así que me contenté con examinarlo. ¡Pobre hombrecillo! La piel de un color enfermizo, el cuerpo retorcido y deformado más allá de todo decoro, el pecho contraído, los hombros prodigiosamente encorvados por las largas horas de trabajo, y la cabeza colgando pesadamente hacia delante, fuera de su sitio. ¡Un «hombre fornido», decía!

—¿Cuánto mide usted?

—Un metro cincuenta y siete —respondió con orgullo—; y los compañeros del taller...

—Déjeme ver ese taller —dije.

El taller estaba inactivo en aquel momento, pero aun así quería verlo. Pasando por Lemman Street, nos desviamos a la izquierda hacia Spitalfields y nos adentramos en el Callejón de la Sartén. Un enjambre de niños llenaba el pavimento viscoso, lo mismo que

renacuajos recién convertidos en ranas en el fondo de un estanque seco. En un portal estrecho, tan estrecho que por fuerza tuvimos que pasar por encima de ella, estaba sentada una mujer con un bebé muy pequeño, amamantándolo con el pecho groseramente desnudo y profanando toda la sacralidad de la maternidad. En el negro y angosto pasillo que había detrás de ella nos abrimos paso entre un revoltijo de vida menuda, y emprendimos una escalera aún más estrecha y más pestilente. Subimos tres tramos, cada rellano de unos sesenta por noventa centímetros, apilado de suciedad y basura.

Había siete habitaciones en ese engendro llamado casa. En seis de ellas, más de una veintena de personas de ambos sexos y de todas las edades cocinaban, comían, dormían y trabajaban. Las habitaciones medían por término medio unos dos metros cuarenta por dos cuarenta, o quizá dos setenta. La séptima habitación fue la que entramos. Era el taller donde cinco hombres «sudaban». Medía dos metros diez de ancho por dos cuarenta de largo, y la mesa en que se trabajaba ocupaba la mayor parte del espacio. Sobre esa mesa había cinco hormas, y apenas quedaba sitio para que los hombres se pusieran en pie junto a su trabajo, pues el resto del espacio estaba abarrotado de cartón, cuero, atados de empellajes de zapato y un surtido variado de materiales utilizados en la unión de los empellajes de calzado con sus suelas.

En la habitación contigua vivía una mujer con seis niños. En otro agujero inmundo vivía una viuda con su único hijo, de dieciséis años, que se moría de tuberculosis. La mujer vendía golosinas por la calle, según me contaron, y con más frecuencia no conseguía que sí proporcionar a su hijo los tres litros de leche que necesitaba a diario. Además, ese hijo, débil y moribundo, no probaba la carne más de una vez por semana; y la clase y calidad de esa carne no puede imaginarse, de ninguna manera, quienes nunca han visto comer a los cerdos humanos.

—Como tose es algo terrible —comentó mi amigo explotado, refiriéndose al muchacho moribundo—. Lo oímos aquí mientras

trabajamos, y es terrible, lo digo de verdad, terrible.

Y, a la vista de la tos y las golosinas, descubrí otro peligro añadido al hostil entorno de los niños de los barrios bajos.

Mi amigo explotado, cuando había trabajo, se afanaba junto a otros cuatro hombres en su taller de dos cuarenta por dos diez. En invierno ardía una lámpara casi todo el día y añadía sus humos al aire ya sobrecargado, que era respirado, y respirado, y respirado una vez más.

En los buenos tiempos, cuando había mucho trabajo, me dijo que podía ganar hasta «treinta bobos a la semana»: itreinta chelines! Siete dólares y medio.

—Pero solo los mejores de entre nosotros podemos llegar — puntualizó—. Y trabajamos doce, trece y catorce horas al día, tan deprisa como podemos. ¡Y si nos viera sudar! Chorrea de nosotros. Si pudiera vernos, le deslumbraría, las tachuelas saliendo de la boca como de una máquina. Mire la boca.

Miré. Los dientes estaban gastados por la fricción constante de las tachuelas metálicas, y además eran negros como el carbón y estaban podridos.

—Me lavo los dientes —añadió—; si no, estarían peor.

Después de que me dijera que los trabajadores tenían que costearse sus propias herramientas, tachuelas, «guarnicionería», cartón, alquiler, luz y demás, quedaba claro que sus treinta chelines eran una cantidad menguante.

—¿Pero cuánto dura la temporada alta en que cobra ese alto salario de treinta chelines? —pregunté.

—Cuatro meses —fue la respuesta; y el resto del año, me informó, ganan de «medio soberano» a «un soberano» a la semana, lo que equivale a dos dólares y medio o cinco dólares. La semana presente llevaba la mitad y había ganado cuatro bobos, es decir, un dólar. Y sin embargo se me dio a entender que esto era uno de los tipos más llevaderos de explotación.

Miré por la ventana, que debería dar a los patios traseros de los edificios vecinos. Pero no había patios traseros, o más bien estaban cubiertos por cobertizos de una sola planta, corrales, en los que vivía gente. Los tejados de esos cobertizos estaban cubiertos de depósitos de suciedad, en algunos sitios de casi un metro de espesor: aportaciones de las ventanas traseras del segundo y tercer piso. Pude distinguir espinas de pescado y huesos, basura, trapos pestilentes, botas viejas, loza rota y toda la basura general de una pocilga humana.

—Este es el último año de este oficio; están fabricando máquinas que acabarán con nosotros —dijo el explotado con tristeza, mientras pasábamos por encima de la mujer con el pecho groseramente desnudo y volvíamos a vadear la vida barata y abundante.

A continuación visitamos las viviendas municipales levantadas por el Consejo del Condado de Londres en el solar de los barrios miserables donde vivían los personajes de «El niño de Jago» de Arthur Morrison. Aunque los edificios alojaban a más personas que antes, eran mucho más sanos. Pero las viviendas estaban habitadas por trabajadores y artesanos de mejor condición. La gente de los barrios miserables simplemente se había dispersado para abarrotar otros barrios miserables o para formar otros nuevos.

—Y ahora —dijo el explotado, el «hombre fornido» que trabajaba tan deprisa que deslumbraba la vista—, voy a mostrarle uno de los pulmones de Londres. Este es el Jardín de Spitalfields. —Y pronunció la palabra «jardín» con sarcasmo.

La sombra de la iglesia de Cristo cae sobre el Jardín de Spitalfields, y a la sombra de la iglesia de Cristo, a las tres de la tarde, vi algo que no deseo volver a ver jamás. No hay flores en este jardín, que es más pequeño que mi propio jardín de rosas en casa. Solo crece hierba, y está rodeado de una valla de hierro con puntas afiladas, como todos los parques de la ciudad de Londres, para que los hombres y mujeres sin hogar no puedan entrar de noche a dormir en ella.

Al entrar en el jardín, nos cruzamos con una anciana de entre cincuenta y sesenta años que pasó junto a nosotros caminando con resuelta intención, aunque con paso algo inseguro, cargando con dos voluminosos bultos cubiertos con arpillera, colgados por delante y por detrás. Era una vagabunda, un alma sin hogar, demasiado independiente para arrastrar su carcasa en declive hasta la puerta del asilo. Como el caracol, llevaba su casa consigo. En los dos bultos cubiertos de arpillera guardaba sus enseres domésticos, su ropa, su ropa blanca y sus queridas posesiones femeninas.

Subimos por el estrecho camino de grava. En los bancos de ambos lados había apostada una masa de humanidad miserable y deforme, cuya visión hubiera impulsado a Doré a vuelos de fantasía más diabólicos que cuantos jamás llegó a alcanzar. Era un revoltijo de harapos y suciedad, de toda clase de repugnantes enfermedades de la piel, llagas abiertas, contusiones, grosería, indecencia, monstruosidades lascivas y rostros bestiales. Soplaban un viento frío y cortante, y aquellas criaturas estaban allí acurrucadas en sus harapos, dormidas en su mayor parte, o intentándolo. Aquí había una docena de mujeres, de entre veinte y setenta años. Junto a ellas, un bebé de quizá nueve meses, dormido, tendido sobre el duro banco, sin almohada ni abrigo, sin que nadie lo cuidara. A continuación, media docena de hombres, durmiendo de pie o apoyándose unos en otros. En un lugar, un grupo familiar: un niño dormido en los brazos de su madre dormida, y el marido (o compañero masculino) remendando torpemente un zapato deteriorado. En otro banco, una mujer recortando con una navaja los flecos deshilachados de sus harapos, y otra mujer, con hilo y aguja, cosiendo desgarrones. Junto a ellas, un hombre abrazando a una mujer dormida. Más allá, un hombre con la ropa cubierta de barro de la cuneta, dormido, con la cabeza en el regazo de una mujer que no tendría más de veinticinco años y que también dormía.

Lo que me desconcertó fue ese dormir. ¿Por qué dormían las nueve décimas partes de ellos o intentaban dormir? Solo lo entendí después. Es una ley de los poderes del Estado que los sin techo no duerman de noche. En el pavimento, junto al pórtico de la iglesia de

Cristo, donde las columnas de piedra se elevan majestuosas hacia el cielo, yacían hileras enteras de hombres durmiendo o dormitando, sumidos todos en un letargo demasiado profundo para despertarse o dejarse llevar por la curiosidad ante nuestra intrusión.

—Un pulmón de Londres —dije—; no, un absceso, una gran llaga purulenta.

—¿Por qué me ha traído aquí? —preguntó el ardiente joven socialista, con el delicado rostro blanco de náusea de alma y de estómago.

—Esas mujeres de ahí —dijo nuestro guía— se venderán por tres peniques, o por dos, o por un pedazo de pan duro.

Lo dijo con un sarcasmo jovial.

Pero lo que más habría dicho no lo sé, porque el enfermo exclamó: «Por el amor de Dios, salgamos de aquí.»

CAPÍTULO VII

UN GANADOR DE LA CRUZ VICTORIA

He descubierto que no es fácil entrar en el pabellón de transeúntes del asilo. Ya lo he intentado dos veces, y pronto lo intentaré una tercera. La primera vez salí a las siete de la tarde con cuatro chelines en el bolsillo. Aquí cometí dos errores. En primer lugar, el solicitante de admisión al pabellón de transeúntes debe ser indigente, y como es sometido a un registro riguroso, debe serlo de verdad; y cuatro peniques, y mucho menos cuatro chelines, es una riqueza suficiente para descalificarlo. En segundo lugar, cometí el error de la tardanza. Las siete de la tarde es demasiado tarde para que un pordiosero consiga una cama de pordiosero.

Para beneficio de las personas de crianza delicada e inocente, permítaseme explicar qué es un pabellón. Es un edificio donde el hombre sin hogar, sin cama y sin un céntimo, si tiene suerte, puede reposar casualmente sus huesos cansados para trabajar luego como un peón al día siguiente a cambio de ello.

Mi segundo intento de entrar en el pabellón de transeúntes comenzó con mejores auspicios. Salí a media tarde acompañado por

el ardiente joven socialista y otro amigo, con solo tres peniques en el bolsillo. Me guiaron hasta el asilo de Whitechapel, al que me aproximé desde una esquina amiga. Eran pocos minutos después de las cinco de la tarde, pero ya se había formado una larga y melancólica cola que se extendía doblando la esquina del edificio y perdiéndose de vista.

Era una estampa muy lamentable: hombres y mujeres esperando en el frío gris del final del día el cobijo de un pordiosero para la noche, y debo reconocer que casi me desconcertó. Como el niño ante la puerta del dentista, de pronto descubrí una multitud de razones para estar en otro sitio. Algo de la lucha que se desarrollaba dentro de mí debió de traslucirse en mi rostro, porque uno de mis acompañantes dijo: «No te acobardes; puedes hacerlo.»

Desde luego que podía, pero me di cuenta de que incluso tres peniques en el bolsillo eran un tesoro demasiado señorial para semejante multitud; y, para eliminar cualquier distinción enojosa, me los vacié. Luego me despedí de mis amigos, y con el corazón latiéndome a toda prisa, me arrastré calle abajo y tomé mi puesto al final de la cola. Lamentable era, esa cola de pobres diablos tambaleándose en el borde del precipicio hacia la muerte; cuán lamentable no lo imaginaba.

Junto a mí había un hombre bajo y robusto. Sano y recio, aunque entrado en años, de rasgos enérgicos, con la piel curtida y correosa que producen los largos años de sol y de intemperie, la suya era la cara y los ojos inconfundibles del mar; y al instante me vino a la mente un fragmento del «Esclavo de las galeras» de Kipling:

«Por la marca en mi hombro, por las mordeduras del hierro que aún duelen; por las cicatrices del látigo, que nunca sanarán; por los ojos avejentados de mirar hacia el sol sobre la salobre marea, he cobrado en pleno mis servicios...»

Cuán exacta fue mi suposición, y cuán peculiarmente apropiados los versos, ya lo sabréis.

—Ya no lo aguanto mucho más, no —se quejaba al hombre que tenía al otro lado—. Voy a romper una ventana grande y me dejarán detenido catorce días. Así tendré un buen sitio para dormir, y de comer mejor que aquí, no lo dudes. Aunque me perdería mi tabaquillo. —Esto como reflexión posterior, dicho con resignación y arrepentimiento.

—Llevo dos noches fuera —continuó—; calado hasta los huesos antes de ayer, y no puedo aguantar mucho más. Me estoy haciendo viejo, y cualquier mañana me recogerán muerto.

Se volvió hacia mí con ardor repentino: —No dejes que te hagas viejo, muchacho. Muere joven, o acabarás así. Te lo digo de verdad. Ochenta y siete años tengo, y serví a mi país como un hombre. Tres galones de buena conducta y la Cruz Victoria, y esto es lo que recibo a cambio. Ojalá estuviera muerto, ojalá estuviera muerto. Que no puede llegar demasiado pronto, te lo digo.

Las lágrimas le brotaron a los ojos, pero antes de que el otro hombre pudiera consolarlo, empezó a tararear una alegre canción marinera como si no existiera cosa tal como el corazón roto en este mundo.

Con esa oportunidad, esta es la historia que contó mientras esperaba en la cola del asilo tras dos noches a la intemperie en las calles.

De joven se había alistado en la Marina británica, y durante más de cuarenta años había servido con fidelidad y lealtad. Nombres, fechas, comandantes, puertos, barcos, compromisos y batallas brotaban de sus labios en un flujo continuo, pero me es imposible recordarlos todos, pues no está muy en su sitio tomar notas a la puerta del asilo. Había participado en la «Primera Guerra de China», como él la llamaba; se había alistado en la Compañía de las Indias Orientales y servido diez años en la India; estaba de vuelta en la India, en la Marina inglesa, en época del Motín; había servido en la Guerra de Birmania y en la de Crimea; y todo ello además de haber

luchado y trabajado bajo la bandera inglesa en casi todos los rincones del mundo.

Luego ocurrió. Una nimiedad, que solo podía rastrearse hasta sus causas primeras: quizá el desayuno del teniente no le había sentado bien; o se había acostado tarde la noche anterior; o las deudas le apremiaban; o el comandante le había hablado con brusquedad. El caso es que ese día en particular el teniente estaba de mal humor. El marinero, con otros, estaba «izando» el aparejo de proa.

Nótese bien: el marinero llevaba más de cuarenta años en la Marina, tenía tres galones de buena conducta y poseía la Cruz Victoria por servicios distinguidos en combate; de modo que no podía haber sido tan mal marinero. El teniente estaba de mal humor; el teniente lo llamó por un nombre, bueno, no un nombre muy agradable. Se refería a su madre. Cuando era niño, nuestro código entre chicos era el de pelearse como pequeños demonios si se insultaba a nuestras madres de esa manera; y muchos hombres han muerto en mi parte del mundo por llamarle eso a otro.

El teniente, sin embargo, llamó al marinero ese nombre. En ese momento, el marinero tenía en las manos una palanca o barra de hierro. Sin pensarlo, golpeó con ella al teniente en la cabeza, tirándolo del aparejo por la borda.

Y luego, con palabras del propio hombre: «Vi lo que había hecho. Conocía el Reglamento, y me dije: "Se acabó para ti, Jack, así que a por ello." Y me tiré por él, con la mente hecha de ahogarnos a los dos. Y lo habría hecho, si no fuera porque justo en ese momento la lancha del buque insignia estaba llegando por un costado. Salimos a la superficie los dos, yo agarrándolo y golpeándolo. Eso fue lo que me perdió. Si no lo hubiera estado golpeando, podría haber alegado que, al ver lo que había hecho, salté por la borda para salvarlo.»

Luego vino el consejo de guerra, o como se llame el juicio en el mar. Recitó su sentencia, palabra por palabra, como si la hubiera memorizado y repasado con amargura muchas veces. Y aquí está, en aras de la disciplina y el respeto a unos oficiales que no siempre

son caballeros, el castigo de un hombre que fue culpable de ser hombre: quedar reducido al rango de marinero raso; ser privado de toda la paga de presas que le correspondiera; perder todos los derechos a pensión; renunciar a la Cruz Victoria; ser licenciado de la Marina con buena conducta (siendo esta su primera falta); recibir cincuenta azotes; y cumplir dos años de cárcel.

—Ojalá me hubiera ahogado ese día, ojalá a Dios le hubiera parecido bien —concluyó, al moverse la cola y doblar nosotros la esquina.

Por fin la puerta apareció a la vista, por la que los pobres iban siendo admitidos en tandas. Y aquí aprendí algo sorprendente: al ser miércoles, ninguno de nosotros sería puesto en libertad hasta el viernes por la mañana. Además, y ojo los fumadores de tabaco: no se nos permitiría entrar con tabaco. Habría que entregarlo al entrar. A veces, me dijeron, se devolvía al salir, y a veces se destruía.

El viejo marino me dio una lección. Abriendo la petaca, vació el tabaco (una cantidad lamentable) en un trozo de papel. Este paquetito, bien doblado y aplastado, bajó por el calcetín hasta el zapato. Bajó también mi trozo de tabaco por el calcetín, pues cuarenta horas sin tabaco es un sacrificio que entenderán todos los fumadores.

Una y otra vez avanzó la cola, y nos íbamos acercando lentamente pero sin pausa a la ventanilla. En ese momento se dio la circunstancia de que estábamos parados sobre una rejilla de hierro, y al aparecer un hombre debajo, el viejo marinero le llamó:

—¿Cuántos más quieren?

—Veinticuatro —llegó la respuesta.

Miramos hacia adelante con ansiedad y contamos. Treinta y cuatro delante de nosotros. La decepción y la consternación se dibujaron en los rostros del entorno. No es agradable, hambriento y sin un céntimo, tener que afrontar una noche sin dormir en las calles. Pero aguantamos la esperanza contra toda esperanza, hasta que cuando diez estaban fuera de la ventanilla, el portero nos mandó a paseo.

—Lleno —dijo, cerrando la puerta de golpe.

Como un rayo, con todo sus ochenta y siete años, el viejo marinero salió disparado en la desesperada posibilidad de encontrar cobijo en otro sitio. Yo me quedé a deliberar con otros dos hombres, ducho en el conocimiento de los pabellones de transeúntes, sobre adónde ir. Decidieron ir al asilo de Poplar, a cinco kilómetros, y nos pusimos en camino.

Al doblar la esquina, uno de ellos dijo: «Yo podría haber entrado aquí hoy. Pasé a la una, y la cola ya estaba empezando a formarse. Son unos favoritos; eso es lo que son. Los dejan entrar a los mismos, noche tras noche.»

CAPÍTULO VIII

EL CARRETERO Y EL CARPINTERO

Al Carretero, con su rostro de rasgos limpios, perilla y labio superior afeitado, lo habría tomado en Estados Unidos por cualquier cosa, desde un maestro artesano hasta un agricultor acomodado. Al Carpintero..., bueno, lo habría tomado por carpintero. Lo parecía: enjuto y nervudo, con ojos sagaces y observadores, y manos que cuarenta y siete años de oficio habían moldeado a los mangos de las herramientas. La principal desgracia de estos hombres era que eran viejos, y que sus hijos, en lugar de crecer para cuidarlos, habían muerto. Los años habían pesado sobre ellos, y los competidores más jóvenes y fuertes que habían ocupado sus puestos los habían expulsado del engranaje de la industria.

Estos dos hombres, rechazados en el pabellón de transeúntes del asilo de Whitechapel, se encaminaban conmigo al asilo de Poplar. No había muchas esperanzas, pensaban, pero intentarlo era todo lo que nos quedaba. Poplar o la calle y la noche. Los dos ansiaban una cama, porque estaban «para el arrastre», como ellos decían. El Carretero, de cincuenta y ocho años, había pasado las últimas tres noches sin techo ni sueño, mientras que el Carpintero, de sesenta y cinco, llevaba cinco noches a la intemperie.

Pero, ¡oh, gente acomodada y bien comida, con la carne y la sangre en su sitio, con camas blancas y habitaciones airoas aguardándoos cada noche! ¿Cómo haceros entender lo que es sufrir como vosotros sufriríais si pasarais una noche agotadora en las calles de Londres? Creedme: pensaríais que habían pasado mil siglos antes de que el este palidciera en el alba; temblaríais hasta estar a punto de gritar de dolor en cada músculo agarrotado; y os asombraríais de poder aguantar tanto sin morir. Si os sentarais en un banco, y vuestros ojos cansados se cerraran, tened por seguro que el policía os despertaría y os mandaría con brusquedad a «circular». Podéis descansar en el banco, que los hay pocos y muy espaciados; pero si descansar significa dormir, hay que seguir adelante, arrastrando el cuerpo cansado por las interminables calles. Si, en un arranque de desesperada astucia, buscarais algún callejón desolado o algún pasadizo oscuro para tumbaros, el omnipresente policía os echaría lo mismo. Es su obligación echaros. Es una ley de los poderes del Estado que seáis echados.

Pero cuando llegara el alba, pesadilla terminada, correríais a casa a reponeros, y hasta el día de vuestra muerte contaríais la historia de vuestra aventura a grupos de amigos admirados. Iría creciendo hasta convertirse en una historia formidable. Vuestra pequeña noche de ocho horas se convertiría en una Odisea y vosotros en un Homero.

No así los sin techo que caminaban conmigo al asilo de Poplar. Y son treinta y cinco mil, hombres y mujeres, en la ciudad de Londres esta noche. Por favor, no lo recordéis al acostaros; si sois tan acomodados como debéis ser, puede que no durmáis tan bien como de costumbre. Pero para hombres viejos de sesenta, setenta y ochenta años, mal alimentados, sin carne ni sangre, recibir el alba sin haberse repuesto, y tambalearse durante el día en una búsqueda desesperada de mendrugos, con la noche implacable precipitándose sobre ellos de nuevo, y hacer esto cinco noches y días... ¡Oh, gente acomodada y bien comida, cómo podréis llegar a entenderlo alguna vez!

Caminé por Mile End Road entre el Carretero y el Carpintero. Mile End Road es una arteria ancha que atraviesa el corazón del East End londinense, y por ella circulaban decenas de miles de personas. Os digo esto para que podáis apreciar en su plenitud lo que describiré en el próximo párrafo. Como digo, caminábamos, y cuando se amargaban y maldecían del país, yo maldecía con ellos, maldecía como maldeciría un vagabundo americano varado en una tierra extraña y terrible. Y tal como intenté hacerles creer, y logré que creyeran, me tomaron por un «marinero» que había dilapidado su dinero en vida disipada, había perdido la ropa (no es algo inusual en los marineros en tierra) y estaba temporalmente en la miseria mientras buscaba barco. Esto explicaba mi ignorancia de las costumbres inglesas en general y de los pabellones de transeúntes en particular, y mi curiosidad al respecto.

El Carretero tenía dificultades para mantener el paso al que caminábamos (me dijo que ese día no había comido nada), pero el Carpintero, enjuto y hambriento, con el abrigo gris y raído ondeando lúgubrememente en la brisa, avanzaba con una zancada larga e infatigable que me recordaba mucho al lobo o al coyote de la pradera. Los dos caminaban con los ojos clavados en el pavimento mientras hablaban, y de vez en cuando uno u otro se agachaba y recogía algo, sin perder el paso en ningún momento. Pensé que eran colillas de puro y de cigarrillo lo que recogían, y durante un rato no presté atención. Luego sí la presté.

Del húmedo pavimento lleno de escupitajos recogían trozos de cáscara de naranja, piel de manzana y raspones de uva, y se los comían. Los huesos de las ciruelas claudias los partían entre los dientes para sacar los piñones de dentro. Recogían trozos sueltos de pan del tamaño de un guisante, corazones de manzana tan negros y sucios que nadie los habría reconocido como tales, y estas cosas estos dos hombres se las metían en la boca, y las masticaban, y las tragaban; y esto, entre las seis y las siete de la tarde del 20 de agosto del año del Señor de 1902, en el corazón del mayor, más rico y más poderoso imperio que el mundo haya visto jamás.

Estos dos hombres hablaban. No eran tontos, simplemente eran viejos. Y, naturalmente, con las tripas empapadas de desperdicios del pavimento, hablaban de revolución sangrienta. Hablaban como hablarían anarquistas, fanáticos y locos. ¿Y quién podría culparlos? A pesar de mis tres buenas comidas de ese día, y de la cama cómoda que podía ocupar si quería, y de mi filosofía social, y de mi fe evolucionista en el lento desarrollo y la metamorfosis de las cosas, a pesar de todo eso, digo, me sentía impelido a delirar con ellos o a callar. ¡Pobres insensatos! No es de su clase de donde nacen las revoluciones. Y cuando estén muertos y sean polvo, lo que no tardará, otros insensatos hablarán de revolución sangrienta mientras recogen basura del pavimento lleno de escupitajos de Mile End Road al asilo de Poplar.

Al ser extranjero y joven, el Carretero y el Carpintero me explicaban las cosas y me daban consejos. Sus consejos, por cierto, eran breves y directos: largarse del país. «Tan rápido como Dios me lo permita —les aseguré—; iré tan deprisa que no veréis el rastro del humo.» Captaron la fuerza de mis expresiones más que entenderlas, y asintieron con aprobación.

—Hace que un hombre acabe siendo delincuente sin querer —dijo el Carpintero—. Aquí estoy yo, viejo, con hombres más jóvenes ocupando mi puesto, la ropa cada vez más raída, y más difícil cada día conseguir trabajo. Voy al pabellón de transeúntes a buscar cama. Hay que estar allí a las dos o las tres de la tarde o no entras. Ya vio lo que pasó hoy. ¿Qué oportunidad me da eso de buscar trabajo? Suponiendo que consiga entrar al pabellón, me tienen todo el día siguiente, me sueltan la mañana del día siguiente. ¿Y entonces? La ley dice que esa noche no puedo entrar en otro pabellón que esté a menos de dieciséis kilómetros. Tengo que apresurarme y caminar para llegar allí a tiempo ese día. ¿Qué oportunidad me da eso de buscar trabajo? Supongamos que no camino. Supongamos que busco trabajo. En un periquete llega la noche, y sin cama. Sin dormir en toda la noche, sin comer, ¿en qué condiciones estoy por la mañana para buscar trabajo? Tengo que recuperar el sueño en el parque como puedo —y aquí se me vino con fuerza la imagen de la

iglesia de Cristo en Spitalfields— y conseguir algo de comer. ¡Y ahí estoy! Viejo, hundido, y sin posibilidad de salir adelante.

—Aquí había una barrera de peaje —dijo el Carretero—. Cuántas veces habrá pagado el peaje aquí en mis tiempos de carretero.

—He comido tres panecillos de un penique en dos días —anunció el Carpintero, tras una larga pausa en la conversación—. Dos ayer, y el tercero hoy —concluyó, después de otra larga pausa.

—Yo no he comido nada hoy —dijo el Carretero—. Y estoy agotado. Me duelen las piernas una barbaridad.

—El pan que te dan en el asilo está tan duro que no hay quien lo coma bien con menos de medio litro de agua —dijo el Carpintero, para mi información. Y al preguntarle qué era «el asilo», respondió: —El pabellón de transeúntes. Es una palabra de argot, ya sabe.

Pero lo que me sorprendió fue que tuviera la palabra «argot» en su vocabulario, un vocabulario que, antes de que nos separáramos, descubrí que no era nada desdeñable.

Les pregunté qué podía esperar en cuanto al trato si lográbamos entrar en el asilo de Poplar, y entre los dos me suministraron abundante información. Tras un baño de agua fría al entrar, me darían para cenar ciento setenta gramos de pan y «tres cuartas de gachas». «Tres cuartas» significa tres cuartos de pinta, y las «gachas» son un brebaje líquido de tres cuartos de litro de avena removida en tres cubos y medio de agua caliente.

—¿Con leche y azúcar, supongo, y una cuchara de plata? —inquirí.

—Ni soñarlo. Sal es lo que le darán, y he visto sitios donde ni cuchara hay. Hay que inclinar y dejar escurrir, así es como se hace.

—En 'Ackney dan buenas gachas —dijo el Carretero.

—Ah, unas gachas admirables las de ahí —ponderó el Carpintero, y ambos se miraron con elocuencia.

—Harina con agua en Saint George in the East —dijo el Carretero. El Carpintero asintió. Los había probado todos.

—¿Y luego? —pregunté.

Y me informaron de que me mandaban directamente a la cama. «Te llaman a las cinco y media de la mañana, te levantas y te das un "remojón", si hay jabón. Luego el desayuno, igual que la cena, tres cuartas de gachas y un panecillo de ciento setenta gramos.»

—No siempre son ciento setenta —corrigió el Carretero.

—No, no; y a menudo tan agrio que apenas puedes comérselo. Cuando empecé no podía comerme las gachas ni el pan, pero ahora puedo comerme mi ración y la de otro.

—Yo podría comerme las raciones de tres hombres —dijo el Carretero—. Hoy no he probado bocado.

—¿Y luego?

—Luego tienes que hacer tu tarea: desgranar cuatro libras de estopa, o fregar y barrer, o romper entre cuatro y cinco quintales de piedra. A mí no me hacen romper piedras; tengo más de sesenta años, ya ve. A usted sí le harán. Es joven y fuerte.

—Lo que a mí no me gusta —refunfuñó el Carretero— es que te encierren en una celda a desgranar estopa. Es demasiado parecido a la cárcel.

—¿Pero qué pasa si, después de haber dormido, te niegas a desgranar estopa, o romper piedras, o hacer cualquier trabajo? —pregunté.

—No se niega usted una segunda vez; lo meten en chirona —respondió el Carpintero—. No le aconsejo que lo pruebe, muchacho.

—Luego viene la comida —continuó—. Doscientos veinte gramos de pan, cuarenta gramos de queso y agua fría. Luego terminas tu tarea y tienes la cena, igual que antes, tres cuartas de gachas y ciento setenta gramos de pan. Luego a la cama, a las seis, y a la mañana siguiente te sueltan, siempre que hayas terminado la tarea.

Hacía rato que habíamos dejado atrás Mile End Road, y tras recorrer un laberinto sombrío de calles estrechas y sinuosas,

llegamos al asilo de Poplar. Sobre un muro de piedra bajo extendimos los pañuelos, y cada uno puso en el suyo todos sus bienes terrenales, con excepción del «tabaquillo» que llevaba en el calcetín. Y entonces, mientras la última luz se desvanecía del cielo de color grisáceo, con el viento soplando frío y sin alegría, nos quedamos de pie, con nuestros míseros farditos en la mano, un grupo desamparado a la puerta del asilo.

Pasaron tres trabajadoras, y una me miró con compasión; al pasar, la seguí con los ojos, y ella seguía mirándome con compasión. A los viejos no los notó. ¡Cristo bendito, me compadecía a mí, joven, vigoroso y fuerte, pero no tenía compasión por los dos viejos que estaban a mi lado! Ella era una mujer joven, y yo era un hombre joven, y no eran más que vagos impulsos de atracción lo que la llevaba a compadecerme, lo que situaba su sentimiento en el plano más bajo. Compadecer a los viejos es un sentimiento altruista y, además, la puerta del asilo es el sitio acostumbrado para los viejos. De modo que no mostró compasión por ellos, solo por mí, que la merecía menos o no la merecía en absoluto. No con honra descende la cabeza canosa a la sepultura en la ciudad de Londres.

A un lado de la puerta había una aldaba, al otro un pulsador.

—Toque el timbre —me dijo el Carretero.

Y, tal como lo haría normalmente en la puerta de cualquiera, tiré del mango y toqué un repique.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamaron a una voz aterrorizada—. ¡No tan fuerte!

Solté, y me miraron con reproches, como si hubiera puesto en peligro sus posibilidades de cama y tres cuartas de gachas. No vino nadie. Por suerte era el timbre equivocado, y me quedé más tranquilo.

—Pulse el botón —dije al Carpintero.

—No, no, espere un momento —se apresuró a intervenir el Carretero.

De todo lo cual saqué la conclusión de que un portero de asilo, que suele cobrar un sueldo anual de entre siete y nueve libras, es un personaje muy quisquilloso e importante al que no se puede tratar con demasiadas contemplaciones... si uno es pordiosero.

Así que esperamos, diez veces el intervalo razonable, cuando el Carretero avanzó sigilosamente un tímido índice hacia el botón y le dio la pulsación más suave y breve que le fue posible. He contemplado a hombres que esperaban en momentos en que la vida o la muerte estaban en juego; pero la ansiosa suspensión se reflejaba menos claramente en sus rostros que en los de estos dos hombres mientras aguardaban la llegada del portero.

Llegó. Apenas nos miró. «Completo», dijo, y cerró la puerta.

—Otra noche en la calle —gimió el Carpintero. A la escasa luz, el Carretero tenía un aspecto pálido y gris.

La caridad indiscriminada es viciosa, dicen los filántropos profesionales. Bien, resolví ser vicioso.

—Vamos; saca el cuchillo y ven aquí —le dije al Carretero, llevándolo a un callejón oscuro.

Me miró con expresión asustada e intentó retroceder. Posiblemente me tomó por un Jack el Destripador de nueva generación con debilidad por los pordioseros varones de avanzada edad. O quizá pensó que lo estaba engatusando para que cometiera algún crimen desesperado. En cualquier caso, estaba asustado.

Se recordará que al principio cosí una libra dentro de la camiseta de fogonero, bajo la axila. Era mi fondo de emergencia, y ahora me veía en la necesidad de echar mano de él por primera vez.

No fue sino después de hacer las contorsiones de un acróbata y mostrar la moneda redonda cosida en la tela cuando logré la ayuda del Carretero. Incluso entonces le temblaba tanto la mano que temí que me cortara a mí en lugar de las puntadas, y me vi obligado a quitarle el cuchillo y hacerlo yo mismo. La moneda de oro rodó al

suelo, una fortuna a sus ojos hambrientos, y salimos disparados hacia la fonda más cercana.

Desde luego tuve que explicarles que no era más que un investigador, un estudiante social que buscaba saber cómo vivía la otra mitad. Y al instante se cerraron como ostras. Yo no era de su clase; mi forma de hablar había cambiado, el tono de mi voz era distinto; en resumidas cuentas, yo era un superior, y ellos tenían una vivísima conciencia de clase.

—¿Qué tomarán? —pregunté, cuando llegó el camarero a tomar el pedido.

—Dos rebanadas y una taza de té —dijo el Carretero con humildad.

—Dos rebanadas y una taza de té —dijo el Carpintero con humildad.

Párense un momento y consideren la situación. Aquí había dos hombres que yo había invitado a la fonda. Habían visto mi moneda de oro y podían entender que yo no era un pordiosero. Uno había comido un panecillo de medio penique ese día, el otro no había comido nada. Y pidieron «dos rebanadas y una taza de té». Cada uno había hecho un pedido de dos peniques. «Dos rebanadas», por cierto, significa dos rebanadas de pan con mantequilla.

Era la misma humildad degradada que había caracterizado su actitud hacia el portero del asilo. Pero yo no lo iba a consentir. Paso a paso fui aumentando su pedido: huevos, lonchas de tocino, más huevos, más tocino, más té, más rebanadas y así sucesivamente, mientras ellos negaban con melancolía que quisieran algo más, y lo devoraban ávidamente en cuanto llegaba.

—La primera taza de té que tomo en quince días —dijo el Carretero.

—Un té admirable, ese —dijo el Carpintero.

Cada uno se bebió dos pintas, y les aseguro que era un brebaje. Se parecía al té menos de lo que la cerveza rubia se parece al

champán. Es más, era «agua encantada» y no se parecía al té en absoluto.

Fue curioso, pasado el primer impacto, observar el efecto que la comida tenía en ellos. Al principio estaban melancólicos y hablaban de las diversas ocasiones en que habían pensado en suicidarse. El Carretero, no una semana antes, se había parado en el puente y había mirado el agua y dado vueltas a la cuestión. El agua era una mala vía, insistió el Carpintero con calor. Él, al menos, sabía que lucharía. Una bala era «más práctica», pero ¿cómo diantres iba a hacerse con un revólver? Ese era el problema.

Fueron animándose a medida que el «té» caliente les fue entrando, y hablaron más de sí mismos. El Carretero había enterrado a su mujer y a sus hijos, con excepción de un hijo que llegó a la madurez y le ayudó en su pequeño negocio. Luego sucedió. El hijo, un hombre de treinta y un años, murió de viruela. Nada más acabar esto, al padre le entró una fiebre y estuvo tres meses en el hospital. Ahí se acabó todo. Salió débil y debilitado, sin un hijo joven y fuerte que le apoyara, el pequeño negocio esfumado y sin un céntimo. La cosa había sucedido, y la partida estaba perdida. Sin posibilidad de empezar de nuevo para un viejo. Los amigos, todos pobres e incapaces de ayudar. Había intentado conseguir trabajo cuando se estaban montando las tribunas para el primer desfile de coronación. «Y me harté de la respuesta: "¡No! ¡No! ¡No!" Me resonaba en los oídos por la noche cuando intentaba dormir, siempre lo mismo: "¡No! ¡No! ¡No!"» Solo la semana pasada había respondido a un anuncio en Hackney, y al dar su edad le dijeron: «Oh, demasiado viejo, demasiado viejo con mucho».

El Carpintero había nacido en el ejército, donde su padre había servido veintidós años. Asimismo, sus dos hermanos habían ingresado en el ejército; uno, sargento mayor de los Séptimos Húsares, murió en la India después del Motín; el otro, tras nueve años a las órdenes de Roberts en Oriente, se había perdido en Egipto. El Carpintero no había entrado en el ejército, y ahí estaba, todavía en el planeta.

—Pero anda, deme la mano —dijo, rasgándose la camisa raída—. No sirvo más que para el anatomista, eso es todo. Me estoy consumiendo, señor, consumiendo de verdad por falta de comida. Toque mis costillas y lo verá.

Metí la mano bajo su camisa y toqué. La piel estaba estirada como pergamino sobre los huesos, y la sensación producida era exactamente igual a la de pasarle la mano a una tabla de lavar.

—Siete años de dicha tuve —dijo—. Una buena mujer y tres niñas preciosas. Pero todas murieron. La escarlatina se llevó a las niñas en menos de quince días.

—Después de esto, señor —dijo el Carretero, señalando lo que había sobre la mesa, y deseando encauzar la conversación por derroteros más alegres—, no podré comerme un desayuno del asilo por la mañana.

—Ni yo —convino el Carpintero, y se pusieron a hablar de placeres del estómago y de los exquisitos platos que sus respectivas mujeres habían cocinado en los viejos tiempos.

—He pasado tres días sin comer —dijo el Carretero.

—Y yo, cinco —añadió su compañero, ensombreciéndose con el recuerdo—. Cinco días una vez, sin nada en el estómago salvo un trozo de cáscara de naranja, y la naturaleza ultrajada no lo aguantó, señor, y casi me muero. A veces, cuando andaba de noche por las calles, me había desesperado tanto que me decidía a jugármelo todo a cara o cruz. Ya me entiende, señor: cometer algún robo gordo. Pero cuando llegaba la mañana, ahí estaba yo, demasiado débil del hambre y el frío para hacerle daño a un ratón.

A medida que sus pobres entrañas se calentaban con la comida, empezaron a expansionarse y fanfarronear, y a hablar de política. Solo puedo decir que hablaron de política tan bien como el hombre de clase media corriente, y mucho mejor que algunos hombres de clase media que he escuchado. Lo que me sorprendió fue el dominio que tenían del mundo, su geografía y sus pueblos, y de la historia reciente y contemporánea. Como digo, no eran tontos, estos dos

hombres. Simplemente eran viejos, y sus hijos habían tenido el desconsiderado detalle de no crecer para darles un sitio junto al fuego.

Un último incidente, cuando me despedí de ellos en la esquina, contentos con un par de chelines en el bolsillo y la perspectiva segura de una cama para la noche. Encendiendo un cigarrillo, estaba a punto de tirar la cerilla encendida cuando el Carretero alargó la mano hacia ella. Le ofrecí la caja, pero dijo: «No se preocupe, que no se desperdicia, señor.» Y mientras encendía el cigarrillo que le había dado, el Carpintero se apresuraba a llenar la pipa para aprovechar la misma cerilla.

—Está mal despilfarrar —dijo.

—Sí —dije yo, pero estaba pensando en las costillas de tabla de lavar que había palpado.

CAPÍTULO IX

EL ASILO

Ante todo, debo pedir perdón a mi cuerpo por la vileza a través de la cual lo he arrastrado, y a mi estómago por la vileza que he metido en él. He estado en el asilo, y he dormido en el asilo, y he comido en el asilo; también he huido del asilo.

Después de mis dos intentos fallidos de penetrar en el pabellón de transeúntes de Whitechapel, salí temprano y me uní a la desolada cola antes de las tres de la tarde. No «abrían» hasta las seis, pero a esa hora tan temprana yo era el número veinte, mientras que la noticia había corrido de que solo se admitirían veintidós. A las cuatro había treinta y cuatro en la cola, los últimos diez aferrándose a la tenue esperanza de entrar de algún modo milagroso. Muchos más llegaron, miraron la cola y se marcharon, bien conscientes del amargo hecho de que el asilo estaría «completo».

Al principio la conversación escaseaba, de pie ahí, hasta que el hombre que tenía a un lado y el que tenía al otro descubrieron que habían estado en el hospital de la viruela al mismo tiempo, aunque un establecimiento lleno con mil seiscientos enfermos les había impedido conocerse. Pero lo compensaron, discutiendo y comparando los aspectos más repugnantes de su enfermedad con la

sangre fría y el aplomo más absolutos. Supe que la mortalidad media era de uno entre seis, que uno había estado ingresado tres meses y el otro tres meses y medio, y que habían estado «podridos de viruela». Ante lo cual mi carne empezó a erizarse, y les pregunté cuánto tiempo llevaban fuera. Uno llevaba dos semanas, y el otro tres. La cara la tenían muy marcada de cicatrices (aunque cada uno le aseguraba al otro que no era así), y además me mostraron en las manos y bajo las uñas las «semillas» de viruela que aún seguían saliendo. Es más, uno de ellos expulsó una semilla para mi instrucción, y ¡pop!, salió volando de su carne al aire. Intenté encogerme dentro de la ropa, y registré una vehemente aunque silenciosa esperanza de que no hubiera salido disparada sobre mí.

En ambos casos, comprobé que la viruela era la causa de que estuvieran «de vagabundaje». Los dos habían estado trabajando cuando les sobrevino la enfermedad, y los dos habían salido del hospital «sin un céntimo», con la sombría tarea de buscar trabajo por delante. Hasta entonces no habían encontrado ninguno, y habían recurrido al asilo para «recuperarse» después de tres días y tres noches en la calle.

Al parecer, no solo el hombre que envejece es castigado por su desgracia involuntaria, sino también el que es atacado por una enfermedad o un accidente. Más adelante hablé con otro hombre, al que llamábamos «el Pelirrojo», que estaba a la cabeza de la cola, señal inequívoca de que llevaba esperando desde la una. Un año antes, un día, mientras trabajaba para un pescadero, estaba cargando una caja pesada de pescado que era demasiado para él. Resultado: «algo se rompió», y ahí estaba la caja en el suelo, y él a su lado.

En el primer hospital, adonde fue llevado de inmediato, dijeron que era una hernia, le redujeron la inflamación, le dieron un poco de vaselina para frotarse, lo tuvieron cuatro horas y le dijeron que se fuera. Pero no llevaba en la calle más de dos o tres horas cuando volvía a estar tumbado boca arriba. Esta vez fue a otro hospital y le remendaron. Pero el caso es que el empleador no hizo nada,

absolutamente nada, por el hombre herido en su trabajo, y ni siquiera le dio «algún trabajo ligero de vez en cuando» cuando salió. En lo que respecta al Pelirrojo, es un hombre acabado. Su única posibilidad de ganarse la vida era con el trabajo duro. Ahora es incapaz de hacer trabajo duro, y desde hoy hasta que muera, el asilo, la mendicidad y las calles son todo lo que le espera en materia de comida y techo. La cosa sucedió, nada más. Puso la espalda bajo una carga demasiado pesada de pescado, y su posibilidad de ser feliz en la vida quedó tachada de los libros.

Varios hombres de la cola habían estado en Estados Unidos, y deseaban no haber vuelto, y se maldecían por su imprudencia en haberse marchado alguna vez. Inglaterra se había convertido para ellos en una prisión de la que no había esperanza de escape. Era imposible que salieran de allí. Ni podían reunir el dinero del pasaje ni tenían posibilidad de ganárselo trabajando. El país estaba demasiado lleno de pobres diablos que «se lo jugaban» también.

Yo seguía con el papel del marinero que había perdido la ropa y el dinero, y todos me consolaron y me dieron muchos consejos sensatos. En resumen, los consejos venían a ser algo así: apartarme de todos los sitios como el asilo. No me convenía en absoluto. Encaminarme a la costa y esforzarme por conseguir embarcarme. Trabajar, si era posible, y juntar una libra o algo así, con lo que podría sobornar a algún mayordomo o subalterno para que me diera la oportunidad de trabajar para pagar el pasaje. Me envidiaban la juventud y la fuerza, que tarde o temprano me sacarían del país. Eso ellos ya no lo tenían. La edad y las penurias inglesas los habían deshecho, y para ellos la partida estaba jugada y perdida.

Había uno, sin embargo, que todavía era joven, y que estoy seguro de que al final lo conseguirá. Había ido a Estados Unidos de joven, y en catorce años de residencia el período más largo que había estado sin trabajo era de doce horas. Había ahorrado dinero, prosperado en exceso, y había vuelto a la madre patria. Ahora estaba en la cola del asilo.

Durante los últimos dos años, me contó, había trabajado de cocinero. Su jornada había sido de las siete de la mañana a las diez y media de la noche, y los sábados hasta las doce y media del mediodía: noventa y cinco horas a la semana, por las que había recibido veinte chelines, cinco dólares.

—Pero el trabajo y las largas horas me estaban matando —dijo—, y tuve que dejarlo. Tenía algo de dinero ahorrado, pero me lo gasté viviendo y buscando otro sitio.

Era su primera noche en el asilo, y había entrado solo para descansar. En cuanto saliera, tenía intención de partir hacia Bristol, ciento setenta kilómetros a pie, donde pensaba que eventualmente encontraría un barco para los Estados.

Pero los hombres de la cola no eran todos de esta calaña. Algunos eran pobres bestias miserables, inarticuladas y embotadas, pero a pesar de ello, en muchos aspectos muy humanos. Recuerdo a un carretero que, evidentemente de vuelta a casa tras el trabajo del día, detuvo el carro ante nosotros para que su vástago, que había salido corriendo a su encuentro, pudiera subir. Pero el carro era grande, el vástago pequeño, y fracasó en sus varios intentos de encaramarse. Ante lo cual uno de los hombres de aspecto más degradado salió de la cola y lo izó. Lo valioso y lo gozoso de este acto está en que era un servicio por amor, no por paga. El carretero era pobre, y el hombre lo sabía; y el hombre estaba en la cola del asilo, y el carretero lo sabía; y el hombre había hecho el pequeño gesto, y el carretero le había dado las gracias, exactamente igual que lo habríamos hecho tú o yo y le habríamos dado las gracias.

Otro toque hermoso fue el que mostró el «lúpulero» y su «vieja». Llevaba en la cola unos media hora cuando la «vieja» (su compañera) se le acercó. Iba razonablemente vestida para su clase, con un bonete desgastado en la cabeza canosa y un fardo cubierto de arpillera en los brazos. Mientras hablaba con él, él alargó la mano, cogió el único mechoncillo de cabello blanco que se le había soltado y ondeaba suelto, lo enrolló diestramente entre los dedos y lo volvió a colocar correctamente detrás de la oreja. De todo lo cual

pueden sacarse muchas conclusiones. Claramente le tenía bastante aprecio como para querer que estuviera arreglada y pulcra. Se sentía orgulloso de ella, allí de pie en la cola del asilo, y deseaba que tuviera buen aspecto a los ojos de los demás desgraciados que hacían la misma cola. Pero en último término y mejor que todo, subyaciendo a todos estos motivos, era un sólido afecto el que le tenía; porque el hombre no se suele preocupar por el arreglo y el aliño de una mujer por quien no siente nada, ni es probable que se sienta orgulloso de ella.

Y me encontré preguntándome por qué este hombre y su compañera, trabajadores esforzados según se deducía de su conversación, tenían que buscar alojamiento de pordioseros. Él tenía orgullo, orgullo de su vieja y orgullo de sí mismo. Cuando le pregunté qué pensaba que yo, un novato, podría ganar «en los lúpulos», me evaluó y dijo que dependía. Mucha gente era demasiado lenta para cosechar lúpulo y fracasaba. Un hombre, para tener éxito, debía usar la cabeza y ser rápido de dedos, muy rápido de dedos. Ellos dos, por ejemplo, podían hacerlo bastante bien, trabajando en el mismo cubo y sin dormirse; pero es que llevaban años en ello.

—Un compañero mío fue el año pasado —contó un hombre—. Era la primera vez, pero volvió con dos libras y diez chelines en el bolsillo, y solo había estado fuera un mes.

—¡Ahí lo tiene! —dijo el Lúpulero, con una voz cargada de admiración—. Era rápido. Había nacido con don para ello, vamos.

¡Dos libras y diez chelines, doce dólares y medio, por un mes de trabajo cuando uno «ha nacido con don para ello»! Y encima, durmiendo al raso sin mantas y viviendo Dios sabe cómo. Hay momentos en que agradezco no haber «nacido con don» para nada, ni siquiera para recoger lúpulos.

En lo que se refiere a pertrecharse para «los lúpulos», el Lúpulero me dio algunos consejos de oro, a los que conviene prestar

atención, vosotros, gente acomodada y de piel fina, por si alguna vez os quedáis varados en la ciudad de Londres.

—Si no tienes latas y utensilios de cocina, lo único que conseguirás será pan con queso. ¡Eso no vale para nada! Tienes que tener té caliente, y verduras, y un poco de carne de vez en cuando, si vas a hacer un trabajo que sea trabajo de verdad. No se puede con comida fría. Te digo lo que haces, muchacho. Da una vuelta por la mañana y mira en los cubos de basura. Encontrarás muchas latas para cocinar. Latas buenas, algunas admirables. La vieja y yo conseguimos las nuestras así. —Señaló el fardo que ella llevaba, mientras ella asentía con orgullo, irradiando amabilidad y satisfacción y sentido de la prosperidad—. Este abrigo vale como una manta —continuó, levantando el faldón para que yo pudiera palpar su grosor—. Y quién sabe, puede que encuentre una manta antes de que pase mucho.

La vieja volvió a asentir y a sonreír, esta vez con la plena certeza de que encontraría una manta antes de que pasara mucho.

—Yo lo llamo vacaciones, lo de los lúpulos —concluyó con entusiasmo—. Una buena manera de juntar dos o tres libras y prepararse para el invierno. Lo único que no me gusta —y aquí estaba la discordancia— es el camino a pie hasta allí.

Era evidente que los años iban pesando en esta pareja tan activa, y que aunque disfrutaban del trabajo rápido con los dedos, el «camino a pie», que es andar, empezaba a hacerse penoso. Y los miré a sus canas, y luego hacia el futuro, diez años más adelante, y me pregunté cómo les iría.

Noté que otro hombre y su vieja se incorporaban a la cola, los dos pasados los cincuenta. La mujer, por ser mujer, fue admitida en el asilo; pero él llegó tarde, y separado de su compañera, fue rechazado para vagar por las calles toda la noche.

La calle donde estábamos, de pared a pared, tenía apenas seis metros de anchura. Las aceras medían un metro. Era una calle residencial. Al menos obreros y sus familias malvivían de alguna

manera en las casas de enfrente. Y todos los días, desde la una de la tarde hasta las seis, nuestra harapienta cola del asilo era el principal elemento del paisaje que dominaban sus puertas y ventanas delanteras. Un obrero estaba sentado directamente enfrente, en su portal, tomando el descanso y el aire fresco tras el trabajo del día. Se acercó su mujer a charlar con él. El portal era demasiado estrecho para dos, así que ella permaneció de pie. Sus criaturas se arrastraban delante de ellos. Y aquí estaba la cola del asilo, a menos de seis metros de distancia: sin intimidad para el obrero, sin intimidad para el pordiosero. A nuestros pies jugaban los niños del barrio. Para ellos nuestra presencia no tenía nada de insólita. No éramos una intromisión. Éramos tan naturales y ordinarios como los muros de ladrillo y los bordillos de piedra de su entorno. Habían nacido a la vista de la cola del asilo, y durante todos sus breves días la habían visto.

A las seis la cola avanzó, y fuimos admitidos en grupos de tres. El superintendente tomó con una rapidez fulminante el nombre, la edad, la profesión, el lugar de nacimiento, el estado de indigencia y el «kip» de la noche anterior; y al girarme me sobresaltó que un hombre me pusiera en la mano algo que parecía un ladrillo y me gritara al oído: «¿Navajas, cerillas o tabaco?» «No, señor», mentí, como mentía todo hombre que entraba. Al bajar al sótano, miré el ladrillo que tenía en la mano, y vi que haciendo violencia al lenguaje podía llamarse «pan». Por su peso y su dureza debía de ser ázimo, desde luego.

La luz era muy tenue abajo en el sótano, y antes de darme cuenta otro hombre me había puesto una escudilla en la otra mano. Luego tropecé en una habitación aún más oscura, donde había bancos, mesas y hombres. El lugar olía de manera repugnante, y la sombría penumbra, y el murmullo de voces surgiendo de la oscuridad, lo hacían parecer una sala de espera de las regiones infernales.

La mayoría de los hombres sufrían de los pies doloridos, y precedían la comida quitándose los zapatos y desliando los sucios

trapos con que los tenían envueltos. Esto aumentaba el hedor general, además de quitarme el apetito.

De hecho, comprobé que había cometido un error. Hacía cinco horas que había comido una cena abundante, y para hacer honor a lo que tenía ante mí habría necesitado ayunar un par de días. La escudilla contenía gachas, tres cuartos de pinta, una mezcla de maíz y agua caliente. Los hombres mojaban el pan en montoncitos de sal esparcidos sobre las mesas sucias. Intenté hacer lo mismo, pero el pan parecía pegarse en la boca, y recordé las palabras del Carpintero: «Hace falta media pinta de agua para comer el pan bien».

Fui a un rincón oscuro donde había visto ir a otros hombres y encontré el agua. Luego volví y atacué las gachas. Eran de textura basta, sin sazón, toscas y amargas. Esta amargura, que persistía tenazmente en la boca después de que las gachas habían pasado, me resultaba especialmente repulsiva. Luché valerosamente, pero mis náuseas me vencieron, y media docena de cucharadas de gachas y pan fue la medida de mi éxito. El hombre que estaba a mi lado se comió su ración, y la mía también, raspó las escudillas y miró con hambre en busca de más.

—Me encontré con un paisano y me invitó a una cena demasiado buena —expliqué.

—Y yo no he probado bocado desde ayer por la mañana —respondió.

—¿Y el tabaco? —pregunté—. ¿Le molestará a uno el tipo ese ahora?

—Qué va —me respondió—. Ni de coña. Este es el asilo más fácil. Habría que ver algunos. Te registran hasta la piel.

Raspadas las escudillas, la conversación empezó a animarse. «Este superintendente no para de escribir cartas a los periódicos sobre nosotros, los pobres diablos», dijo el hombre que tenía al otro lado.

—¿Qué dice? —pregunté.

—Oh, dice que no valemos nada, que somos un hatajo de maleantes y sinvergüenzas que no queremos trabajar. Cuenta todos los trucos viejos que llevo veinte años oyendo y que nunca he visto hacer a ningún pobre diablo. Lo último que vi suyo contaba cómo un pordiosero sale del asilo con un mendrugo en el bolsillo. Y cuando ve venir a un buen señor mayor por la calle, tira el mendrugo a la alcantarilla y le pide al viejo que le preste el bastón para sacarlo. Y el viejo le da seis peniques.

Un rugido de aprobación saludó el trillado cuento, y desde algún lugar en la oscuridad más profunda llegó otra voz que decía con rabia:

—¡Que el campo sea bueno para conseguir comida! Me gustaría verlo. Acabo de venir de Dover, y poca comida que conseguí. No te dan ni un vaso de agua, vaya que no.

—Hay pordioseros que no salen de Kent —habló una segunda voz—; viven de lo gordo por todas partes.

—Vine por Kent —siguió la primera voz, aún más enojada—, y que me lleve el diablo si vi comida. Y siempre me doy cuenta de que los que hablan de lo que se puede conseguir, cuando están en el asilo son capaces de comerse su ración de gachas y la mía también.

—Hay tipos en Londres —dijo un hombre al otro lado de la mesa— que consiguen toda la comida que quieren, y nunca se les ocurre ir al campo. En Londres se quedan el año entero. Y tampoco piensan en buscar sitio donde dormir hasta las nueve o las diez de la noche.

Un coro general corroboró esta afirmación.

—Pero son muy listos, esos tipos —dijo una voz admirada.

—Claro que sí —dijo otra—. Pero no es algo al alcance de los tipos como tú y como yo. Para eso hay que haber nacido. Esos llevan toda la vida abriendo taxis y vendiendo periódicos, ellos y sus padres y madres antes que ellos. Es todo cuestión de hábito, digo yo, y gente como tú y como yo se moriría de hambre a eso.

Esto también fue corroborado por el coro general, así como la afirmación de que hay «pordioseros que se pasan los doce meses del año en el asilo y no prueban nada más que las gachas y el pan del asilo».

—Una vez me dieron media corona en el asilo de Stratford —dijo una voz nueva. Un silencio instantáneo cayó sobre todos, y escucharon el prodigioso relato—. Éramos tres rompiendo piedras. Invierno, con un frío que pelaba. Los otros dos dijeron que les partiera un rayo si lo hacían, y no lo hicieron; pero yo seguí dale que dale con la mía para entrar en calor, ya saben. Y entonces llegaron los tutores, y a los otros dos los metieron catorce días, y los tutores, al ver lo que yo había estado haciendo, me dieron seis peniques cada uno, cinco de ellos, y me dejaron en libertad.

La mayoría de estos hombres, es más, todos ellos, comprobé que no les gustaba el asilo y que solo acudían a él cuando se veían empujados. Después del «descanso» están para tirar dos o tres días y noches en la calle, cuando vuelven a verse empujados a entrar para otro descanso. Desde luego, esta dureza continua quiebra rápidamente su constitución, y ellos lo comprenden, aunque solo de manera vaga; mientras que es algo tan habitual que no se preocupan por ello.

«De vagabundaje», lo llaman aquí, que corresponde a «de camino» en Estados Unidos. La opinión general es que dormir, o «kippear», como dicen, es el problema más difícil que tienen que afrontar, más difícil incluso que el de la comida. El mal tiempo y las duras leyes son los principales responsables, mientras que los hombres mismos atribuyen su falta de vivienda a la inmigración extranjera, especialmente de judíos polacos y rusos, que les quitan sus puestos con salarios más bajos e implantan el sistema de explotación.

A las siete nos llamaron para bañarnos e irnos a la cama. Nos desnudamos, envolvimos la ropa en los abrigos, abrochamos los cinturones alrededor, y los depositamos en un perchero amontonado y en el suelo: un bello sistema para la propagación de parásitos.

Luego, de dos en dos, entramos en el cuarto de baño. Había dos bañeras corrientes, y esto lo sé: los dos hombres que habían ido antes se habían lavado en esa agua, nosotros nos lavamos en la misma agua, y no fue cambiada para los dos hombres que vinieron después. Esto lo sé; pero también estoy convencido de que los veintidós nos lavamos en el mismo agua.

No hice más que fingir que me salpicaba con ese líquido dudoso, mientras me lo quitaba a toda prisa con una toalla mojada por los cuerpos de otros hombres. Mi ecuanimidad no se restableció al ver la espalda de un pobre desgraciado cubierta de sangre por los ataques de los parásitos y el consecuente rascado.

Me entregaron una camisa, y no pude evitar preguntarme cuántos otros hombres la habían llevado; y con un par de mantas bajo el brazo me arrastré hasta el dormitorio. Era una habitación larga y estrecha, atravesada por dos bajas barras de hierro. Entre estas barras estaban tendidos, no hamacas, sino trozos de lona de un metro ochenta de largo y menos de sesenta centímetros de ancho. Esas eran las camas, separadas quince centímetros entre sí y a unos veinte centímetros del suelo. La principal dificultad era que la cabeza quedaba algo más alta que los pies, lo que hacía que el cuerpo se deslizara constantemente hacia abajo. Al estar sujetas a las mismas barras, cuando un hombre se movía, por poco que fuera, los demás se ponían a balancearse; y cada vez que me adormilaba alguien se empeñaba en volver a la posición de la que había resbalado, y me despertaba de nuevo.

Pasaron muchas horas antes de que me venciera el sueño. Solo eran las siete de la tarde, y las voces de los niños, en gritos estridentes, jugando en la calle, continuaron hasta casi medianoche. El olor era espantoso y nauseabundo, mientras mi imaginación se desbocaba y mi piel se erizaba y me hormigueaba hasta casi la desesperación. Gruñidos, gemidos y ronquidos se alzaban como los sonidos de algún monstruo marino, y varias veces, presa de pesadillas, uno u otro despertaba a todos con sus chillidos y alaridos. Hacia el amanecer me despertó una rata u otro animal

semejante sobre el pecho. En la rápida transición del sueño a la vigilia, antes de ser del todo yo mismo, lancé un grito capaz de despertar a los muertos. En cualquier caso, desperté a los vivos, que me pusieron a caldo por mi falta de modales.

Pero llegó la mañana, con un desayuno de pan y gachas a las seis que regalé, y fuimos destinados a nuestras diversas tareas. A unos los pusieron a fregar y limpiar, a otros a desgranar estopa, y a ocho de nosotros nos escoltaron al otro lado de la calle, a la enfermería de Whitechapel, donde nos pusieron a trabajar de basureros. Ese era el método por el que pagábamos las gachas y la lona, y yo, al menos, pagué muchas veces más de lo que me correspondía.

Aunque las tareas que debíamos realizar eran de lo más repugnante, nuestra asignación se consideraba la mejor y los demás hombres se tenían por afortunados de haber sido elegidos para ella.

—No lo toque, compañero, la enfermera dice que es mortal —me advirtió mi compañero de trabajo, cuando yo sostenía abierta una bolsa en la que él vaciaba un cubo de basura.

Venía de las salas de enfermos, y le dije que no pensaba tocarlo ni dejar que me tocara. Sin embargo, tuve que cargar la bolsa, y otras bolsas, por cinco tramos de escalera y vaciarlas en un recipiente donde la corrupción era rociada a toda prisa con un fuerte desinfectante.

Quizá hay una sabia misericordia en todo esto. Estos hombres del asilo, la mendicidad y la calle son un estorbo. No sirven para nada ni a nadie, ni a sí mismos. Abarrotan la tierra con su presencia, y es mejor que desaparezcan. Quebrados por las penurias, mal alimentados y peor nutridos, son siempre los primeros en ser abatidos por la enfermedad, así como los más rápidos en morir.

Ellos mismos sienten que las fuerzas de la sociedad tienden a expulsarlos de la existencia. Estábamos rociando desinfectante junto al depósito de cadáveres cuando llegó el carro de los muertos y se cargaron en él cinco cuerpos. La conversación giró hacia la «poción blanca» y el «jack negro», y comprobé que todos estaban de

acuerdo en que al pobre enfermo, hombre o mujer, que daba demasiados problemas en la enfermería o estaba muy mal, se lo «despachaba». Es decir, a los incurables y a los revoltosos se les daba una dosis de «jack negro» o de «poción blanca», y los mandaban al otro barrio. No importa en absoluto si esto es realmente así o no. El caso es que lo sienten así, y han creado el lenguaje con que expresar ese sentimiento: «jack negro», «poción blanca», «despachar».

A las ocho bajamos a un sótano de la enfermería, donde nos trajeron té y las sobras del hospital. Estas estaban amontonadas en una fuente enorme formando una masa indescriptible: trozos de pan, pedazos de grasa y tocino gordo, la piel tostada del exterior de los asados, huesos; en resumen, todos los restos de los dedos y las bocas de los enfermos que padecían toda clase de enfermedades. En esta masa los hombres metían las manos, hurgando, revolviendo, examinando, rechazando y disputándose los trozos. No era bonito. Los cerdos no habrían hecho peor. Pero los pobres diablos tenían hambre, y engullían ávidamente los desperdicios, y cuando no podían comer más, liaban lo que sobraba en los pañuelos y se lo metían dentro de la camisa.

—Una vez que estuve aquí antes, ¿qué me encontré ahí fuera sino un montón de costillas de cerdo? —me contó el Pelirrojo. Por «ahí fuera» quería decir el lugar donde se vertía la corrupción y se rociaba con desinfectante—. Tenían una cantidad enorme de carne, y las cargué en brazos y salí por la puerta corriendo calle abajo, buscando a alguien a quien dárselas. Sin ver a nadie, y yo dando vueltas como loco, con el tipo detrás de mí creyendo que me «daba el piro». Pero justo antes de que me alcanzara, encontré a una viejecita y se las metí en el delantal.

¡Oh, Caridad! ¡Oh, Filantropía! Descended al asilo y aprended una lección del Pelirrojo. En el fondo del Abismo realizó un acto tan puramente altruista como haya podido realizarse fuera del Abismo. Fue admirable del Pelirrojo, y si la viejecita se contagió de algo por «la cantidad enorme de carne» de las costillas de cerdo, fue

admirable de igual forma, aunque no tanto. Pero lo más llamativo de este incidente, me parece, es el pobre Pelirrojo «como loco» ante la visión de tanta comida yéndose a perder.

Es la norma del pabellón de transeúntes que el hombre que entra debe quedarse dos noches y un día; pero yo había visto suficiente para mis propósitos, había pagado las gachas y la lona, y me preparaba para fugarme.

—Vamos, escapémonos —le dije a uno de mis compañeros, señalando la puerta abierta por la que había llegado el carro de los muertos.

—¿Y te meten catorce días?

—No; escaparte de verdad.

—Bah, yo vine aquí a descansar —dijo con tranquilidad—. Y una noche más durmiendo no me va a hacer daño.

Todos eran de la misma opinión, así que me vi obligado a escaparme solo.

—Ya no podrás volver aquí nunca más a dormir —me advirtieron.

—Ni falta que me hace —dije con un entusiasmo que no podían comprender; y esquivando la puerta, bajé a toda prisa por la calle.

Fui directo a mi habitación, me cambié de ropa, y menos de una hora después de mi fuga, en un baño turco, sudaba cualesquiera gérmenes y otras cosas que hubieran penetrado mi epidermis, y deseaba poder aguantar una temperatura de ciento sesenta grados en vez de ciento diez.

CAPÍTULO X

PORTANDO EL PENDÓN

«Portar el pendón» significa caminar por las calles toda la noche; y yo, con el estandarte figurado izado, salí a ver lo que podía ver. Hombres y mujeres andan por las calles de noche por toda esta gran ciudad, pero yo elegí el West End, con Leicester Square como base, y exploré desde el Embankment del Támesis hasta Hyde Park.

Llovía con fuerza cuando los teatros echaron, y la brillante muchedumbre que salía de los locales de espectáculos tenía dificultades para encontrar carruajes. Las calles eran otros tantos ríos desbordados de carruajes, la mayoría de los cuales estaban ocupados; y aquí contemplé los desesperados esfuerzos de hombres y chicos harapientos por conseguir cobijo para la noche consiguiendo carruajes para los caballeros y las damas que carecían de ellos. Uso la palabra «desesperados» con plena intención, pues estos miserables sin techo se jugaban un calado contra una cama; y la mayoría de ellos, me fijé, se llevaban el calado y se perdían la cama. Ahora bien, pasar una noche tormentosa con la ropa mojada, y encima estar mal alimentado y no haber probado la carne en una semana o un mes, es una de las peores penalidades que puede soportar un hombre. Bien alimentado y bien abrigado, he viajado

todo el día con el termómetro a cuarenta grados bajo cero; y aunque sufrí, no fue nada comparado con portar el pendón una noche, mal alimentado, mal vestido y calado hasta los huesos.

Las calles se quedaron muy tranquilas y solitarias después de que la gente del teatro se hubiera ido a casa. Solo se veían los ubicuos policías, enfocando sus linternas oscuras en portales y callejones, y hombres, mujeres y chicos buscando cobijo al abrigo de los edificios del viento y la lluvia. Piccadilly, sin embargo, no estaba tan desierta. Sus aceras brillaban con mujeres bien vestidas sin acompañante, y había más vida y movimiento allí que en ningún otro sitio, debido al proceso de encontrar acompañante. Pero hacia las tres de la mañana la última de ellas había desaparecido, y entonces sí que estaba realmente solitaria.

A la una y media el chaparrón constante cesó, y desde entonces solo cayeron chubascos. La gente sin techo se alejó del abrigo de los edificios y caminó sin dirección fija por todas partes, para activar la circulación y entrar en calor.

Una viejecita de entre cincuenta y sesenta años, un puro despojo, me había llamado la atención antes en la noche, de pie en Piccadilly, no lejos de Leicester Square. Parecía no tener ni el sentido ni las fuerzas para apartarse de la lluvia o seguir caminando, y se quedaba parada, cada vez que podía, meditando sobre tiempos pasados, imagino, cuando la vida era joven y la sangre caliente. Pero no podía quedarse parada con frecuencia. Cada policía la ponía en marcha, y se necesitaba una media de seis desplazamientos para mandarla renqueando de la ronda de un agente a la del siguiente. Hacia las tres de la mañana había llegado hasta St. James Street, y cuando los relojes daban las cuatro la vi durmiendo profundamente apoyada en la verja de hierro del Green Park. Caía entonces un chubasco intenso, y debía de estar empapada hasta los huesos.

Bien, me dije a la una de la mañana: considera que eres un joven pobre, sin un céntimo, en la ciudad de Londres, y que mañana tienes que buscar trabajo. Es necesario, pues, que duermas algo

para tener fuerzas con que buscar trabajo y hacer trabajo en caso de encontrarlo.

Así que me senté en los escalones de piedra de un edificio. Cinco minutos después un policía me estaba mirando. Tenía los ojos bien abiertos, así que solo gruñó y siguió de largo. Diez minutos más tarde tenía la cabeza sobre las rodillas, me estaba adormilando, y el mismo policía me decía con brusquedad: «¡Eh, usted, muévase de ahí!»

Me moví. Y, como la viejecita, continué moviéndome; pues cada vez que me adormilaba, había un policía para seguir haciéndome circular. No mucho después, cuando lo había abandonado ya, paseaba con un joven londinense (que había estado en las colonias y deseaba estar aún allí) cuando noté un pasadizo abierto que llevaba bajo un edificio y desaparecía en la oscuridad. Una baja reja de hierro cerraba la entrada.

—Vamos —dije—. Saltemos y echemos un buen sueño.

—¿Qué? —respondió él, retrocediendo—. ¿Y que te metan tres meses? ¡Ni muerto!

Más tarde pasé junto a Hyde Park con un chico joven de catorce o quince años, un muchacho de aspecto muy lastimoso, ojeroso y enfermizo.

—Saltemos la valla —propuse—, y nos metemos entre los arbustos a dormir. Los bobbies no nos encontrarían ahí.

—Ni hablar —respondió—. Están los guardas del parque, y te meterían seis meses.

¡Cuánto han cambiado los tiempos! Cuando era chico leía sobre chicos sin techo que dormían en los portales. Ya se ha convertido en una tradición. Como situación tópica sin duda se prolongará en la literatura durante un siglo más, pero como fría realidad ha dejado de existir. Aquí están los portales, y aquí están los chicos, pero las conjunciones felices ya no se producen. Los portales siguen vacíos, y los chicos siguen despiertos y portan el pendón.

—Estaba bajo los arcos —se quejó otro muchacho. Por «arcos» quería decir los arcos de la orilla donde empiezan los puentes que cruzan el Támesis—. Estaba bajo los arcos cuando llovía a cántaros, y viene un bobby y me echa. Pero volví, y él también volvió. «¡Eh! —dice—, ¿qué haces aquí?» Y me salgo, pero digo: «¿Qué me cree, que quiero robarme el puente?»»

Entre los que portan el pendón, el Green Park tiene fama de abrir sus puertas más temprano que los otros parques, y a las cuatro y cuarto de la mañana yo, y muchos más, entramos en el Green Park. Seguía lloviendo, pero estaban agotados tras la noche caminando, y se desplomaron en los bancos y se durmieron enseguida. Muchos de los hombres se tumbaron a lo largo sobre la hierba empapada y, con la lluvia cayendo sobre ellos sin parar, dormían el sueño del agotamiento.

Y ahora deseo criticar a los poderes del Estado. Son los poderes, y por lo tanto pueden decretar lo que les plazca; así que me atrevo solo a criticar el ridículo de sus decretos. Toda la noche obligan a los sin techo a caminar de un lado a otro. Los echan de portales y pasadizos, y los dejan fuera de los parques. La intención evidente de todo esto es privarlos del sueño. Bien, los poderes tienen el poder de privarlos de sueño, o de cualquier otra cosa; pero ¿por qué demonios abren las puertas de los parques a las cinco de la mañana y dejan que los sin techo entren y duerman? Si pretenden privarlos de sueño, ¿por qué los dejan dormir después de las cinco de la mañana? Y si no pretenden privarlos de sueño, ¿por qué no los dejan dormir antes por la noche?

A este respecto, diré que pasé por el Green Park ese mismo día, al mediodía, y conté docenas de miserables harapientos durmiendo en la hierba. Era un domingo por la tarde, el sol asomaba a ratos, y los elegantes residentes del West End, con sus mujeres y su prole, salían por millares a tomar el aire. No era una vista agradable para ellos, la de esos vagabundos espantosos, desgredados y dormidos; mientras que los propios vagabundos, lo sé, habrían preferido dormir la noche anterior.

Y así, querida gente acomodada, si alguna vez visitáis la ciudad de Londres y veis a estos hombres dormidos en los bancos y en la hierba, por favor no penséis que son criaturas perezosas que prefieren dormir a trabajar. Sabed que los poderes del Estado los han tenido caminando toda la noche, y que durante el día no tienen otro sitio donde dormir.

CAPÍTULO XI

LA MENDICIDAD

Pero, después de portar el pendón toda la noche, no dormí en el Green Park al llegar el amanecer. Estaba calado hasta los huesos, es cierto, y llevaba veinticuatro horas sin dormir; pero, siguiendo aún en el papel de un hombre sin un céntimo que busca trabajo, tenía que mirar por mí: primero un desayuno, y luego el trabajo.

Durante la noche había oído hablar de un lugar al otro lado del Támesis, en el condado de Surrey, donde el Ejército de Salvación daba cada domingo por la mañana un desayuno a los sucios. (Y, a propósito, los que portan el pendón están sucios por la mañana, y a no ser que llueva no tienen mucha oportunidad de lavarse.) Esto, pensé, es lo que necesito: desayuno por la mañana, y luego todo el día para buscar trabajo.

Fue un camino agotador. Bajé arrastrando las cansadas piernas por St. James Street, a lo largo de Pall Mall, pasando por Trafalgar Square, hasta The Strand. Crucé el puente de Waterloo hasta el condado de Surrey, tomé el atajo hacia Blackfriars Road, saliendo cerca del Surrey Theatre, y llegué al cuartel del Ejército de Salvación antes de las siete. Era «la mendicidad». Y «la mendicidad», en el argot, es el lugar donde se puede conseguir una comida gratuita.

Aquí había una muchedumbre variopinta de miserables desgraciados que habían pasado la noche bajo la lluvia. ¡Cuánta prodigiosa miseria! ¡Y cuánta! Hombres viejos, hombres jóvenes, toda clase de hombres, y chicos también, y toda clase de chicos. Algunos se balanceaban durmiendo de pie; media docena de ellos estaban tumbados en los escalones de piedra en posturas muy dolorosas, todos dormidos profundamente, con la piel visible a través de los agujeros y los jirones de sus harapos. Y a lo largo de la calle y al otro lado de la calle, durante una manzana en cada dirección, cada escalón tenía de dos a tres ocupantes, todos dormidos, con la cabeza caída hacia delante sobre las rodillas. Y hay que recordar que esto no son tiempos difíciles en Inglaterra. Las cosas marchan más o menos como de costumbre, y los tiempos no son ni duros ni fáciles.

Y entonces llegó el policía. «¡Fuera de ahí, maldita chusma! ¡Ea, ea! ¡Fuera ahora mismo!» Y como cerdos los echó de los portales y los dispersó a los cuatro vientos de Surrey. Pero al encontrarse con la gente dormida en los escalones se quedó estupefacto. «¡Vergonzoso!», exclamó. «¡Vergonzoso! ¡Y un domingo por la mañana! ¡Bonita imagen! ¡Ea, ea! ¡Fuera de ahí, malditos estorbos!»

Desde luego era una imagen vergonzosa, yo mismo me quedé horrorizado. Y no me gustaría que mi propia hija manchara los ojos con semejante imagen, ni que se acercara a menos de un kilómetro; pero... y ahí estábamos, y ahí estáis vosotros, y «pero» es todo lo que puede decirse.

El policía siguió adelante, y nos reagrupamos, como moscas alrededor de un tarro de miel. ¿Acaso no nos esperaba esa cosa maravillosa, un desayuno? No nos habríamos reagrupado con más tesón y desesperación aunque regalaran billetes de banco de un millón de dólares. Algunos ya se habían vuelto a dormir cuando regresó el policía y nos dispersamos de nuevo, solo para volver en cuanto el camino quedara libre.

A las siete y media se abrió una puertecita, y un soldado del Ejército de Salvación asomó la cabeza. «No tiene ningún sentido

bloquear el paso de esa manera», dijo. «Los que tengan ticket pueden entrar ahora, y los que no tengan tienen que esperar fuera hasta las nueve.»

¡Aquel desayuno! ¡Las nueve! ¡Una hora y media más! Los hombres que tenían tickets eran muy envidiados. A ellos se les permitía entrar, lavarse y sentarse a descansar hasta el desayuno, mientras nosotros esperábamos el mismo desayuno en la calle. Los tickets se habían distribuido la noche anterior en las calles y a lo largo del Embankment, y poseerlos no era cuestión de mérito sino de azar.

A las ocho y media, se admitió a más hombres con ticket, y a las nueve la pequeña puerta se abrió para nosotros. Nos apretujamos dentro como pudimos, y nos encontramos metidos en un patio como sardinas. En más de una ocasión, como vagabundo en tierras americanas, he tenido que trabajar para ganarme el desayuno; pero por ningún desayuno trabajé tanto como por este. Llevaba más de dos horas esperando fuera, y luego más de otra hora esperando en ese patio abarrotado. No había comido nada en toda la noche, estaba débil y desfallecido, y el olor a ropa sucia y cuerpos sin lavar, que se empapaban de calor animal en torno a mí sin poder moverse, casi me revolvió el estómago. Tan apretados estábamos que varios hombres aprovecharon la oportunidad y se durmieron de pie.

Ahora bien, del Ejército de Salvación en general no sé nada, y cualquier crítica que formule aquí concierne a esa porción particular del Ejército de Salvación que opera en Blackfriars Road, cerca del Surrey Theatre. En primer lugar, obligar a hombres que han pasado la noche en pie a seguir de pie durante horas más es tan cruel como innecesario. Estábamos débiles, famélicos y agotados por las penalidades nocturnas y la falta de sueño, y sin embargo allí estuvimos, y estuvimos, y estuvimos, sin ton ni son.

Los marineros abundaban mucho en esta muchedumbre. Me parecía que uno de cada cuatro buscaba barco, y encontré al menos una docena de marineros americanos. Para explicar que estuvieran «varados en tierra», recibí la misma historia de todos y cada uno, y

por mi conocimiento de los asuntos del mar, esa historia me sonó verdadera. Los barcos ingleses contratan a sus marineros por el viaje, que significa el trayecto completo de ida y vuelta, a veces de hasta tres años de duración; y no pueden rescindir el contrato y recibir el finiquito hasta llegar al puerto de origen, que es Inglaterra. Los salarios son bajos, la comida es mala, y el trato peor. Con mucha frecuencia los capitanes los obligan de hecho a desertar en el Nuevo Mundo o en las colonias, dejando atrás una bonita suma de salarios devengados, ganancia neta para el capitán o los armadores, o para ambos. Pero sea por esta razón sola o no, el caso es que grandes cantidades de ellos desertan. Luego, para el viaje de vuelta, el barco contrata a cualquier marinero disponible que encuentre varado en tierra. A estos hombres se les contrata con los salarios algo más altos que rigen en otras partes del mundo, con el acuerdo de que se rescindan el contrato al llegar a Inglaterra. La razón de esto es obvia: sería una mala política de negocios contratarlos por más tiempo, ya que los salarios de los marineros son bajos en Inglaterra, y Inglaterra siempre está llena de marineros varados en tierra. Esto explica perfectamente la presencia de marineros americanos en el cuartel del Ejército de Salvación. Para salir del barco en otros lugares exóticos habían llegado a Inglaterra, y se habían quedado varados en el lugar más exótico de todos.

Había una veintena de americanos en la muchedumbre; los no marineros eran «vagabundos de altura», los hombres cuyo «compañero es el viento que recorre el mundo». Todos estaban animosos, haciendo frente a todo con la entereza que es su principal característica y que parece no abandonarlos nunca, aunque maldecían el país con metáforas luminosas que resultaban de lo más refrescante tras un mes de juramentos cockney sin imaginación y monótonos. El cockney tiene un solo juramento, y uno solo, el más indecente del idioma, que usa en cualquier ocasión y en todas. Bien distinto es el blasfemo y variado juramento occidental, que recurre más a la blasfemia que a la obscenidad. Y después de todo, ya que los hombres han de jurar, creo que prefiero la blasfemia a la

obscenidad; hay en ella una audacia, una temeridad y un desafío que son mejores que la simple suciedad.

Había un vagabundo americano de altura al que encontré especialmente agradable. Lo noté por primera vez en la calle, dormido en un portal, con la cabeza sobre las rodillas, pero con un sombrero en la cabeza que no se encuentra a este lado del océano occidental. Cuando el policía lo echó, se levantó despacio y deliberadamente, miró al policía, bostezó y se desperezó, lo miró de nuevo como si no supiera si lo haría o no, y luego se alejó a paso tranquilo por la acera. Desde el principio estaba seguro del sombrero, pero esto me dio la certeza del portador del sombrero.

En el apretujamiento de dentro me encontré a su lado, y conversamos largo y tendido. Había estado por España, Italia, Suiza y Francia, y había logrado la proeza prácticamente imposible de viajar trescientas millas en un ferrocarril francés sin billete y sin que lo pillaran al final. ¿Dónde me aposentaba? me preguntó. ¿Y cómo me las arreglaba para «kippear»? ¿Conocía ya los circuitos? Él iba tirando, aunque el país era «'ostil» y las ciudades eran «una birria». Feroz, ¿no? No había manera de «pedorrear» (mendigar) en ninguna parte sin que te «trincharan». Pero no lo iba a dejar. El espectáculo de Buffalo Bill llegaba pronto, y un hombre que pudiera conducir ocho caballos siempre tendría trabajo. Estos muertos de aquí no sabían nada de conducir más de un par. ¿Qué problema había en que me quedara yo también a esperar a Buffalo Bill? Estaba seguro de que yo podía apuntarme de alguna manera.

Y así, al fin y al cabo, la sangre tira más que el agua. Éramos compatriotas y extranjeros en tierra extraña. El viejo sombrero estropeado me había calentado el corazón nada más verlo, y él se preocupaba por mi bienestar como si fuéramos hermanos de sangre. Intercambiamos todo tipo de información útil sobre el país y las costumbres de su gente, métodos para conseguir comida y techo y demás, y nos separamos con verdadero pesar al tener que decir adiós.

Una cosa especialmente llamativa en esta muchedumbre era la escasa estatura. Yo, que solo soy de estatura mediana, miraba por encima de las cabezas de nueve de cada diez. Los nativos eran todos de poca estatura, igual que los marineros extranjeros. Solo había cinco o seis en la muchedumbre que pudieran llamarse bastante altos, y eran escandinavos y americanos. El hombre más alto de todos, sin embargo, era una excepción. Era inglés, aunque no londinense. «Candidato a la Guardia de Corps» le observé. «Ha dado en el clavo, compañero —fue su respuesta—; he servido mi tiempo en ella, y tal como están las cosas volveré antes de que pase mucho.»

Durante una hora estuvimos tranquilos en ese patio abarrotado. Luego los hombres empezaron a impacientarse. Hubo empujones y avalanchas hacia adelante, y un suave murmullo de voces. Nada violento ni agresivo, sin embargo; simplemente la impaciencia de hombres cansados y hambrientos. En ese momento hizo su aparición el oficial. No me gustó. Sus ojos no tenían buena expresión. En él no había nada del humilde galileo, pero sí mucho del centurión que dijo: «Porque yo también soy hombre sujeto a autoridad, y tengo soldados bajo mi mando; y digo a este: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace.»

Bien, nos miró exactamente así, y los que estaban más cerca de él se acobardaron. Luego alzó la voz.

—Parad eso ahora mismo, o os mando dar media vuelta y marchar, y os quedaréis sin desayuno.

No puedo transmitir por escrito la manera insoportable en que lo dijo. Me pareció que se recreaba en ser un hombre con autoridad, capaz de decirle a quinientos miserables harapientos: «Comeréis o pasaréis hambre, según yo decida.»

¡Negarnos el desayuno después de horas de pie! Era una amenaza terrible, y el silencio lastimoso y abyecto que cayó al instante daba fe de su tremendismo. Y era una amenaza cobarde. No podíamos devolver el golpe, porque teníamos hambre; y así es el mundo:

cuando un hombre da de comer a otro, ese otro es su sirviente. Pero el centurión, quiero decir el oficial, no se contentó. En el silencio absoluto alzó de nuevo la voz y repitió la amenaza, amplificándola.

Por fin se nos permitió entrar en el salón de los festines, donde encontramos a los «hombres con ticket» lavados pero sin comer. En total, debíamos de ser casi setecientos los que nos sentamos, no ante la carne o el pan, sino ante el sermón, el canto y la oración. De todo lo cual estoy convencido de que Tántalo sufre de muchas maneras en este lado de las regiones infernales. El oficial hizo la oración, pero no la anoté, demasiado absorto en el cuadro de masa de miseria que tenía delante. Pero el sermón venía a decir algo así: «Festejaréis en el Paraíso. Por mucho que paséis hambre y sufrimiento aquí, festejaréis en el Paraíso, es decir, si seguís las instrucciones.» Y así y asá. Una hábil propaganda, la encontré, pero que resultaba ineficaz por dos razones. En primer lugar, los hombres que la recibían eran poco imaginativos y materialistas, ajenos a la existencia de ningún Invisible, y demasiado avezados al infierno en la tierra para asustarse del infierno por venir. En segundo lugar, cansados y agotados por el insomnio y las penalidades nocturnas, sufriendo la larga espera en pie, y desfallecidos de hambre, ansiaban, no la salvación, sino la comida. Los «cazaalmas» (como estos hombres llaman a todos los propagandistas religiosos) deberían estudiar un poco la base fisiológica de la psicología si quieren que sus esfuerzos sean más eficaces.

A su debido tiempo, hacia las once, llegó el desayuno. Llegó, no en platos, sino en paquetes de papel. No comí todo lo que quería, y estoy seguro de que ningún hombre de los allí presentes comió todo lo que quería, ni la mitad de lo que quería o necesitaba. Le di parte de mi pan al vagabundo de altura que esperaba a Buffalo Bill, y él seguía tan famélico al final como al principio. Esto es el desayuno: dos rebanadas de pan, un trozo pequeño de pan con pasas llamado «pastel», un copo de queso y una taza de «agua encantada». Algunos de los hombres llevaban esperando desde las cinco de la mañana, mientras todos habíamos esperado al menos cuatro horas; y además nos habían tratado como cerdos, apretujado como

sardinas, manejado como perros, predicado, cantado y rezado sobre nosotros. Y eso no era todo.

Nada más terminar el desayuno (que terminó casi tan deprisa como se cuenta), las cansadas cabezas empezaron a cabecear y doblarse, y en cinco minutos la mitad estábamos profundamente dormidos. No había señales de que nos fueran a despedir, mientras había señales inequívocas de preparativos para una reunión. Miré un pequeño reloj colgado en la pared. Marcaba las once y treinta y cinco. Vaya, pensé, el tiempo vuela, y todavía tengo que buscar trabajo.

—Quiero irme —le dije a un par de hombres despiertos que tenía cerca.

—Hay que quedarse a los servicios —fue la respuesta.

—¿Quieren quedarse? —pregunté.

Sacudieron la cabeza.

—Entonces vamos a decirles que queremos salir —continué—. Vamos.

Pero las pobres criaturas estaban estupefactas. Así que los dejé a su suerte y me acerqué al soldado del Ejército de Salvación más próximo.

—Quiero irme —dije—. He venido a desayunar para estar en condiciones de buscar trabajo. No pensé que tardaría tanto en conseguir el desayuno. Creo que tengo posibilidades de trabajo en Stepney, y cuanto antes empiece, más posibilidades tendré de conseguirlo.

Era un buen chico en el fondo, aunque se quedó atónito ante mi solicitud. «Pero —dijo—, vamos a celebrar los servicios, y mejor que se quede.»

—Pero eso arruinará mis posibilidades de trabajo —insistí—. Y el trabajo es lo más importante para mí ahora mismo.

Como no era más que un soldado raso, me remitió al oficial, y al oficial le expuse de nuevo mis razones para querer irme, y educadamente le pedí que me dejara salir.

—Pero eso no puede ser —dijo, volviéndose virtuosamente indignado ante semejante ingratitud—. ¡Menuda idea! —resopló—. ¡Menuda idea!

—¿Quiere decir que no puedo salir de aquí? —exigí saber—. ¿Que me va a retener contra mi voluntad?

—Sí —resopló.

No sé qué habría pasado, pues yo también me estaba indignando; pero la «congregación» había «captado» la situación, y él me llevó a un rincón de la sala, y luego a otra sala. Aquí me preguntó de nuevo mis razones para querer irme.

—Quiero irme —dije— porque quiero buscar trabajo en Stepney, y cada hora reduce mis posibilidades de encontrarlo. Son las once y treinta y cinco. No pensé cuando entré que tardaría tanto en desayunar.

—¿Tiene negocios, eh? —se burló—. ¿Un hombre de negocios, eh? ¿Y entonces para qué ha venido aquí?

—Estuve fuera toda la noche, y necesitaba desayunar para tener fuerzas para buscar trabajo. Por eso vine aquí.

—Vaya cosa —siguió con el mismo tono burlón—. Un hombre con negocios no debería venir aquí. Esta mañana le ha quitado el desayuno a algún pobre, eso es lo que ha hecho.

Lo cual era una mentira, pues habíamos entrado todos y cada uno de nosotros.

Y bien, me pregunto: ¿fue esto cristiano, o siquiera honesto? Después de que yo había declarado claramente que no tenía techo ni comida, y que quería buscar trabajo, que él llamara «negocios» a mi búsqueda de trabajo, me llamara por lo tanto hombre de negocios, y dedujera que un hombre de negocios, con posibles, no

necesitaba un desayuno de caridad, y que al tomar un desayuno de caridad había robado a algún pobre infeliz que no era hombre de negocios.

Me contuve, pero repasé los hechos de nuevo, y le demostré con claridad y concisión cuán injusto era y cómo había tergiversado los hechos. Como no di señales de dar mi brazo a torcer (y estoy seguro de que mis ojos empezaban a echar chispas), me llevó a la parte trasera del edificio donde, en un patio abierto, estaba una tienda de campaña. Con el mismo tono burlón informó a un par de soldados rasos que había allí de que «'aquí hay un individuo que tiene negocios y quiere irse antes de los servicios».

Debidamente escandalizados, como era de rigor, pusieron cara de horror indescriptible mientras él entraba en la tienda y sacaba al mayor. Aún con el mismo tono burlón, poniendo especial énfasis en lo de los «negocios», llevó mi caso ante el oficial al mando. El mayor era un hombre de otra pasta. Me gustó en cuanto lo vi, y ante él expuse mi caso del mismo modo que antes.

—¿No sabía que tenía que quedarse a los servicios? —me preguntó.

—Por supuesto que no —respondí—, pues si lo hubiera sabido me habría ido sin desayunar. No hay ningún cartel anunciándolo, ni me informaron al entrar.

Reflexionó un momento. —Puede irse —dijo.

Eran las doce cuando gané la calle, y no estaba del todo seguro de si había estado en el ejército o en la cárcel. El día estaba ya a medias, y Stepney quedaba lejos. Además, era domingo, ¿y qué sentido tiene que ni siquiera un hambriento busque trabajo un domingo? Es más, juzgué que había hecho un duro trabajo nocturno recorriendo las calles, y un duro trabajo diurno consiguiendo el desayuno; así que me desligué de mi hipótesis de trabajo del joven hambriento en busca de empleo, llamé a un autobús y subí.

Después de afeitarme y bañarme, con toda la ropa quitada, me metí entre sábanas blancas y limpias y me dormí. Eran las seis de la

tarde cuando cerré los ojos. Cuando los abrí de nuevo, los relojes daban las nueve de la mañana siguiente. Había dormido quince horas seguidas. Y mientras yacía allí soñoliento, mi mente volvió a los setecientos desgraciados que había dejado esperando los servicios. Sin baño, sin afeitado para ellos, sin sábanas blancas y limpias con toda la ropa quitada y quince horas de sueño seguido. Terminados los servicios, de vuelta a las calles agotadoras, el problema de conseguir un mendrugo antes de la noche, y la larga noche sin dormir en las calles, y la reflexión sobre el problema de cómo conseguir un mendrugo al alba.

CAPÍTULO XII

EL DÍA DE LA CORONACIÓN

¡Oh, tú, a quien separan las murallas del mar de tierras sin murallas de mar! ¿Soportarás para siempre, oh Inglaterra de Milton, a éstos? Tú que fuiste su República, ¿les doblarás la rodilla? Estas realezas corroídas de herrumbre, estas mentiras carcomidas de gusanos que mantienen tu cabeza azotada por las tormentas y tu fuerza solar de ojos lejos del aire libre y el cielo de horizontes interceptados!

SWINBURNE.

¡Viva el rey Eduardo! Hoy han coronado a un rey, y ha habido gran regocijo y elaborada payasada, y estoy perplejo y entristecido. Nunca vi nada comparable con el desfile, excepto los circos yanquis y los ballets del Alhambra; ni vi tampoco nunca nada tan desesperanzado y trágico.

Para haber disfrutado del desfile de la Coronación, habría debido venir directamente desde América al hotel Cecil, y directamente del hotel Cecil a un asiento de cinco guineas entre los lavados. Mi error fue venir desde los sin lavar del East End. No fueron muchos los que vinieron de ese barrio. El East End, en su conjunto, se quedó en el East End y se emborrachó. Los socialistas, demócratas y

republicanos se fueron al campo a tomar el aire fresco, bastante indiferentes al hecho de que cuatrocientos millones de personas estuvieran tomando para sí un soberano coronado y ungido. Seis mil quinientos prelados, sacerdotes, estadistas, príncipes y guerreros presenciaron la coronación y la unción, y el resto de nosotros el desfile a su paso.

Lo vi en Trafalgar Square, «el sitio más espléndido de Europa», y el corazón mismo del imperio. Éramos muchos miles, todos controlados y mantenidos en orden por un despliegue imponente de fuerza armada. La línea de marcha estaba flanqueada de soldados por doble hilera. La base de la columna Nelson estaba bordeada por triple fila de marineros. Al este, en la entrada de la plaza, se apostaba la Artillería Real de Marina. En el triángulo de Pall Mall y Cockspur Street, la estatua de Jorge III estaba flanqueada a ambos lados por lanceros y húsares. Al oeste, los casacas rojas de la Infantería de Marina Real, y desde el Union Club hasta la embocadura de Whitehall, la curva reluciente y maciza de los Primeros Life Guards, hombres gigantes montados en corceles gigantes, con peto de acero, casco de acero, caparazón de acero, una gran espada de guerra de acero lista para la mano de los poderes del Estado. Y además, diseminados por toda la muchedumbre, largas filas de la Policía Metropolitana, mientras a la retaguardia estaban las reservas: hombres altos y bien alimentados, con armas para blandir y músculos para blandilas en caso de necesidad.

Y así como era en Trafalgar Square, así era a lo largo de toda la línea de marcha: fuerza, fuerza abrumadora; miríadas de hombres, hombres espléndidos, lo más granado del pueblo, cuya única función en la vida es obedecer ciegamente, y matar y destruir y exterminar la vida ciegamente. Y para que estén bien alimentados, bien vestidos y bien armados, y tengan barcos que los lancen a los confines de la tierra, el East End de Londres, y el «East End» de toda Inglaterra, trabaja y se pudre y muere.

Hay un proverbio chino que dice que si un hombre vive en la holganza otro morirá de hambre; y Montesquieu ha dicho: «El hecho de que muchos hombres estén ocupados fabricando ropa para un solo individuo es la causa de que haya mucha gente sin ropa.» Así lo uno explica lo otro. No podemos entender al obrero raquíico y hambriento del East End (que vive con su familia en una habitación, y subarrienda el suelo a otros obreros igualmente raquíicos y hambrientos) hasta que miramos a los Life Guards corpulentos del West End, y comprendemos que el uno tiene que alimentar y vestir y cuidar al otro.

Y mientras en la abadía de Westminster el pueblo tomaba para sí un rey, yo, apretujado entre los Life Guards y la Policía de Trafalgar Square, pensaba en la época en que el pueblo de Israel tomó para sí un rey por primera vez. Ya lo conocéis todos. Los ancianos fueron al profeta Samuel y dijeron: «Nómbraos un rey para que nos juzgue como todas las naciones.»

Y dijo el Señor a Samuel: Ahora, pues, oye su voz; mas protesta solemnemente contra ellos, y muéstrales el derecho del rey que reinará sobre ellos.

Y refirió Samuel todas las palabras de Jehová al pueblo que le había pedido rey, y dijo:

Este será el derecho del rey que reinará sobre vosotros: Tomará vuestros hijos, y los pondrá en sus carros y en su gente de a caballo, para que corran delante de su carro.

Y los pondrá de jefes de miles y de cincuentenas; los pondrá asimismo a que aren sus campos y sieguen sus mieses, y a que hagan sus armas de guerra y los pertrechos de sus carros.

Tomará también a vuestras hijas para que sean perfumadoras, cocineras y amasadoras.

Asimismo tomará lo mejor de vuestras tierras, de vuestras viñas y de vuestros olivares, y los dará a sus siervos.

Diezmará vuestro grano y vuestras viñas, para dar a sus oficiales y a sus siervos.

Tomará vuestros siervos y vuestras siervas, vuestros mejores jóvenes, y vuestros asnos, y los empleará en sus trabajos.

Diezmará también vuestros rebaños, y seréis sus siervos.

Y clamaréis aquel día a causa de vuestro rey que os habréis elegido, mas Jehová no os responderá en aquel día.

Todo lo cual se cumplió en aquellos tiempos antiguos, y clamaron a Samuel diciendo: «Ruega por tus siervos a Jehová tu Dios, para que no muramos; porque a todos nuestros pecados hemos añadido este mal de pedir rey.» Y tras Saúl, David y Salomón vino Roboam, que «habló al pueblo duramente, diciendo: Mi padre agravó vuestro yugo, pero yo lo haré más pesado; mi padre os azotó con azotes, mas yo os azotaré con escorpiones».

Y en estos tiempos modernos, quinientos pares hereditarios poseen la quinta parte de Inglaterra; y ellos, y los oficiales y servidores bajo el rey, y quienes componen los poderes del Estado, gastan anualmente en lujoso derroche 1.850.000.000 de dólares, o 370.000.000 de libras, que es el treinta y dos por ciento de la riqueza total producida por todos los trabajadores del país.

En la abadía, ataviado con maravillosos ropajes dorados, entre fanfarrias de trompetas y palpitaciones de música, rodeado por un brillante séquito de amos, lores y gobernantes, el rey era investido con las insignias de su soberanía. El Lord Gran Chambelán colocó los espolones a sus talones, y el arzobispo de Canterbury le presentó una espada de Estado, en vaina de púrpura, con estas palabras:

Recibe esta espada real traída ahora del altar de Dios, y entregada a ti por las manos de los obispos y siervos de Dios, aunque indignos.

Ante lo cual, ceñida la espada, prestó oídos a la exhortación del arzobispo:

Con esta espada haz justicia, detén el avance de la iniquidad, protege la Santa Iglesia de Dios, ayuda y defiende a las viudas y a

los huérfanos, restaura lo que ha decaído, mantén lo que ha sido restaurado, castiga y reforma lo que está mal, y confirma lo que está en buen orden.

Pero, ¡atención! Se oyen vítores desde Whitehall; la muchedumbre se agita, los dos muros de soldados se cuadran, y aparecen en escena los remeros del rey, con fantásticos atavíos medievales de rojo, para todo el mundo como la vanguardia de un desfile de circo. Luego un carruaje real, lleno de damas y caballeros de la casa real, con lacayos y cocheros de peluca empolvada, los más espléndidamente ataviados. Más carruajes, lores y chambelanes, vizcondes, damas de honor..., todos lacayos. Luego los guerreros, una escolta real, generales curtidos y avejentados, llegados de los confines de la tierra a la ciudad de Londres, oficiales voluntarios, oficiales de milicias y fuerzas regulares; Spens y Plumer, Broadwood y Cooper el libertador de Ookiep, Mathias de Dargai, Dixon de Vlaktefontein; el general Gaselee y el almirante Seymour de China; Kitchener del Jartum; Lord Roberts de la India y del mundo entero: los combatientes de Inglaterra, maestros de la destrucción, ingenieros de la muerte. ¡Otra raza de hombres que los de las tiendas y los barrios bajos, una raza totalmente diferente!

Pero aquí vienen, en toda la pompa y la certeza del poder, y siguen viniendo, estos hombres de acero, estos señores de la guerra y domadores del mundo. Confundidos en tropel, pares y plebeyos, príncipes y maharajás, ayudantes de campo y Yeomen de la Guardia. Y aquí los coloniales, hombres ágiles y fornidos; y aquí todas las razas del mundo: soldados de Canadá, Australia, Nueva Zelanda; de Bermuda, Borneo, Fiji y la Costa de Oro; de Rodesia, El Cabo, Natal, Sierra Leona y Gambia, Nigeria y Uganda; de Ceilán, Chipre, Hong Kong, Jamaica y Wei-Hai-Wei; de Lagos, Malta, Santa Lucía, Singapur, Trinidad. Y aquí los hombres conquistados de la India, jinetes morenos y espadachines, ferozmente bárbaros, brillando en carmesí y escarlata: sikhs, rajputs, birmanos, provincia por provincia y casta por casta.

Y ahora la Guardia de Corps, un destello de hermosos ponis blancos, y un dosel dorado, una tempestad de vítores, el estrépito de las bandas: «¡El Rey! ¡El Rey! ¡Dios salve al Rey!» Todo el mundo ha enloqueció. El contagio me arrastra: yo también quiero gritar: «¡El Rey! ¡Dios salve al Rey!» Hombres harapientos a mi alrededor, con lágrimas en los ojos, lanzan al aire los sombreros y gritan con éxtasis: «¡Bendito sea! ¡Bendito sea! ¡Bendito sea!» Ahí está, en ese maravilloso carruaje dorado, con la gran corona relampagueando en la cabeza, la mujer de blanco a su lado coronada igualmente.

Y me freno de golpe, esforzándome por convencerme de que todo es real y racional, y no algún vislumbre del país de las hadas. No lo consigo, y es mejor así. Prefiero con mucho creer que toda esta pompa, y vanidad, y ostentación, y majadería fetichista procede del país de las hadas, antes que creer que es la actuación de personas cuerdas y sensatas que han dominado la materia y descifrado los secretos de las estrellas.

Príncipes y principillos, duques, duquesas y toda suerte de coronados del séquito real pasan destellando; más guerreros, y lacayos, y pueblos conquistados, y el desfile ha terminado. Derivo con la muchedumbre fuera de la plaza por un laberinto de calles estrechas donde las tabernas rugen de borrachera, hombres, mujeres y niños mezclados en un colosal desenfreno. Y por todas partes se eleva la canción favorita de la Coronación:

«¡Oh! En el Día de la Coronación, en el Día de la Coronación, nos daremos una juerga, una fiesta, y gritaremos ¡Hip, hip, hurra! Pues todos estaremos alegres, bebiendo whisky, vino y jerez, todos estaremos alegres el Día de la Coronación.»

La lluvia cae a cántaros. Por la calle suben tropas de los auxiliares: africanos negros y asiáticos amarillos, emturbantados y con fez, y coolíes que avanzan con ametralladoras y baterías de montaña sobre las cabezas, y los pies desnudos de todos, en rápido ritmo, haciendo chof, chof, chof en el barro del pavimento. Las tabernas se vacían como por encanto, y los oscuros súbditos son vitoreados por sus hermanos británicos, que vuelven al jolgorio de inmediato.

—¿Y qué le ha parecido el desfile, compañero? —pregunté a un viejo en un banco del Green Park.

—¿Que qué me ha parecido? Una ocasión muy buena, me dije a mí mismo, para dormir un poco con todos los bobbies fuera, así que me metí en el rincón de allí, con otros cincuenta. Pero no pude dormir, tumbado ahí pensando en todos los años que había trabajado y en que ahora no tenía sitio donde recostar la cabeza; con la música llegándome, y los vítores y los cañones, hasta que me puse casi anarquista y quise volarle la tapa de los sesos al Lord Chambelán.

Por qué al Lord Chambelán no lo veía del todo claro, ni él tampoco, pero así se sentía, dijo de forma concluyente, y no hubo más discusión.

Al caer la noche, la ciudad se convirtió en un fulgor de luz. Manchas de color, verde, ámbar y rubí, captaban la atención por todas partes, y «E. R.», en grandes letras de cristal con gas detrás, estaba en todas partes. Las muchedumbres en las calles aumentaron en cientos de miles, y aunque la policía reprimía severamente los desmanes públicos, la borrachera y el juego bruto abundaban. Los obreros cansados parecían haber enloquecido con el descanso y la excitación, y se abalanzaban y bailaban por las calles, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, del brazo y en largas filas, cantando «Puede que esté loco, pero te quiero», «Dolly Gray» y «La madre selva y la abeja», esto último más o menos así:

«Tú eres la madre selva, y yo la abeja, me gustaría sorber la miel de esos labios rojos, ¿ves?»

Me senté en un banco del Embankment del Támesis, mirando el agua iluminada. Era cerca de la medianoche, y ante mí desfilaba la clase mejor de los juerguistas, que evitaban las calles más alborotadas y volvían a casa. En el banco de al lado estaban sentadas dos figuras harapientas, un hombre y una mujer, cabeceando y dormitando. La mujer estaba sentada con los brazos cruzados sobre el pecho, apretando fuerte, el cuerpo en movimiento

continuo: a veces inclinándose hacia delante hasta parecer que iba a perder el equilibrio y caer al pavimento; a veces ladeándose a la izquierda, de lado, hasta que la cabeza descansaba en el hombro del hombre; y a veces a la derecha, estirada y tensa, hasta que el dolor la despertaba y se incorporaba de golpe. Ante lo cual volvía a comenzar la inclinación hacia adelante y cumplir su ciclo hasta que el estiramiento y la tensión la despertaban.

De vez en cuando, grupos de chicos y jóvenes se paraban el tiempo justo para colocarse detrás del banco y lanzar súbitos y diabólicos chillidos. Esto siempre arrancaba abruptamente al hombre y a la mujer del sueño; y ante la expresión de sobresalto angustiado en sus rostros, la muchedumbre rugía de risa al pasar.

Esto era lo más llamativo: la crueldad generalizada que se mostraba por todas partes. Es un lugar común: los sin techo en los bancos, los pobres miserables a los que se puede fastidiar y que son inofensivos. Cincuenta mil personas deben de haber pasado por ese banco mientras yo estuve sentado en él, y ninguna, en una ocasión tan jubilosa como la coronación del rey, sintió las cuerdas del corazón suficientemente tocadas como para acercarse a decirle a la mujer: «Aquí tiene seis peniques; vaya a buscar una cama.» Pero las mujeres, especialmente las jóvenes, hacían comentarios ingeniosos sobre la mujer que cabeceaba, y siempre arrancaban la risa a sus acompañantes.

Para usar un anglicismo, era «cruel»; el americanismo correspondiente era más apropiado: era «feroz». Debo confesar que empecé a indignarme con esta alegre muchedumbre que pasaba, y a extraer una especie de satisfacción de las estadísticas de Londres que demuestran que uno de cada cuatro adultos está destinado a morir de beneficencia pública, ya sea en el asilo, en la enfermería o en el manicomio.

Hablé con el hombre. Tenía cincuenta y cuatro años y era un estibador acabado. Solo encontraba trabajo esporádico cuando había una gran demanda de mano de obra, pues en los tiempos flojos se prefería a los hombres más jóvenes y fuertes. Llevaba ya una

semana en los bancos del Embankment; pero las cosas tenían mejor aspecto para la semana siguiente, y era posible que consiguiera trabajar unos días y dormir en algún albergue barato. Había vivido toda su vida en Londres, salvo cinco años en que, en 1878, había visto servicio en la India.

Desde luego comería; y la chica también. Días como ese eran terriblemente duros para los de su condición, aunque como los bobbies estaban tan ocupados, los pobres podían dormir más. Desperté a la chica, o más bien a la mujer, pues tenía «veintiocho añitos, señor», y nos encaminamos a una fonda.

—Cuánto trabajo el de poner las luces —dijo el hombre ante la visión de algún edificio espléndidamente iluminado. Esa era la clave de su ser. Toda su vida había trabajado, y el universo objetivo entero, así como su propia alma, solo podía expresarlos en términos de trabajo. —Las coronaciones sirven para algo —continuó—. Dan trabajo a la gente.

—Pero tienes el estómago vacío —dije.

—Sí —respondió—. Lo intenté, pero no había oportunidad. Mi edad está en contra mía. ¿A qué trabaja usted? Marinero, ¿eh? Lo sabía por la ropa.

—Yo sé lo que es usted —dijo la chica—. Un italiano.

—Que no —exclamó el hombre, acalorado—. Es un yanqui, eso es lo que es. Lo sé yo.

—Dios mío, mire eso —exclamó ella, cuando desembocamos en The Strand, atestado de la rugiente y tambaleante muchedumbre de la Coronación, los hombres vociferando y las chicas cantando en notas altas y gorgoteantes:

«¡Oh! En el Día de la Coronación, en el Día de la Coronación, 'nos daremos una juerga, una fiesta, y gritaremos i'ip, 'ip, 'urra! Pues todos estaremos alegres, bebiendo whisky, vino y jerez, todos estaremos alegres el Día de la Coronación.»

—Qué sucia estoy, con la vida que llevo —dijo la mujer al sentarse en una fonda, limpiándose el sueño y la mugre de las comisuras de los ojos—. Y las cosas que he visto hoy, que me han gustado, aunque estaba sola. Y las duquesas y las señoras llevaban unos vestidos blancos tan lujosos. Eran preciosos, preciosos.

—Soy irlandesa —dijo, en respuesta a una pregunta—. Me llamo Hawthorn.

—¿Cómo? —pregunté.

—Hawthorn, señor; Hawthorn.

—Deletréelo.

—H-a-w-t-h-o-r-n, Hawthorn.

—Ah —dije—, irlandesa londinense.

—Sí, señor, nacida en Londres.

Había vivido feliz en casa hasta que murió su padre, muerto en un accidente, y entonces se había quedado sola en el mundo. Un hermano estaba en el ejército, y el otro, ocupado en mantener a una mujer y ocho hijos con veinte chelines a la semana y trabajo irregular, no podía hacer nada por ella. Había salido de Londres una sola vez, a un lugar en Essex, a doce millas de distancia, donde estuvo recogiendo fruta durante tres semanas: «Y me puse morena como una baya al volver. No lo creerá usted, pero así fue.»

El último sitio donde había trabajado era una fonda, jornada de las siete de la mañana a las once de la noche, por lo que recibía cinco chelines a la semana y la comida. Luego se había puesto enferma, y desde que salió del hospital no había podido encontrar nada. No se encontraba con fuerzas, y las dos últimas noches las había pasado en la calle.

Entre los dos dieron cuenta de una cantidad prodigiosa de comida, este hombre y esta mujer, y no fue hasta que hube triplicado sus pedidos originales cuando dieron señales de calmarse.

En un momento ella alargó la mano y palpó la textura de mi abrigo y mi camisa, y comentó lo bien que vestían los yanquis. ¡Mis harapos, buena ropa! Me sonrojé; pero al inspeccionarlos más de cerca y examinar la ropa del hombre y de la mujer, empecé a sentirme bastante bien vestido y respetable.

—¿Qué esperan al final? —les pregunté—. Saben que se van haciendo mayores cada día.

—El asilo —dijo él.

—Que le den al asilo —dijo ella—. No tengo esperanza, lo sé, pero me moriré en la calle. Nada de asilos para mí, muchas gracias. No, de verdad —sorbió en el silencio que siguió.

—Después de haber pasado la noche en la calle —pregunté—, ¿qué hacen por la mañana para comer algo?

—Intentar conseguir un penique, si no te quedó alguno ahorrado —explicó el hombre—. Luego ir a una fonda y tomar una taza de té.

—Pero no veo cómo eso puede alimentarlos —objeté.

Los dos sonrieron con complicidad.

—Te bebes el té a sorbitos pequeños —continuó él—, haciéndolo durar lo más posible. Y estás atento, que siempre hay alguien que deja algo.

—Es sorprendente la comida que deja alguna gente —intervino la mujer.

—El truco —dijo el hombre con tono sentencioso, cuando el método se me hizo evidente— es hacerse con el penique.

Al levantarnos para marcharnos, la señorita Hawthorn recogió un par de cortezas de las mesas vecinas y las escondió en algún lugar entre los harapos.

—No hay que desperdiciarlas, ¿sabe? —dijo; ante lo cual el estibador asintió, guardándose a su vez un par de cortezas.

A las tres de la mañana me paseé por el Embankment. Era una noche de gala para los sin techo, pues la policía estaba en otro sitio; y cada banco estaba abarrotado de ocupantes dormidos. Había tantas mujeres como hombres, y la gran mayoría de ellos, hombres y mujeres, eran viejos. De vez en cuando se veía a algún chico. En un banco noté a una familia: un hombre sentado muy derecho con un bebé dormido en brazos, su mujer dormida con la cabeza en su hombro, y en el regazo de ella la cabeza de otro niño dormido. Los ojos del hombre estaban bien abiertos. Miraba el agua y pensaba, lo cual no es bueno para un hombre sin techo con familia. No sería agradable especular sobre sus pensamientos; pero esto sí lo sé, y todo Londres lo sabe: no es infrecuente que los parados maten a sus mujeres y sus crías.

No se puede caminar a lo largo del Embankment del Támesis, en las primeras horas de la madrugada, desde el Parlamento, pasando la Aguja de Cleopatra, hasta el puente de Waterloo, sin que le recuerden a uno los sufrimientos relatados hace veintisiete siglos por el autor del Libro de Job:

Hay quienes mudan los linderos, roban los rebaños y los pastorean. Se llevan el asno de los huérfanos y toman en prenda el buey de la viuda. Apartan del camino a los necesitados, y todos los pobres de la tierra se esconden. He aquí que, como asnos monteses en el desierto, salen a su trabajo buscando diligentemente caza; el campo les da alimento para sus hijos. En las heredades cortan su forraje, y vendimian la viña del impío. Pasan la noche desnudos, sin ropa, sin abrigo contra el frío. Con las lluvias de los montes se mojan, y se abrazan a las rocas por no tener amparo. Hay quienes arrancan al huérfano del pecho, y toman en prenda lo del pobre. Así, van por ahí desnudos, sin ropa; y hambrientos llevan las gavillas.
JOB, XXIV, 2-10.

¡Hace veintisiete siglos! Y todo ello es igual de cierto y aplicable hoy en el centro mismo de esta civilización cristiana de la que Eduardo VII es rey.

CAPÍTULO XIII

DAN CULLEN, ESTIBADOR

Estuve ayer en una habitación de unas «Viviendas Municipales», no lejos de Lemman Street. Si mirara hacia un sombrío futuro y viera que tendría que vivir en una habitación así hasta morir, iría al instante a tirarme al Támesis y cortarí de raíz el contrato de arrendamiento.

No era una habitación. La cortesía hacia el lenguaje no permite llamarla habitación más de lo que permite llamar mansión a una chabola. Era una madriguera, una guarida. Sus dimensiones eran de dos metros diez por dos cuarenta, y el techo era tan bajo que no proporcionaba el espacio cúbico de aire exigido para un soldado británico en el cuartel. Un desvencijado catre con mantas raídas ocupaba casi la mitad de la habitación. Una mesa tambaleante, una silla y un par de cajas dejaban poco espacio para darse la vuelta. Cinco dólares habrían bastado para comprar todo lo que había a la vista. El suelo estaba pelado, mientras que las paredes y el techo estaban literalmente cubiertos de manchas y salpicaduras de sangre. Cada mancha representaba una muerte violenta: la de un insecto, pues el lugar hervía de parásitos, una plaga con la que ninguna persona podría con sus solas fuerzas.

El hombre que había ocupado ese agujero, un tal Dan Cullen, estibador, estaba muriéndose en el hospital. Sin embargo, había impreso su personalidad en sus miserables alrededores lo suficiente como para dar una idea del tipo de hombre que era. En las paredes había grabados baratos de Garibaldi, Engels, Dan Burns y otros líderes obreros, mientras que sobre la mesa yacía una novela de Walter Besant. Conocía a Shakespeare, me dijeron, y había leído historia, sociología y economía. Y era autodidacta.

Sobre la mesa, en medio de un desorden asombroso, había una hoja de papel en la que estaba garabateado: *Sr. Cullen, le ruego devuelva el jarro blanco grande y el sacacorchos que le presté*, objetos prestados al principio de su enfermedad por una vecina, y reclamados de vuelta con anticipación de su muerte. Un jarro blanco grande y un sacacorchos son demasiado valiosos para una criatura del Abismo como para permitir que otra criatura muera en paz. Hasta el final, el alma de Dan Cullen tuvo que ser martirizada por la sordidez de la que en vano se esforzaba por elevarse.

Es una historia breve, la historia de Dan Cullen, pero hay mucho que leer entre líneas. Nació en la pobreza, en una ciudad y un país donde las divisiones de casta están muy marcadas. Todos sus días los pasó trabajando duramente con el cuerpo; y porque había abierto los libros, y lo habían arrebatado los fuegos del espíritu, y podía «escribir una carta como un abogado», sus compañeros lo habían elegido para trabajar duramente por ellos con el cerebro. Se convirtió en líder de los porteadores de fruta, representó a los estibadores en el Consejo Sindical de Londres y escribió artículos contundentes para los periódicos obreros.

No se arrastraba ante otros hombres, aunque fueran sus amos económicos y controlaran los medios por los que vivía, y hablaba con franqueza y luchó la buena batalla. En la «Gran Huelga de los Muelles» fue culpable de tomar parte destacada. Y ese fue el final de Dan Cullen. Desde ese día fue un hombre marcado, y cada día, durante diez años y más, fue «cobrado» por lo que había hecho.

Un estibador es un trabajador eventual. El trabajo sube y baja, y trabaja o no trabaja según la cantidad de mercancías que haya que mover. Dan Cullen fue objeto de discriminación. Aunque no se le despidió directamente (lo que habría causado problemas, y que sin duda habría sido más misericordioso), el capataz lo llamaba para trabajar no más de dos o tres días a la semana. Esto se llama ser «disciplinado», o «enseñado». Significa que lo matan de hambre. No hay palabra más suave. Diez años de eso le rompieron el corazón, y los hombres con el corazón roto no pueden vivir.

Se metió en cama en su terrible guarida, que se volvió aún más terrible con su indefensión. Estaba sin familiares ni parientes, un viejo solitario, amargado y pesimista, luchando contra los parásitos mientras Garibaldi, Engels y Dan Burns le miraban desde las paredes salpicadas de sangre. Nadie fue a verle a ese cuartel municipal abarrotado (no había trabado amistad con ninguno de los vecinos), y lo dejaron pudrir.

Pero desde los confines del East End llegaron un zapatero y su hijo, sus únicos amigos. Limpiaron su habitación, trajeron ropa de cama limpia de casa, y le quitaron de los miembros las sábanas, negras de mugre. Y le trajeron una de las enfermeras de la Casa de la Reina de Aldgate.

Ella le lavó la cara, sacudió el catre y conversó con él. Era interesante hablar con él..., hasta que ella le dijo su nombre. Oh, sí, se llamaba Blank, respondió ella con inocencia, y Sir George Blank era su hermano. ¿Sir George Blank? —tronó el viejo Dan Cullen en su lecho de muerte—; ¿Sir George Blank, asesor jurídico de los muelles de Cardiff, que más que ningún otro hombre había desmantelado el Sindicato de Estibadores de Cardiff, y recibido por ello el título de caballero? ¿Y ella era su hermana? Acto seguido Dan Cullen se incorporó en su desvencijado catre y pronunció anatema sobre ella y todos los de su clase; y ella huyó para no volver, fuertemente impresionada por la ingratitud de los pobres.

Los pies de Dan Cullen se hincharon de hidropesía. Se sentaba todo el día en el borde de la cama (para que el agua no subiera al

cuerpo), sin esterilla en el suelo, con una manta delgada sobre las piernas y un abrigo viejo sobre los hombros. Un misionero le trajo un par de zapatillas de papel, que valían cuatro peniques (yo las vi), y procedió a ofrecer cincuenta oraciones o así por el bien del alma de Dan Cullen. Pero Dan Cullen era del tipo de hombres que prefería que le dejaran el alma en paz. No le gustaba que Tom, Dick o Harry, aprovechándose de unas zapatillas de cuatro peniques, anduviera trasteando con ella. Le pidió amablemente al misionero que abriera la ventana para poder tirar las zapatillas. Y el misionero se marchó para no volver, igualmente impresionado por la ingratitud de los pobres.

El zapatero, un valiente héroe él mismo, aunque sin anales y sin cantores, fue en privado a la oficina central de los grandes corredores de fruta para quienes Dan Cullen había trabajado como jornalero eventual durante treinta años. Su sistema era tal que el trabajo lo hacían casi enteramente manos eventuales. El zapatero les contó la desesperada situación del hombre: viejo, quebrado, moribundo, sin ayuda ni dinero, les recordó que había trabajado para ellos treinta años, y les pidió que hicieran algo por él.

—Oh —dijo el gerente, recordando a Dan Cullen sin necesidad de consultar los libros—, verás, tenemos por norma no ayudar nunca a los eventuales, y no podemos hacer nada.

Ni hicieron nada, ni siquiera firmaron una carta solicitando la admisión de Dan Cullen en un hospital. Y no es tan fácil ingresar en un hospital en la ciudad de Londres. En Hampstead, si pasaba el reconocimiento médico, habría que esperar al menos cuatro meses antes de que le dieran una cama, tantos había inscritos antes que él. El zapatero finalmente logró ingresarlo en la enfermería de Whitechapel, donde lo visitaba con frecuencia. Allí comprobó que Dan Cullen había cedido al sentimiento generalizado de que, al ser un caso sin esperanza, se estaban dando prisa en quitárselo de encima. Una conclusión justa y lógica, hay que reconocer, para un hombre viejo y quebrado que había sido resueltamente «disciplinado» y «enseñado» durante diez años. Cuando lo sometían

a sudoración por el mal de Bright para eliminar la grasa de los riñones, Dan Cullen sostenía que la sudoración aceleraba su muerte; y siendo el mal de Bright una degeneración de los riñones, no había por lo tanto ninguna grasa que eliminar, y la excusa del médico era una mentira palmaria. Ante lo cual el médico se enojó y no se acercó a él en nueve días.

Luego le inclinaron la cama de modo que los pies y las piernas quedaran elevados. De inmediato la hidropesía apareció en el cuerpo, y Dan Cullen sostenía que lo habían hecho para hacerle bajar el agua de las piernas al cuerpo y matarlo más deprisa. Exigió el alta, aunque le dijeron que moriría en las escaleras, y se arrastró, más muerto que vivo, hasta la zapatería del amigo. En el momento de escribir esto, está muriéndose en el Hospital de la Templanza, al que su leal amigo, el zapatero, movió cielo y tierra para conseguir que lo admitieran.

¡Pobre Dan Cullen! Un Jude el Oscuro que tendió la mano hacia el conocimiento; que trabajó con el cuerpo durante el día y estudió en las vigilias de la noche; que soñó su sueño y luchó valientemente por la Causa; un patriota, un amante de la libertad humana y un combatiente sin miedo; y al final, sin la talla suficiente para derribar las condiciones que lo frustraron y ahogaron, un cínico y un pesimista, exhalando su agonía final en el catre de un indigente en una sala de caridad: «Que un hombre muera pudiendo haber sido sabio y no lo fue; a eso lo llamo yo una tragedia.»

CAPÍTULO XIV

LÚPULOS Y LÚPULEROS

Ha llegado tan lejos el divorcio del trabajador del suelo que los distritos agrícolas de todo el mundo civilizado dependen de las ciudades para la recolección de las cosechas. Es entonces, cuando la tierra vierte su riqueza madura al desperdicio, cuando la gente de las calles, expulsada del suelo, es llamada de vuelta a él. Pero en Inglaterra vuelven, no como pródigos, sino como proscritos todavía, como vagabundos y parias, para ser desconfiados y escarnecidos por sus hermanos del campo, dormir en cárceles y pabellones de transeúntes o bajo los setos, y vivir Dios sabe cómo.

Se calcula que solo Kent necesita ochenta mil de la gente de las calles para recoger su lúpulo. Y salen, obedientes al llamamiento, que es el llamamiento de sus estómagos y de los últimos posos del afán de aventura que aún les queda. Los barrios bajos, los tugurios y el gueto los vomitan, y el contenido pestilente de los barrios bajos, los tugurios y el gueto no mengua. Y sin embargo invaden el campo como un ejército de fantasmas, y el campo no los quiere. Están fuera de lugar. Al arrastrar sus cuerpos achaparrados y deformes por los caminos, se asemejan a alguna vil criatura surgida de las entrañas de la tierra. Su misma presencia, el hecho de su existencia,

es un ultraje para el sol fresco y brillante y las cosas verdes y crecientes. Los árboles limpios y erguidos claman vergüenza sobre ellos y sus cuerpos retorcidos y marchitos, y su podredumbre es una profanación viscosa de la dulzura y la pureza de la naturaleza.

¿Está el cuadro exagerado? Depende. Para quien ve y piensa la vida en términos de acciones y cupones, sin duda está exagerado. Pero para quien ve y piensa la vida en términos de condición humana, no puede estar exagerado. Tales hordas de bestial miseria e inarticulada desgracia no compensan a un cervecero millonario que vive en un palacio del West End, se satura de los placeres sensuales de los dorados teatros de Londres, codea con lord y con príncipe, y recibe del rey el título de caballero. Ganar sus espuelas, ¡Dios me libre! En otros tiempos las grandes bestias rubias cabalgaban en la vanguardia de la batalla y ganaban sus espuelas partiendo a los hombres de la coronilla al espinazo. Y al fin y al cabo, es más noble matar a un hombre fuerte con un tajo limpio del acero silbante que convertirlo en una bestia, a él y a su descendencia de generación en generación, mediante la hábil y araña-like manipulación de la industria y la política.

Pero volviendo al lúpulo. Aquí el divorcio del suelo es tan aparente como en todo lo demás en la agricultura inglesa. Mientras la producción de cerveza aumenta constantemente, el cultivo del lúpulo disminuye constantemente. En 1835 la superficie destinada al lúpulo era de 71.327 acres. Hoy está en 48.024, una disminución de 3.103 respecto a la superficie del año pasado.

Pequeña como es la superficie este año, un verano malo y tormentas terribles redujeron el rendimiento. Esta desgracia se reparte entre la gente que es dueña del lúpulo y la gente que lo recoge. Los propietarios se ven forzados a conformarse con algo menos de las cosas más agradables de la vida, y los recolectores con algo menos de comida, de la cual, en el mejor de los tiempos, nunca tienen bastante. Durante semanas agotadoras han aparecido en los periódicos londinenses titulares como el siguiente:

VAGABUNDOS ABUNDANTES, PERO LOS LÚPULOS SON ESCASOS Y AÚN NO ESTÁN LISTOS.

Y ha habido también innumerables párrafos como este:

De los alrededores de los campos de lúpulo llegan noticias de carácter angustioso. El estallido de buen tiempo de los últimos dos días ha enviado a Kent a centenares de lúpuleros que tendrán que esperar a que los campos estén listos para ellos. En Dover el número de vagabundos en el asilo triplica al del año pasado en estas fechas, y en otras poblaciones el retraso de la temporada es responsable de un gran aumento en el número de transeúntes.

Para colmo de su miseria, cuando por fin había comenzado la recolección, los lúpulos y los lúpuleros fueron casi arrasados por una espantosa tormenta de viento, lluvia y granizo. Los lúpulos fueron arrancados de los postes y aplastados contra la tierra, mientras los recolectores, que buscaban cobijo del granizo que los azotaba, estuvieron a punto de ahogarse en sus barracas y campamentos en los terrenos bajos. Su situación tras la tormenta era lamentable, su estado de vagabundaje más pronunciado que nunca; pues, mala cosecha que era, su destrucción había eliminado la posibilidad de ganar unos pocos peniques, y para miles de ellos no quedaba otra cosa que «caminar» de vuelta a Londres.

—Nosotros no somos barrenderos de calles —dijeron, alejándose del suelo alfombrado de lúpulos hasta el tobillo.

Los que se quedaron refunfuñaban amargamente entre los postes semidespojados ante los siete bushels por chelín: un precio pagado en buenas temporadas cuando los lúpulos están en plenas condiciones, e igualmente pagado en malas temporadas por los cultivadores porque no pueden permitirse más.

Pasé por Teston y East y West Farleigh poco después de la tormenta, y escuché el refunfuño de los lúpuleros y vi los lúpulos pudrirse en el suelo. En los invernaderos de Barham Court, el granizo había roto treinta mil cristales, mientras que los

melocotones, las ciruelas, las peras, las manzanas, el ruibarbo, los repollos, los nabos, todo, había sido triturado y destrozado.

Todo lo cual fue una mala noticia para los propietarios, sin duda; pero a ninguno de ellos, en el peor de los casos, le faltaría comida o bebida ni para una sola comida. Sin embargo, a ellos dedicaron los periódicos columnas de simpatía, detallando con angustiosa extensión sus pérdidas pecuniarias. «El señor Herbert L--- calcula su pérdida en ocho mil libras»; «el señor F---, de renombre cervecero, que arrienda todas las tierras de esta parroquia, pierde diez mil libras»; y «el señor L---, cervecero de Wateringbury, hermano del señor Herbert L---, es otro de los grandes perjudicados». En cuanto a los lúpuleros, no contaban. Sin embargo, me atrevo a afirmar que las varias comidas casi completas perdidas por el mal alimentado William Buggles, y la mal alimentada señora Buggles, y los mal alimentados críos Buggles, fue una tragedia mayor que las diez mil libras perdidas por el señor F---. Y además, la tragedia del mal alimentado William Buggles podía multiplicarse por miles, mientras que la del señor F--- no podía multiplicarse ni por cinco.

Para ver cómo les iba a William Buggles y a los de su clase, me puse los arreos de marinero y salí a buscar trabajo. Conmigo iba un joven zapatero del East End londinense, Bert, que se había dejado llevar por el afán de aventura y se había unido a mí para el viaje. Siguiendo mi consejo, había traído sus «peores harapos», y mientras subíamos por la carretera de Londres saliendo de Maidstone le preocupaba mucho que fuéramos demasiado mal vestidos para el trabajo.

Y no era para culparlo. Cuando paramos en una taberna el tabernero nos examinó con cautela, y su semblante no se iluminó hasta que le mostramos el color de nuestro dinero. Los nativos de los alrededores eran todos recelosos; y unos «excursionistas» de Londres que pasaban a toda velocidad en coches nos vitoreaban, nos tomaban el pelo y nos gritaban insultos. Pero antes de acabar con el distrito de Maidstone, mi amigo comprobó que íbamos tan

bien vestidos, si no mejor, que el lúpulero medio. Algunos de los bultos de harapos que nos encontramos eran prodigiosos.

—Ha bajado la marea —le dijo una mujer de aspecto gitano a sus compañeras, cuando llegamos al extremo de una larga hilera de cubos en los que los recolectores estaban vaciando los lúpulos arrancados.

—¿Lo entiendes? —me susurró Bert—. Te ha calado.

Lo entendí. Y hay que reconocer que la imagen era acertada. Cuando baja la marea los barcos se quedan en la orilla y no navegan, y un marinero, cuando baja la marea, tampoco navega. Mi ropa de marinero y mi presencia en el campo de lúpulos proclamaban que era un marino sin barco, un hombre en tierra, muy parecido a una embarcación en bajamar.

—¿Puede darnos trabajo, jefe? —le preguntó Bert al capataz, un hombre de semblante amable y edad avanzada que estaba muy ocupado.

Su «No» fue dicho con decisión; pero Bert se aferró a él y lo siguió de un lado a otro, y yo fui detrás, por casi todo el campo. Si fue nuestra persistencia lo que le impresionó como ansia de trabajar, o si se dejó conmovido por nuestra pinta de gente con mala suerte y por lo que le contamos, ni Bert ni yo logramos dilucidarlo; pero al final ablandó el corazón y nos encontró el único cubo desocupado del lugar, un cubo abandonado por otros dos hombres, según pude averiguar, porque no era posible ganar un jornal con él.

—Nada de malos modales, que conste —advirtió el capataz al dejarnos en el trabajo en medio de las mujeres.

Era el sábado por la tarde, y sabíamos que la hora de salida llegaría pronto, así que nos aplicamos con ahínco a la tarea, deseando averiguar si al menos nos ganábamos la sal. Era un trabajo sencillo, trabajo de mujer en realidad, y no de hombre. Nos sentamos en el borde del cubo, entre los lúpulos de pie, mientras un sacapostes nos suministraba grandes y fragantes ramas. En una hora nos habíamos vuelto tan expertos como era posible serlo. En

cuanto los dedos se acostumbraron a diferenciar automáticamente entre lúpulos, hojas y tallos, y a arrancar media docena de flores a la vez, no había más que aprender.

Trabajamos con soltura, y tan deprisa como las mujeres, aunque sus cubos se llenaban más rápidamente por culpa de sus enjambres de niños, cada uno de los cuales recogía con las dos manos casi tan deprisa como nosotros.

—No recojas tan limpio, está prohibido —nos informó una de las mujeres, y agradecimos el consejo y lo pusimos en práctica.

A medida que avanzaba la tarde, nos dimos cuenta de que no era posible ganar un jornal, al menos para los hombres. Las mujeres podían recoger tanto como los hombres, y los niños casi tanto como las mujeres; de modo que le era imposible a un hombre competir con una mujer y media docena de niños. Porque es la mujer y la media docena de niños quienes cuentan como unidad, y por su capacidad combinada determinan el pago de la unidad.

—Oye, compañero, tengo un hambre feroz —le dije a Bert. No habíamos comido nada.

—Por Dios, que me comería el lúpulo —respondió.

Ante lo cual los dos lamentamos nuestra negligencia por no haber criado una prole numerosa que nos ayudara en este día de necesidad. Y de esa manera matábamos el tiempo y hablábamos para deleite de las vecinas. Nos ganamos del todo la simpatía del sacapostes, un joven paleta del campo, que de vez en cuando vaciaba unos cuantos capullos recogidos en nuestro cubo, siendo parte de su trabajo recoger los racimos sueltos que se desprendían en el proceso de sacar los postes.

Con él discutimos cuánto podíamos «adelantar», y nos informó de que si bien nos pagaban un chelín por siete bushels, solo podíamos «adelantar», o cobrar a cuenta, un chelín por cada doce bushels. Lo que equivale a decir que se retenía el pago de cinco de cada doce bushels, un método del cultivador para retener al recolector en el trabajo sea la cosecha buena o mala, y especialmente si es mala.

Después de todo, era agradable estar sentado allí al brillante sol, con el polen dorado lloviendo de las manos, el pungente y aromático olor del lúpulo irritándonos las narices, recordando vagamente las ruidosas ciudades de donde venía esa gente. ¡Pobres gentes de la calle! ¡Pobres gentes de la cuneta! Incluso ellos sienten hambre de tierra, y anhelan vagamente el suelo del que han sido expulsados, y la vida libre al aire libre, y el viento y la lluvia y el sol sin las manchas de la ciudad. Como el mar llama al marinero, así los llama la tierra a ellos; y, en lo más hondo de sus troncos abortados y en decadencia, se agitan extrañamente por los recuerdos campesinos de sus antepasados que vivieron antes de que existieran las ciudades. Y de maneras incomprensibles los alegran los olores y las visiones y los sonidos de la tierra que su sangre no ha olvidado aunque ellos no la recuerden.

—Ya no hay más lúpulos, compañero —se quejó Bert.

Eran las cinco, y los sacapostes habían terminado para que todo pudiera limpiarse, pues el domingo no se trabajaba. Durante una hora nos vimos obligados a esperar ociosos la llegada de los medidores, con los pies helados por la escarcha que llegó al ponerse el sol. En el cubo contiguo, dos mujeres y media docena de niños habían recogido nueve bushels: de modo que los cinco bushels que encontraron los medidores en nuestro cubo demostraban que habíamos trabajado igual de bien, pues la media docena de niños tenía entre nueve y catorce años.

¡Cinco bushels! Lo calculamos: ocho peniques y medio, diecisiete centavos, por dos hombres trabajando tres horas y media. ¡Cuatro peniques y cuarto cada uno! ¡Poco más de un penique por hora! Pero solo se nos permitió «adelantar» cinco peniques del total, aunque el encargado del registro, sin cambio, nos dio seis. Las súplicas fueron en vano. Proclamó en voz alta que habíamos recibido un penique más de lo que nos correspondía, y se fue.

Supongamos, a efectos del argumento, que éramos lo que decíamos ser: hombres pobres y sin blanca. Esta era entonces nuestra situación: se acercaba la noche, no habíamos cenado, y

mucho menos comido, y entre los dos teníamos seis peniques. Yo tenía hambre como para comerme tres seispeniques de comida, e igual Bert. Una cosa era evidente: haciendo honor al dieciséis con tres por ciento de lo que pedía el estómago, gastaríamos los seis peniques, y el estómago seguiría protestando en un ochenta y tres con tres por ciento de injusticia. Sin dinero de nuevo, podíamos dormir bajo un seto, lo cual no era tan malo, aunque el frío consumiría una parte indebida de lo que hubiéramos comido. Pero el día siguiente era domingo, en el que no podíamos trabajar, aunque nuestros necios estómagos no iban a tomarse el día libre. Aquí estaba el problema: cómo conseguir tres comidas el domingo y dos el lunes (pues no podríamos hacer otro «adelanto» hasta el lunes por la tarde).

Sabíamos que los pabellones de transeúntes estaban abarrotados; también que si pedíamos a algún granjero o aldeano, había muchas posibilidades de que nos encerraran catorce días. ¿Qué hacer? Nos miramos desesperanzados...

...Nada de eso. Alegrementemente dimos gracias a Dios por no ser como los demás hombres, especialmente como los lúpuleros, y bajamos por la carretera a Maidstone, tintineando en los bolsillos las medias coronas y los florines que habíamos traído de Londres.

CAPÍTULO XV

LA ESPOSA DEL MAR

No se esperaba encontrar a la Esposa del Mar en el corazón de Kent, pero eso es lo que hice yo, en una calle miserable, en el barrio pobre de Maidstone. En su ventana no había ningún cartel de habitaciones para alquilar, y fue necesaria la persuasión para que se decidiera a dejarme dormir en la sala de estar. Por la tarde bajé a la cocina semisotérrea y conversé con ella y con su viejo, Thomas Mugridge de nombre.

Y mientras hablaba con ellos, todas las sutilezas y complejidades de esta tremenda civilización mecánica se desvanecieron. Me pareció que bajaba a través de la piel y la carne hasta el alma desnuda de ella, y que en Thomas Mugridge y en su vieja aferraba la esencia de esta notable raza inglesa. Allí encontré el espíritu del afán de aventura que ha atraído a los hijos de Albión a través de todas las latitudes; y allí encontré el colosal e irreflexivo descuido que ha metido a los ingleses en necias reyertas y peleas disparatadas, y la terquedad y el tesón que los han llevado ciegamente hasta el imperio y la grandeza; y asimismo encontré esa vasta e incomprensible paciencia que ha permitido a la población de la metrópoli aguantar bajo el peso de todo ello, trabajar sin queja

durante los años cansinos y ceder dócilmente a sus mejores hijos para que luchen y colonicen hasta los confines de la tierra.

Thomas Mugridge tenía setenta y un años y era un hombre pequeño. Por ser pequeño no había ido de soldado. Se había quedado en casa y trabajado. Sus primeros recuerdos estaban relacionados con el trabajo. No conocía otra cosa que el trabajo. Toda su vida había trabajado, y a los setenta y un años seguía trabajando. Cada mañana estaba en pie con el alborar y en el campo, jornalero, pues como tal había nacido. La señora Mugridge tenía setenta y tres años. Desde los siete años había trabajado en los campos, haciendo primero el trabajo de un muchacho, y luego el de un hombre. Seguía trabajando, manteniendo la casa reluciente, lavando, hirviendo y cocinando, y, con mi llegada, cocinando para mí y avergonzándose haciendo la cama. Al cabo de setenta y tantos años de trabajo no poseían nada, no tenían nada que esperar salvo más trabajo. Y estaban contentos. No esperaban nada más, no deseaban nada más.

Vivían sencillamente. Sus necesidades eran pocas: una pinta de cerveza al final del día, sorbida en la cocina semisotérrana, un periódico semanal sobre el que inclinarse durante siete noches seguidas, y una conversación tan meditabunda y vacía como el rumiar de una vaca. Desde un grabado en madera de la pared, una muchacha esbelta y angélica los miraba desde arriba, y debajo estaba la leyenda: «Nuestra futura reina.» Y desde una litografía muy coloreada de al lado los miraba desde arriba una señora corpulenta y entrada en años, con debajo: «Nuestra reina: Jubileo de Diamante.»

—Lo que uno gana es lo más dulce —dijo la señora Mugridge cuando sugerí que ya era hora de que descansaran.

—No, y tampoco queremos ayuda —dijo Thomas Mugridge, en respuesta a mi pregunta sobre si los hijos les echaban una mano.

—Trabajaremos hasta secarnos y desaparecer en el viento, la madre y yo —añadió; y la señora Mugridge asintió con la cabeza en

enérgico apoyo.

Quince hijos había dado a luz, y todos se habían ido, o estaban muertos. El «benjamín», sin embargo, vivía en Maidstone, y tenía veintisiete años. Cuando los hijos se casaban tenían las manos llenas con sus propias familias y apuros, como sus padres y madres antes que ellos.

¿Dónde estaban los hijos? ¡Ay, dónde no estaban! Lizzie estaba en Australia; Mary estaba en Buenos Aires; Poll estaba en Nueva York; Joe había muerto en la India..., y así los iban nombrando, vivos y muertos, soldados y marineros y esposas de colonos, para el viajero que estaba sentado en su cocina.

Me pasaron una fotografía. Un joven apuesto, con uniforme de soldado, me miraba.

—¿Y qué hijo es este? —pregunté.

Se rieron a carcajadas. ¿Hijo? No, nieto, recién vuelto del servicio en la India y trompeta del rey. Su hermano estaba en el mismo regimiento que él. Y así seguía, hijos e hijas, nietos y nietas, viajeros del mundo y constructores de imperios, todos ellos, mientras los viejos se quedaban en casa y también trabajaban construyendo el imperio.

Vive una esposa junto a la Puerta del Norte, y rica esposa que es; cría una casta de hombres andarines y los arroja al mar.

Y algunos se ahogan en aguas profundas, y algunos a la vista de la orilla; y la noticia llega a la esposa agotada, y ella siempre envía más.

Pero el parir de la Esposa del Mar está casi acabado. La raza se agota, y el planeta se llena. Las esposas de sus hijos pueden continuar la casta, pero su labor está cumplida. Los que fueron hombres de Inglaterra son ahora los hombres de Australia, de África, de América. Inglaterra ha mandado «lo mejor que cría» durante tanto tiempo, y ha destruido a los que se quedaron con tal

ferocidad, que poco le queda sino sentarse en las largas noches a contemplar a la realeza en la pared.

El verdadero marinero mercante británico ha desaparecido. La marina mercante ya no es cantera de tales lobos de mar como los que lucharon con Nelson en Trafalgar y el Nilo. Los extranjeros tripulan en buena medida los barcos mercantes, aunque los ingleses siguen de oficiales y siguen prefiriendo a los extranjeros en la proa. En Sudáfrica el colonial le enseña al isleño a disparar, y los oficiales se equivocan y se confunden; mientras que en casa la gente de la calle se entrega históricamente al festejo, y el Ministerio de la Guerra rebaja la talla para el alistamiento.

No podía ser de otra manera. Ni el británico más satisfecho puede esperar sacar la sangre vital y mantenerla mal alimentada y continuar así para siempre. La señora Thomas Mugridge media ha sido arrastrada a la ciudad, y no está criando mucho de nada salvo una progenie anémica y enfermiza que no encuentra suficiente para comer. La fortaleza de la raza anglosajona hoy no está en la pequeña y ajustada isla, sino en el Nuevo Mundo de ultramar, donde están los hijos e hijas de la señora Thomas Mugridge. La Esposa del Mar junto a la Puerta del Norte ha cumplido casi su labor en el mundo, aunque no lo sabe. Tiene que sentarse y descansar sus cansados lomos por una temporada; y si el pabellón de transeúntes y el asilo no la aguardan, es por los hijos e hijas que ha criado para el día de su debilidad y su declive.

CAPÍTULO XVI

LA PROPIEDAD CONTRA LA PERSONA

En una civilización francamente materialista y basada en la propiedad, no en el alma, es inevitable que la propiedad sea exaltada por encima del alma, que los delitos contra la propiedad se consideren mucho más graves que los delitos contra las personas. Moler a golpes a la propia mujer y romperle algunas costillas es una falta trivial comparada con dormir al raso bajo las estrellas porque uno no tiene dinero para un albergue. El chico que roba unas cuantas peras a una rica compañía ferroviaria es una amenaza mayor para la sociedad que el joven bruto que comete una agresión injustificada contra un anciano de más de setenta años. Mientras que la muchacha joven que toma una habitación con el pretexto de que tiene trabajo comete una falta tan peligrosa que, si no fuera severamente castigada, ella y las de su clase podrían hacer derrumbarse todo el edificio de la propiedad. Si hubiera rondado indecorosa Piccadilly y The Strand después de medianoche, la policía no la habría molestado, y ella habría podido pagar su alojamiento.

Los siguientes casos ilustrativos están entresacados de las crónicas de los juzgados de guardia de una sola semana:

Juzgado de Widnes. Ante los Aldermanes Gossage y Neil. Thomas Lynch, acusado de embriaguez y alteración del orden público y de agresión a un agente. El acusado rescató a una mujer detenida, golpeó al agente y le arrojó piedras. Multado con 3 chelines y 6 peniques por la primera infracción, y con 10 chelines más costas por la agresión.

Juzgado de Queen's Park de Glasgow. Ante el Alcalde Norman Thompson. John Kane se declaró culpable de agredir a su mujer. Cinco condenas anteriores. Multado con 2 libras y 2 chelines.

Sesiones Judiciales del Condado de Taunton. John Painter, un hombre grande y corpulento, descrito como jornalero, acusado de agredir a su mujer. La mujer recibió dos graves ojos morados y tenía la cara muy hinchada. Multado con 1 libra y 8 chelines, incluidas costas, y en libertad condicional.

Juzgado de Widnes. Richard Bestwick y George Hunt, acusados de intrusión en busca de caza. Hunt multado con 1 libra y costas, Bestwick con 2 libras y costas; en caso de impago, un mes.

Juzgado de Shaftesbury. Ante el Alcalde (Mr. A. T. Carpenter). Thomas Baker, acusado de dormir al raso. Catorce días.

Juzgado Central de Glasgow. Ante el Alcalde Dunlop. Edward Morrison, un muchacho, condenado por robar quince peras de un camión en la estación de ferrocarril. Siete días.

Juzgado Municipal de Doncaster. Ante el Aldermán Clark y otros magistrados. James M'Gowan, acusado en virtud de la Ley de Prevención de la Caza Furtiva de ser hallado en posesión de útiles de caza y varios conejos. Multado con 2 libras y costas, o un mes.

Tribunal del Sheriff de Dunfermline. Ante el Sheriff Gillespie. John Young, trabajador de bocamina, se declaró culpable de agredir a Alexander Storrar golpeándole en la cabeza y el cuerpo con los puños, derribándole al suelo, y asimismo golpeándole con un puntal de mina. Multado con 1 libra.

Juzgado de Kirkcaldy. Ante el Alcalde Dishart. Simon Walker se declaró culpable de agredir a un hombre golpeándole y derribándole. Fue una agresión injustificada, y el magistrado describió al acusado como un peligro para la comunidad. Multado con 30 chelines.

Juzgado de Mansfield. Ante el Alcalde, los Señores F. J. Turner, J. Whitaker, F. Tidsbury, E. Holmes y el Dr. R. Nesbitt. Joseph Jackson, acusado de agredir a Charles Nunn. Sin provocación alguna, el acusado asestó al denunciante un violento puñetazo en la cara, derribándole, y luego le dio una patada en el lado de la cabeza. Quedó inconsciente y estuvo en tratamiento médico durante quince días. Multado con 21 chelines.

Tribunal del Sheriff de Perth. Ante el Sheriff Sym. David Mitchell, acusado de caza furtiva. Dos condenas anteriores, la última hace tres años. Se solicitó al sheriff que tratara con indulgencia a Mitchell, de sesenta y dos años de edad, que no opuso resistencia al guarda. Cuatro meses.

Tribunal del Sheriff de Dundee. Ante el Honorable Sustituto del Sheriff R. C. Walker. John Murray, Donald Craig y James Parkes, acusados de caza furtiva. Craig y Parkes multados con 1 libra cada uno o catorce días; Murray, 5 libras o un mes.

Juzgado Municipal de Reading. Ante los Señores W. B. Monck, F. B. Parfitt, H. M. Wallis y G. Gillagan. Alfred Masters, de dieciséis años, acusado de dormir al raso en un descampado y de carecer de medios visibles de subsistencia. Siete días.

Sesiones Municipales de Salisbury. Ante el Alcalde, los Señores C. Hoskins, G. Fullford, E. Alexander y W. Marlow. James Moore, acusado de robar un par de botas de la puerta de una tienda. Veintiún días.

Juzgado de Horncastle. Ante el Rev. W. F. Massingberd, el Rev. J. Graham y el Sr. N. Lucas Calcraft. George Brackenbury, joven jornalero, condenado por lo que los magistrados calificaron de agresión injustificada y brutal a James Sargeant Foster, hombre de

más de setenta años. Multado con 1 libra y 5 chelines y 6 peniques de costas.

Sesiones Judiciales de Worksop. Ante los Señores F. J. S. Foljambe, R. Eddison y S. Smith. John Priestley, acusado de agredir al Rev. Leslie Graham. El acusado, que estaba borracho, empujaba un cochecito de bebé y lo puso delante de un camión, con el resultado de que el cochecito volcó y el bebé que iba en él salió despedido. El camión pasó por encima del cochecito, pero el bebé no resultó herido. El acusado atacó entonces al conductor del camión, y luego agredió al denunciante, que le reprendió por su conducta. A consecuencia de las lesiones que le infligió el acusado, el denunciante tuvo que consultar a un médico. Multado con 40 chelines y costas.

Juzgado del Oeste del Condado de Rotherham. Ante los Señores C. Wright y G. Pugh y el Coronel Stoddart. Benjamin Storey, Thomas Brammer y Samuel Wilcock, acusados de caza furtiva. Un mes cada uno.

Juzgado del Condado de Southampton. Ante el Almirante J. C. Rowley, el Sr. H. H. Culme-Seymour y otros magistrados. Henry Thorrington, acusado de dormir al raso. Siete días.

Juzgado de Eckington. Ante el Mayor L. B. Bowden, los Señores R. Eyre y H. A. Fowler y el Dr. Court. Joseph Watts, acusado de robar nueve helechos de un jardín. Un mes.

Sesiones Judiciales de Ripley. Ante los Señores J. B. Wheeler, W. D. Bembridge y M. Hooper. Vincent Allen y George Hall, acusados en virtud de la Ley de Prevención de la Caza Furtiva de ser hallados en posesión de varios conejos, y John Sparham, acusado de ser cómplice. Hall y Sparham multados con 1 libra, 17 chelines y 4 peniques cada uno, y Allen con 2 libras, 17 chelines y 4 peniques, incluidas costas; los primeros condenados a catorce días y el último a un mes en caso de impago.

Juzgado del Suroeste de Londres. Ante el Sr. Rose. John Probyn, acusado de causar graves daños corporales a un agente. El preso

había estado golpeando a su mujer, y también agrediendo a otra mujer que protestó por su brutalidad. El agente intentó persuadirle de que entrara en su casa, pero el preso se volvió repentinamente contra él, derribándole de un puñetazo en la cara, dándole patadas mientras yacía en el suelo e intentando estrangularle. Por último, el preso pateó deliberadamente al agente en una zona peligrosa, causándole una lesión que le mantendrá alejado del servicio durante mucho tiempo. Seis semanas.

Juzgado de Lambeth, Londres. Ante el Sr. Hopkins. «Baby» Stuart, de diecinueve años, descrita como corista, acusada de obtener comida y alojamiento por valor de 5 chelines mediante falsas pretensiones, con intención de defraudar a Emma Brasier. Emma Brasier, denunciante, dueña de una casa de huéspedes en Atwell Road. La presa tomó un apartamento en su casa alegando que trabajaba en el Crown Theatre. Al cabo de dos o tres días de que la presa estuviera en su casa, la señora Brasier hizo averiguaciones y, al comprobar que la historia de la chica era falsa, la entregó a la policía. La presa dijo al magistrado que habría trabajado si no hubiera tenido tan mala salud. Seis semanas de trabajos forzados.

CAPÍTULO XVII

INEFICIENCIA

Me detuve un momento a escuchar una discusión en el Mile End Waste. Era de noche, y todos eran obreros de la clase mejor. Habían rodeado a uno de ellos, un hombre de semblante agradable de treinta años, y le estaban dando bastante acaloradamente.

—¿Y qué hay de esta inmigración barata? —exigía uno de ellos—. Los judíos de Whitechapel, por ejemplo, cortándonos el cuello a diario.

—No puede culparlos —era la respuesta—. Son como nosotros, y tienen que vivir. No culpe al hombre que se ofrece a trabajar más barato que usted y se lleva su trabajo.

—¿Y qué hay de la mujer y los hijos? —preguntó su interlocutor.

—Ahí está la cosa —llegó la respuesta—. ¿Y qué hay de la mujer y los hijos del hombre que trabaja más barato que usted y se lleva su trabajo? ¿Eh? ¿Y de su mujer y sus hijos? Él se preocupa más por los suyos que por los de usted, y no puede dejarlos morir de hambre. Así que baja el precio del trabajo y usted se va a la calle. Pero no debe culparle, pobre diablo. No puede evitarlo. Los salarios siempre

bajan cuando dos hombres van detrás del mismo trabajo. La culpa es de la competencia, no del hombre que baja el precio.

—Pero los salarios no bajan donde hay un sindicato —se objetó.

—Y ahí tiene de nuevo, justo en el clavo. El sindicato frena la competencia entre los trabajadores, pero la hace más dura allí donde no los hay. Ahí es donde entra su mano de obra barata de Whitechapel. Son trabajadores sin cualificar, sin sindicatos, se cortan el cuello los unos a los otros, y el nuestro también, si no pertenecemos a un sindicato fuerte.

Sin entrar más en el argumento, este hombre en el Mile End Waste señaló la moraleja de que cuando dos hombres iban detrás del mismo trabajo, los salarios estaban condenados a bajar. Si hubiera profundizado más en el asunto, habría descubierto que incluso el sindicato, de veinte mil miembros pongamos, no podía sostener los salarios si veinte mil hombres desocupados intentaban desplazar a los sindicados. Esto está admirablemente ilustrado, en estos momentos, por el regreso y la desmovilización de los soldados de Sudáfrica. Se encuentran, por decenas de miles, en situación desesperada en el ejército de los desempleados. Hay un descenso general de los salarios en todo el país, que, dando lugar a disputas laborales y huelgas, es aprovechado por los desempleados, que recogen de buen grado las herramientas que han tirado los huelguistas.

La explotación, los salarios de hambre, los ejércitos de desempleados y el gran número de personas sin techo ni cobijo son inevitables cuando hay más hombres para hacer el trabajo de los que hay trabajo para los hombres. Los hombres y mujeres que me he encontrado en las calles, y en los asilos y los puestos de mendicidad, no están ahí porque como modo de vida pueda considerarse un «chollo». He descrito suficientemente las penalidades que padecen para demostrar que su existencia no es en absoluto cómoda.

Es una cuestión de cálculo sobrio, aquí en Inglaterra, que es más fácil trabajar por veinte chelines a la semana, tener comida regular y cama por la noche, que vagar por las calles. El hombre que vaga por las calles sufre más, y trabaja más duro, por un rendimiento mucho menor. He descrito las noches que pasan, y cómo, vencidos por el agotamiento físico, entran al pabellón de transeúntes a «recuperarse». Ni el pabellón es un chollo tampoco. Desgranar cuatro libras de estopa, romper más de cinco quintales de piedra, o realizar las tareas más repugnantes a cambio de la miserable comida y el cobijo que reciben es un despilfarro sin paliativos por parte de los hombres que lo hacen. Por parte de las autoridades es puro robo. Dan a los hombres mucho menos por su trabajo de lo que dan los patronos capitalistas. El jornal por la misma cantidad de trabajo realizado para un patrono privado les compraría mejores camas, mejor comida, más alegría, y, sobre todo, mayor libertad.

Como digo, recurrir al pabellón de transeúntes es un despilfarro para el hombre. Y que ellos mismos lo saben lo demuestra la manera en que lo evitan hasta que los obliga el agotamiento físico. Entonces ¿por qué lo hacen? No porque sean trabajadores desanimados. Ocurre todo lo contrario: son vagabundos desanimados. En Estados Unidos el vagabundo es casi invariablemente un trabajador desanimado. Encuentra el vagabundaje un modo de vida más cómodo que el trabajo. Pero esto no es así en Inglaterra. Aquí los poderes del Estado hacen todo lo posible por desanimar al vagabundo, y él es, en verdad, una criatura en extremo desanimada. Sabe que dos chelines al día, que son solo cincuenta centavos, le comprarán tres comidas decentes, una cama por la noche y le dejarán un par de peniques para el bolsillo. Preferiría trabajar por esos dos chelines antes que por la caridad del pabellón de transeúntes, pues sabe que no tendría que trabajar tan duro y que no le tratarían tan abominablemente. No lo hace, sin embargo, porque hay más hombres para hacer el trabajo de los que hay trabajo para los hombres.

Cuando hay más hombres que trabajo, tiene que producirse un proceso de criba. En todas las ramas de la industria los menos

eficientes son desplazados. Al ser desplazados por ineficiencia, no pueden ascender, sino que deben bajar, y seguir bajando, hasta que encuentran su nivel apropiado, un lugar en el entramado industrial donde son eficientes. Se sigue por lo tanto, e inexorablemente, que los menos eficientes deben bajar hasta el fondo, que es el matadero donde perecen miserablemente.

Una ojeada a los ineficientes confirmados del fondo demuestra que son, por lo general, naufragios mentales, físicos y morales. Las excepciones a la norma son los recién llegados, que son simplemente muy ineficientes y en quienes el proceso destructor acaba de empezar a operar. Todas las fuerzas aquí, hay que recordarlo, son destructivas. El cuerpo sano (que está ahí porque su cerebro no es ágil ni capaz) es pronto torcido y deformado más allá de todo remedio; la mente limpia (que está ahí por su cuerpo débil) es pronto ensuciada y contaminada.

La mortalidad es excesiva, pero aun así mueren con agonías demasiado prolongadas.

Aquí tenemos, pues, la construcción del Abismo y el matadero. En todo el entramado industrial se produce una eliminación constante. Los ineficientes son expulsados y arrojados hacia abajo. Diversas cosas constituyen ineficiencia. El mecánico irregular o irresponsable irá bajando hasta encontrar su sitio, pongamos como jornalero eventual, una ocupación irregular por su propia naturaleza y en la que hay poca o ninguna responsabilidad. Los lentos y torpes, los que sufren de debilidad de cuerpo o de mente, o los que carecen de resistencia nerviosa, mental y física, deben bajar, a veces rápidamente, a veces peldaño a peldaño, hasta el fondo. El accidente, al incapacitar a un trabajador eficiente, lo volverá ineficiente, y abajo tiene que ir. Y el trabajador que envejece, con energías menguantes y cerebro entumecido, tiene que empezar el espantoso descenso que no tiene parada antes del fondo y la muerte.

En este último caso, las estadísticas de Londres cuentan una historia terrible. La población de Londres es la séptima parte de la

población total del Reino Unido, y en Londres, año tras año, uno de cada cuatro adultos muere de caridad pública, ya sea en el asilo, el hospital o el manicomio. Cuando se tiene en cuenta el hecho de que los acomodados no acaban así, resulta evidente que es el destino de al menos uno de cada tres trabajadores adultos morir de caridad pública.

Como ejemplo de cómo un buen trabajador puede convertirse de repente en ineficiente, y qué le ocurre entonces, me siento tentado a dar el caso de M'Garry, un hombre de treinta y dos años interno del asilo. Las citas están tomadas del informe anual del sindicato.

Trabajaba en el establecimiento de Sullivan en Widnes, más conocido como las Obras Químicas del Alkali Británico. Trabajaba en un cobertizo, y tenía que cruzar el patio. Eran las diez de la noche y no había luz. Mientras cruzaba el patio sentí que algo me agarraba la pierna y me la arrancaba de cuajo. Perdí el conocimiento; no supe lo que me había pasado en uno o dos días. El domingo siguiente por la noche recobré el sentido y me encontré en el hospital. Pregunté a la enfermera qué pasaba con mis piernas, y me dijo que me habían amputado las dos.

Había una manivela fija en el patio, empotrada en el suelo; el agujero medía 45 centímetros de largo, 38 de profundidad y 38 de ancho. La manivela giraba en el agujero tres vueltas por minuto. No había ninguna valla ni cubierta sobre el agujero. Desde mi accidente lo han parado del todo y han cubierto el agujero con una chapa de hierro... Me dieron 25 libras. No lo consideraron como indemnización; dijeron que era solo por caridad. De ese dinero pagué 9 libras por una máquina para desplazarme.

Era jornalero en el momento en que me quedé sin piernas. Ganaba veinticuatro chelines a la semana, algo mejor que los demás hombres, porque me ofrecía para los turnos. Cuando había trabajo pesado que hacer, yo era el que elegían. El señor Manton, el gerente, me visitó en el hospital varias veces. Cuando me estaba recuperando, le pregunté si podría encontrarme algún trabajo. Me dijo que no me preocupara, que la empresa no era fría de corazón.

Todo iría bien para mí de todos modos... El señor Manton dejó de venir a verme; y la última vez, dijo que pensaba pedir a los directores que me dieran un billete de cincuenta libras para poder volver a casa con mis familiares en Irlanda.

¡Pobre M'Garry! Ganaba algo más que los demás hombres porque era ambicioso y se ofrecía para los turnos, y cuando había trabajo pesado que hacer él era el elegido. Y entonces ocurrió, y fue al asilo. La alternativa al asilo es volver a Irlanda y ser una carga para sus familiares el resto de su vida. Los comentarios son superfluos.

Hay que entender que la eficiencia no la determinan los propios trabajadores, sino que la determina la demanda de mano de obra. Si tres hombres solicitan un puesto, el más eficiente lo conseguirá. Los otros dos, por muy capaces que sean, serán no obstante ineficientes. Si Alemania, Japón y los Estados Unidos se apoderaran de todo el mercado mundial del hierro, el carbón y los tejidos, los trabajadores ingleses quedarían ociosos por cientos de miles. Algunos emigrarían, pero el resto lanzaría su fuerza de trabajo a las industrias restantes. Se produciría una sacudida general de los trabajadores de arriba abajo; y cuando se hubiera restablecido el equilibrio, el número de ineficientes en el fondo del Abismo habría aumentado en cientos de miles. Por el contrario, si las condiciones siguieran constantes y todos los trabajadores duplicaran su eficiencia, habría el mismo número de ineficientes, aunque cada ineficiente fuera el doble de capaz de lo que era y más capaz que muchos de los eficientes anteriores.

Cuando hay más hombres para trabajar que trabajo para los hombres, exactamente tantos hombres como sean excedentes de trabajo serán ineficientes, y como ineficientes están condenados a una destrucción lenta y dolorosa. El propósito de los capítulos futuros será mostrar, por su trabajo y su modo de vida, no solo cómo se expulsa y destruye a los ineficientes, sino también cómo la sociedad industrial, tal como existe hoy, crea constantemente y con total irresponsabilidad a los ineficientes.

CAPÍTULO XVIII

SALARIOS

Cuando supe que en el Gran Londres había 1.292.737 personas que recibían veintiún chelines o menos a la semana por familia, me interesé por saber cómo podían gastarse mejor los salarios para mantener la eficiencia física de tales familias. Las familias de seis, siete, ocho o diez miembros estando fuera de consideración, he basado la siguiente tabla en una familia de cinco: padre, madre y tres hijos; y he hecho equivaler veintiún chelines a 5,25 dólares, aunque en realidad veintiún chelines equivalen a unos 5,11 dólares.

CONCEPTO	DÓLARES	CHELINES/PENIQUES
Alquiler	1,50	6/0
Pan	1,00	4/0
Carne	0,875	3/6
Verduras	0,625	2/6
Carbón	0,25	1/0
Té	0,18	0/9

Aceite	0,16	0/8
Azúcar	0,18	0/9
Leche	0,12	0/6
Jabón	0,08	0/4
Mantequilla	0,20	0/10
Leña	0,08	0/4
TOTAL	5,25	21/2

El análisis de un solo concepto mostrará cuán poco margen hay para el despilfarro. Pan, 1 dólar: para una familia de cinco, durante siete días, un dólar de pan dará a cada miembro una ración diaria de 2,8 centavos; y si comen tres veces al día, cada uno podrá consumir por comida 9,5 milésimas de dólar de pan, poco menos de medio penique. Ahora bien, el pan es el concepto más importante. Recibirán menos carne por boca en cada comida, y todavía menos verduras; mientras que los conceptos menores se vuelven demasiado microscópicos para considerarlos. Por otro lado, todos estos artículos alimenticios se compran al por menor y en pequeñas cantidades, el método de compra más caro y derrochador.

Si bien la tabla anterior no permite ningún despilfarro ni exceso en el estómago, se notará que no hay superávit. La guinea entera se gasta en comida y alquiler. No queda dinero de bolsillo. Si el hombre se toma un vaso de cerveza, la familia tiene que comer otro tanto menos; y en la medida en que come menos, en esa medida deteriorará su eficiencia física. Los miembros de esta familia no pueden ir en autobús ni en tranvía, no pueden escribir cartas, hacer excursiones, ir a un «gaff de dos peniques» para ver un vodevil barato, afiliarse a clubes sociales o de beneficencia, ni pueden comprar golosinas, tabaco, libros ni periódicos.

Y además, si un hijo (y hay tres) necesita un par de zapatos, la familia tiene que suprimir la carne durante una semana de su lista de gastos. Y como hay cinco pares de pies que necesitan zapatos, y

cinco cabezas que necesitan sombreros, y cinco cuerpos que necesitan ropa, y como hay leyes que regulan la indecencia, la familia tiene que deteriorar constantemente su eficiencia física para estar abrigada y fuera de la cárcel. Pues nótese que cuando se descuentan del ingreso semanal el alquiler, el carbón, el aceite, el jabón y la leña, queda una asignación diaria de comida de cuatro peniques y medio por persona; y esos cuatro peniques y medio no pueden reducirse comprando ropa sin deteriorar la eficiencia física.

Todo esto es bastante duro. Pero ocurre: el marido y padre se rompe una pierna o el cuello. No llegan cuatro peniques y medio al día por boca en concepto de comida; ni medio penique de pan por comida; ni, a fin de semana, seis chelines de alquiler. De modo que tienen que salir, a las calles o al asilo, o a alguna miserable guarida, donde en cualquier parte la madre se esforzará desesperadamente por mantener unida a la familia con los diez chelines que posiblemente pueda ganar.

Aunque en Londres hay 1.292.737 personas que reciben veintiún chelines o menos por semana y por familia, hay que recordar que hemos analizado una familia de cinco que vive con una base de veintiún chelines. Hay familias más numerosas, hay muchas familias que viven con menos de veintiún chelines, y hay mucho empleo irregular. La pregunta surge naturalmente: ¿cómo viven? La respuesta es que no viven. No saben lo que es la vida. Arrastran una existencia infrabestial hasta que la muerte los libera misericordiosamente.

Antes de descender a los abismos más inmundos, citemos el caso de las telefonistas. He aquí unas jóvenes inglesas limpias y frescas para quienes un estándar de vida superior al de las bestias es absolutamente necesario. Si no, no pueden seguir siendo jóvenes inglesas limpias y frescas. Al incorporarse al servicio, una telefonista recibe un salario semanal de once chelines. Si es rápida e inteligente, puede alcanzar, al cabo de cinco años, un salario mínimo de una libra. Recientemente se presentó al Lord Londonderry una tabla de los gastos semanales de una de estas chicas. Aquí está:

CONCEPTO	CHELINES PENIQUES	
Alquiler, calefacción y luz	7	6
Comida en casa	3	6
Comida en la oficina	4	6
Tranvía	1	6
Lavandería	1	0
TOTAL	18	0

Esto no deja nada para ropa, recreo ni enfermedad. Y sin embargo, muchas de las chicas perciben, no dieciocho chelines, sino once, doce y catorce chelines por semana. Necesitan ropa y recreo, y...

El hombre para con el hombre tan a menudo injusto, lo es siempre para con la mujer.

En el Congreso de Sindicatos que se celebra ahora en Londres, el Sindicato de Gasistas propuso que se dieran instrucciones al Comité Parlamentario para presentar un proyecto de ley que prohibiera el empleo de niños menores de quince años. Mr. Shackleton, miembro del Parlamento y representante de los Tejedores del Norte, se opuso a la resolución en nombre de los trabajadores textiles, que, dijo, no podían prescindir de los ingresos de sus hijos y vivir con el nivel salarial existente. Los representantes de 514.000 trabajadores votaron contra la resolución, mientras que los representantes de 535.000 trabajadores votaron a favor. Cuando 514.000 trabajadores se oponen a una resolución que prohíbe el trabajo infantil menor de quince años, es evidente que se está pagando un salario insuficiente para vivir a un número inmensísimo de los trabajadores adultos del país.

He hablado con mujeres en Whitechapel que cobran habitualmente menos de un chelín por una jornada de doce horas en los talleres de explotación de confección de abrigos; y con mujeres

acabadoras de pantalones que cobran un magnífico salario semanal medio de tres a cuatro chelines.

Hace poco salió a la luz el caso de unos hombres al servicio de una empresa próspera que recibían la manutención y seis chelines semanales por seis días laborables de dieciséis horas cada uno. Los hombres-anuncio cobran catorce peniques al día y se costean todo. Los ingresos semanales medios de los buhoneros y vendedores ambulantes no superan los diez o doce chelines. La media de todos los jornaleros comunes, exceptuando a los estibadores, es inferior a dieciséis chelines semanales, mientras que los estibadores tienen una media de ocho a nueve chelines. Estas cifras están tomadas del informe de una comisión real y son auténticas.

Imagínese a una anciana, quebrada y moribunda, que mantiene a sí misma y a cuatro hijos, y paga tres chelines semanales de alquiler, fabricando cajas de cerillas a 2,25 peniques el grueso. ¡Doce docenas de cajas por 2,25 peniques, y encima corriendo ella misma con el engrudo y el hilo! No conocía un día libre, ni por enfermedad, ni por descanso, ni por recreo. Cada día y todos los días, domingos incluidos, trabajaba catorce horas. Su tarea diaria era siete gruesas, por las que recibía 1 chelín y 3,75 peniques. En la semana de noventa y ocho horas de trabajo, fabricaba 7.066 cajas de cerillas y ganaba 4 chelines y 10,25 peniques, descontado el engrudo y el hilo.

El año pasado, el Sr. Thomas Holmes, destacado misionero de los juzgados de guardia, tras escribir sobre la condición de las trabajadoras, recibió la siguiente carta, fechada el 18 de abril de 1901:

Señor: Perdona la libertad que me tomo, pero, habiendo leído lo que dijo sobre las pobres mujeres que trabajan catorce horas al día por diez chelines semanales, me permito exponer mi caso. Soy fabricante de corbatas y, tras trabajar toda la semana, no puedo ganar más de cinco chelines, y tengo que mantener a un pobre marido enfermo que no ha ganado un penique en más de diez años.

¡Imagínese a una mujer capaz de escribir una carta tan clara, sensata y gramaticalmente correcta, manteniendo a su marido y a ella misma con cinco chelines semanales! El Sr. Holmes la visitó. Tuvo que apretarse para entrar en la habitación. Allí yacía su marido enfermo; allí trabajaba ella todo el día; allí cocinaba, comía, lavaba y dormía; y allí su marido y ella realizaban todas las funciones de la vida y de la muerte. No había espacio para que el misionero se sentara, salvo en la cama, que estaba parcialmente cubierta de corbatas y seda. Los pulmones del enfermo estaban en la última etapa de la destrucción. Tosía y expectoraba constantemente, y la mujer dejaba de trabajar para ayudarle durante sus paroxismos. El pelillo de seda de las corbatas no era bueno para su enfermedad; ni su enfermedad era buena para las corbatas, ni para quienes habrían de manipularlas y llevarlas en el futuro.

Otro caso que visitó el Sr. Holmes fue el de una muchacha de doce años, acusada en el juzgado de guardia de robar comida. La encontró como madre sustituta de un niño de nueve años, un niño lisiado de siete y un niño más pequeño. Su madre era viuda y cosedora de blusas. Pagaba cinco chelines de alquiler a la semana. He aquí los últimos apuntes de su libro de gastos domésticos: té, 0,5 peniques; azúcar, 0,5 peniques; pan, 0,25 peniques; margarina, 1 penique; aceite, 1,5 peniques; y leña, 1 penique. Buenas amas de casa de la gente acomodada y delicada, imagináos comprando y llevando una casa con una escala semejante, poniendo la mesa para cinco, y vigilando a vuestra madre sustituta de doce años para que no robara comida para sus hermanitos, mientras vosotras cosáis, cosáis, cosáis una fila interminable y de pesadilla de blusas, que se extendía hacia las tinieblas y hacia el ataúd del pauper que os aguardaba abierto.

CAPÍTULO XIX

EL GUETO

¿Es justo que mientras avanzamos con la Ciencia, gloriándonos en el tiempo, los niños de la ciudad empapen y ennegrezcan el alma y los sentidos en el lodo de la ciudad? Allí, entre los callejones sombríos, el Progreso se detiene en pies paralíticos; el Crimen y el Hambre arrojan a las muchachas por millares a la calle;

Allí el amo escatima el pan cotidiano a su agotada costurera; allí el único sórdido desván alberga a los vivos y a los muertos; allí la fiebre que se consume avanza a rastras por el suelo podrido, y el lecho abarrotado del incesto, en las madrigueras de los pobres.

Hubo un tiempo en que las naciones de Europa confinaban a los judíos indeseables en guetos urbanos. Pero hoy la clase económicamente dominante, con métodos menos arbitrarios aunque no menos rigurosos, ha confinado a los trabajadores indeseables pero necesarios en guetos de notable mezquindad y vastedad. El East End londinense es uno de esos guetos, donde los ricos y los poderosos no residen, y el viajero no viene, y donde dos millones de trabajadores se amontonan, se reproducen y mueren.

No debe suponerse que todos los trabajadores de Londres están amontonados en el East End, pero la marea se encamina con fuerza en esa dirección. Los barrios pobres del centro de la ciudad se destruyen constantemente, y la corriente principal de los desalojados va hacia el este. En los últimos doce años, un distrito, «Londres más allá de la frontera», como se le llama, situado bien al otro lado de Aldgate, Whitechapel y Mile End, ha aumentado en 260.000 personas, o más del sesenta por ciento. Las iglesias de este distrito, por cierto, tienen capacidad para solo uno de cada treinta y siete habitantes del incremento de población.

«La Ciudad de la Monotonía Espantosa» se llama a menudo al East End, especialmente por parte de visitantes bien alimentados y optimistas que observan la superficie de las cosas y se quedan simplemente horrorizados por la intolerable uniformidad y mezquindad de todo ello. Si el East End no mereciera otro título peor que «La Ciudad de la Monotonía Espantosa», y si los trabajadores no merecieran variedad, belleza y sorpresa, no sería un lugar tan malo en el que vivir. Pero el East End sí merece un título peor. Debería llamarse «La Ciudad de la Degradación».

Si bien no es una ciudad de barrios bajos, como algunos creen, bien puede decirse que es un gigantesco barrio bajo. Desde el punto de vista de la simple decencia y la condición humana limpia, cualquier calle miserable, de entre todas sus calles miserables, es un barrio bajo. Un lugar donde abundan visiones y sonidos que ni usted ni yo querríamos que vieran y oyeran nuestros hijos es un lugar donde los hijos de ningún hombre deberían vivir, y ver, y oír. Un lugar donde usted y yo no querríamos que nuestras mujeres pasaran sus vidas es un lugar donde la mujer de ningún otro hombre debería tener que pasar la suya. Porque aquí, en el East End, las obscenidades y vulgaridades brutas de la vida campan a sus anchas. No hay intimidad. Lo malo corrompe a lo bueno, y todos se pudren juntos. La infancia inocente es dulce y hermosa: pero en el East End londinense la inocencia es cosa fugaz, y hay que cogerlos antes de que se arrastren fuera de la cuna, pues de lo contrario encontrará que hasta los bebés son de una madurez impía.

La aplicación de la Regla de Oro determina que el East End es un lugar inadecuado para vivir. Un lugar donde usted no querría que su propio bebé viviera, y creciera, y reuniera para sí conocimiento de la vida y de las cosas de la vida, no es un lugar adecuado para que los bebés de los demás hombres vivan, y crezcan, y reúnan para sí conocimiento de la vida y de las cosas de la vida. Es una cosa sencilla, esta Regla de Oro, y todo lo que se necesita. La economía política y la supervivencia del más apto que se vayan al cuerno si dicen otra cosa. Lo que no es bastante bueno para usted no es bastante bueno para los demás hombres, y no hay más que hablar.

En Londres hay 300.000 personas, divididas en familias, que viven en habitaciones de un solo cuarto. Muchas, muchas más viven en dos y tres cuartos y están tan hacinadas, independientemente del sexo, como las que viven en uno. La ley exige 11,3 metros cúbicos de espacio por persona. En los cuarteles del ejército a cada soldado se le asignan 17 metros cúbicos. El profesor Huxley, que en su momento fue médico de cabecera en el East End, sostenía siempre que cada persona debería tener 22,6 metros cúbicos de espacio, y que debían ventilarse bien con aire puro. Sin embargo, en Londres hay 900.000 personas que viven con menos de los 11,3 metros cúbicos prescritos por la ley.

El señor Charles Booth, que se dedicó durante años a un sistemático trabajo de cartografía y clasificación de la población trabajadora de la ciudad, calcula que en Londres hay 1.800.000 personas que son pobres y muy pobres. Es de interés observar lo que él considera pobres. Por pobres entiende las familias con un ingreso semanal total de entre dieciocho y veintiún chelines. Los muy pobres caen muy por debajo de este nivel.

Los trabajadores, como clase, son cada vez más segregados por sus amos económicos; y este proceso, con su apiñamiento y hacinamiento, tiende no tanto hacia la inmoralidad como hacia la amoralidad. He aquí un extracto de una reunión reciente del Consejo del Condado de Londres, seco y escueto, pero con una riqueza de horror que se lee entre líneas:

El señor Bruce preguntó al Presidente del Comité de Salud Pública si se había llamado su atención sobre una serie de casos de grave hacinamiento en el East End. En St. Georges-in-the-East un hombre y su mujer y su familia de ocho miembros ocupaban una pequeña habitación. Esta familia constaba de cinco hijas de veinte, diecisiete, ocho, cuatro años y un bebé; y tres hijos de quince, trece y doce años. En Whitechapel un hombre y su mujer y sus tres hijas de dieciséis, ocho y cuatro años, y dos hijos de diez y doce años, ocupaban una habitación más pequeña. En Bethnal Green, un hombre y su mujer, con cuatro hijos de veintitrés, veintiún, diecinueve y dieciséis años, y dos hijas de catorce y siete años, fueron asimismo hallados en una sola habitación. Preguntó si no era deber de las diversas autoridades locales prevenir un hacinamiento tan grave.

Pero con 900.000 personas viviendo en condiciones ilegales, las autoridades tienen las manos llenas. Cuando se desaloja a los hacinados, se van a algún otro agujero; y como trasladan sus pertenencias de noche, en carretillas de mano (una carretilla de mano cabe con todos los enseres domésticos y los niños dormidos), resulta casi imposible seguirles la pista. Si la Ley de Salud Pública de 1891 se aplicara repentina y completamente, 900.000 personas recibirían aviso de desalojo y saldrían a la calle, y habría que construir 500.000 habitaciones antes de que todos estuvieran legalmente alojados.

Las calles miserables solo tienen aspecto miserable por fuera, pero dentro de las paredes se encuentran la sordidez, la miseria y la tragedia. Aunque la siguiente tragedia puede resultar repugnante de leer, no debe olvidarse que su existencia es mucho más repugnante.

En Devonshire Place, Lisson Grove, murió hace poco una anciana de setenta y cinco años. En la investigación, el auxiliar del forense declaró que «todo lo que encontró en la habitación era un montón de trapos viejos cubiertos de parásitos. Él mismo quedó impregnado de los parásitos. La habitación estaba en un estado espantoso, y

nunca había visto nada igual. Todo estaba absolutamente cubierto de parásitos».

El médico declaró: «Encontró a la fallecida tendida sobre la rejilla de la chimenea, de espaldas. Llevaba una sola prenda y los calcetines. El cuerpo estaba completamente vivo de parásitos, y toda la ropa de la habitación era absolutamente gris de insectos. La fallecida estaba muy mal nutrida y muy demacrada. Tenía úlceras extensas en las piernas, y los calcetines estaban adheridos a esas úlceras. Las úlceras eran consecuencia de los parásitos.»

Un hombre presente en la investigación escribió: «Tuve la mala fortuna de ver el cadáver de la desgraciada mujer tal como yacía en el depósito; y aún ahora el recuerdo de aquella lúgubre imagen me hace estremecerme. Allí yacía en el ataúd del depósito, tan hambrienta y demacrada que no era más que un haz de piel y huesos. Su pelo, apelmazado de suciedad, era simplemente un nido de parásitos. Sobre su pecho huesudo saltaban y rodaban centenares, miles, miríadas de parásitos.»

Si no es bueno que tu madre y la mía mueran así, entonces no es bueno que esta mujer, cuya madre fuera que fuese, muera así.

El obispo Wilkinson, que ha vivido en Zulú-landia, dijo recientemente: «Ningún poblado africano permitiría semejante promiscuidad de hombres y mujeres jóvenes, muchachos y muchachas.» Se refería a los hijos del pueblo hacinado, que a los cinco años no tienen nada que aprender y mucho que desaprender, que no desaprenderán nunca.

Es notorio que aquí en el Gueto las casas de los pobres son mayores fuentes de beneficios que las mansiones de los ricos. No solo tiene el trabajador pobre que vivir como una bestia, sino que paga proporcionalmente más por ello que el hombre rico por su amplia comodidad. La competencia de los pobres por las casas ha hecho posible una clase de explotadores de casas. Hay más gente que espacio, y algunos están en el asilo porque no encuentran cobijo

en otra parte. No solo se alquilan casas, sino que se subarriendan, y se sub-subarriendan hasta las habitaciones mismas.

«Se alquila parte de una habitación.» Este anuncio se puso hace poco en una ventana a menos de cinco minutos a pie de St. James's Hall. El reverendo Hugh Price Hughes tiene autoridad para afirmar que las camas se alquilan en el sistema de tres turnos: tres inquilinos por cama, cada uno ocupándola ocho horas, de modo que nunca se enfría; mientras que el suelo debajo de la cama se alquila igualmente en el sistema de tres turnos. Los inspectores sanitarios no están en absoluto desacostumbrados a encontrar casos como el siguiente: en una habitación con una capacidad cúbica de 28 metros cúbicos, tres mujeres adultas en la cama y dos mujeres adultas debajo de la cama; y en una habitación de 47 metros cúbicos, un hombre adulto y dos niños en la cama y dos mujeres adultas debajo de la cama.

He aquí un ejemplo típico de una habitación en el más respetable sistema de dos turnos. La ocupa durante el día una joven empleada toda la noche en un hotel. A las siete de la tarde ella desaloja la habitación, y entra un peón de albañil. A las siete de la mañana él la desaloja para ir a su trabajo, momento en que ella regresa del suyo.

El reverendo W. N. Davies, rector de Spitalfields, realizó un censo de algunos de los callejones de su parroquia. Dice:

En un callejón hay diez casas, cincuenta y un cuartos, casi todos de unos dos metros cuarenta por dos setenta, y 254 personas. Solo en seis casos hay 2 personas que ocupan un cuarto; y en los demás el número varía entre 3 y 9. En otro patio con seis casas y veintidós cuartos había 84 personas: 6, 7, 8 y 9 volvían a ser los números que habitaban un cuarto, en varios casos. En una casa con ocho cuartos hay 45 personas: un cuarto con 9 personas, uno con 8, dos con 7 y otro con 6.

Este hacinamiento del Gueto no es por inclinación, sino por compulsión. Casi el cincuenta por ciento de los trabajadores paga entre la cuarta y la mitad de sus ingresos en alquiler. El alquiler

medio en la mayor parte del East End es de cuatro a seis chelines semanales por una habitación, mientras que los mecánicos cualificados, que ganan treinta y cinco chelines semanales, se ven obligados a ceder quince de ellos por dos o tres angostos cuartucho en los que se esfuerzan desesperadamente por obtener algún semblante de vida hogareña. Y los alquileres suben sin parar. En una calle de Stepney el aumento en solo dos años ha sido de trece a dieciocho chelines; en otra calle, de once a dieciséis chelines; y en otra más, de once a quince chelines; mientras que en Whitechapel, casas de dos cuartos que se alquilaban recientemente por diez chelines ahora cuestan veintiún chelines. Al este, al oeste, al norte y al sur los alquileres suben. Cuando el suelo vale entre veinte y treinta mil libras por acre, alguien tiene que pagar al arrendador.

El señor W. C. Steadman, en la Cámara de los Comunes, en un discurso sobre su circunscripción en Stepney, relató lo siguiente:

Esta mañana, a menos de cien metros de donde yo mismo vivo, me detuvo una viuda. Tiene seis hijos que mantener, y el alquiler de su casa era de catorce chelines semanales. Se gana la vida alquilando la casa a inquilinos y haciendo alguna jornada de lavado o limpieza. Esa mujer, con lágrimas en los ojos, me dijo que el arrendador había subido el alquiler de catorce a dieciocho chelines. ¿Qué podía hacer la mujer? En Stepney no hay alojamiento. Todo está ocupado y abarrotado.

La supremacía de clase solo puede descansar sobre la degradación de clase; y cuando los trabajadores son segregados en el Gueto, no pueden escapar a la consiguiente degradación. Se crea una población baja y achaparrada, una raza llamativamente diferenciada de la raza de sus amos, gente de acera por así decirlo, carente de vigor y fuerza. Los hombres se convierten en caricaturas de lo que debería ser un hombre físico, y sus mujeres e hijos son pálidos y anémicos, con ojos oscuramente ojeras, que se encorvan y arrastran, y se tuercen pronto de toda forma y belleza.

Para empeorar las cosas, los hombres del Gueto son los hombres que quedan, una raza deteriorada, que queda para sufrir una mayor

deterioración. Durante al menos ciento cincuenta años han sido drenados de sus mejores elementos. Los hombres fuertes, los hombres de coraje, iniciativa y ambición, han ido marchando hacia las partes más frescas y libres del globo, para crear nuevas tierras y naciones. Los que carecen de todo eso, los débiles de corazón, cabeza y mano, así como los podridos y sin esperanza, se han quedado para perpetuar la raza. Y año tras año, los mejores que crían son arrebatados de ellos. Donde sea que un hombre de vigor y estatura logra crecer, es llevado de inmediato al ejército. Un soldado, como ha dicho Bernard Shaw, «ostensiblemente un defensor heroico y patriótico de su país, es en realidad un hombre desafortunado empujado por la indigencia a ofrecerse como carne de cañón a cambio de rancho, techo y ropa».

Esta selección constante de los mejores entre los trabajadores ha empobrecido a los que quedan, un residuo tristemente degradado en su mayor parte, que en el Gueto se hunde a las profundidades más bajas. El vino de la vida ha sido extraído para derramarse en sangre y descendencia por el resto de la tierra. Los que quedan son las heces, y están segregados y se empapan en sí mismos. Se vuelven indecentes y bestiales. Cuando matan, matan con las manos, y luego se entregan estúpidamente a los ejecutores. No hay audacia espléndida en sus transgresiones. Clavan a un compañero con un cuchillo sin filo, o le rompen la cabeza con una olla de hierro, y luego se sientan a esperar a la policía. Pegar a la mujer es la prerrogativa masculina del matrimonio. Llevan unas botas notables, con cantoneras de latón y hierro, y cuando han puesto el ojo morado a la madre de sus hijos, la derriban y proceden a pisotearla más o menos como un semental del Oeste pisotea a una serpiente de cascabel.

Una mujer de las clases bajas del Gueto es tan esclava de su marido como la squaw india. Y yo, al menos, si fuera mujer y solo tuviera esas dos opciones, preferiría ser una squaw. Los hombres son económicamente dependientes de sus amos, y las mujeres son económicamente dependientes de los hombres. El resultado es que la mujer recibe la paliza que el hombre debería darle a su amo, y no

puede hacer nada. Están los críos, y él es quien trae el pan, y ella no se atreve a meterlo en la cárcel y dejar a sí misma y a los niños morir de hambre. Rara vez se pueden obtener pruebas para condenar cuando estos casos llegan a los tribunales; por regla general, la mujer pisoteada y madre está llorando e histéricamente suplicando al magistrado que deje en libertad a su marido por el bien de los críos.

Las esposas se convierten en arpías berreadoras o, con el espíritu quebrado y servilmente, pierden el poco decoro y respeto propio que les quedaba de sus días de doncellas, y todas se hunden juntas, sin darse cuenta, en su degradación y su suciedad.

A veces me asusta hacer mis propias generalizaciones sobre la miseria acumulada de esta vida del Gueto, y siento que mis impresiones están exageradas, que estoy demasiado cerca del cuadro y me falta perspectiva. En esos momentos me parece útil recurrir al testimonio de otros hombres para probarme a mí mismo que no me estoy volviendo exagerado y confuso. Frederick Harrison siempre me ha parecido un hombre sereno y equilibrado, y él dice:

Para mí, al menos, bastaría para condenar a la sociedad moderna como difícilmente un avance sobre la esclavitud o la servidumbre, si la condición permanente de la industria fuera la que contemplamos: que el noventa por ciento de los productores reales de riqueza no tiene ningún hogar que pueda llamar suyo más allá del final de la semana; no tiene ni un trozo de suelo, ni siquiera una habitación que les pertenezca; no tiene nada de valor de ninguna clase, salvo los muebles viejos que cabrían en un carro; tiene la precaria posibilidad de un jornal semanal que apenas alcanza para mantenerlos sanos; vive, en su mayor parte, en lugares que ningún hombre consideraría aptos para su caballo; está separado por un margen tan estrecho de la indigencia que un mes de mal comercio, una enfermedad o una pérdida inesperada los pone cara a cara con el hambre y la pobreza... Pero por debajo de este estado normal del trabajador medio en la ciudad y en el campo, se encuentra la gran banda de los pobres desamparados, los rezagados del ejército de la

industria, al menos una décima parte de toda la población proletaria, cuya condición normal es de miseria repugnante. Si esta ha de ser la disposición permanente de la sociedad moderna, habrá que reconocer que la civilización trae una maldición sobre la gran mayoría de la humanidad.

¡El noventa por ciento! Las cifras son aterradoras, y sin embargo el señor Stopford Brooke, después de trazar un cuadro aterrador de Londres, se ve obligado a multiplicarlo por medio millón. He aquí el cuadro:

A menudo solía encontrarme, cuando era coadjutor en Kensington, con familias que llegaban a Londres por Hammersmith Road. Un día pasó un jornalero con su mujer, su hijo y dos hijas. Su familia había vivido durante mucho tiempo en una finca del campo, y se las arreglaba, con la ayuda de la tierra comunal y su trabajo, para salir adelante. Pero llegó el momento en que se fue apropiando de la tierra comunal, y su trabajo ya no se necesitaba en la finca, y los echaron tranquilamente de su cabaña. ¿Adónde ir? Por supuesto a Londres, donde se creía que el trabajo abundaba. Tenían unos pequeños ahorros y pensaban que podían conseguir dos habitaciones decentes en que vivir. Pero la inexorable cuestión de la tierra se les presentó en Londres. Probaron los patios decentes para alojarse, y descubrieron que dos habitaciones costarían diez chelines a la semana. La comida era cara y mala, el agua era mala, y en poco tiempo su salud empeoró. El trabajo era difícil de conseguir, y su salario era tan bajo que pronto estuvieron endeudados. Se fueron enfermando y desesperando más con los alrededores venenosos, la oscuridad y las largas jornadas de trabajo; y se vieron obligados a buscar un alojamiento más barato. Lo encontraron en un patio que yo conocía bien, un semillero de delitos y horrores innombrables. En él consiguieron una sola habitación a un alquiler cruel, y el trabajo les resultaba ahora más difícil de conseguir, ya que procedían de un lugar de tan mala fama, y cayeron en manos de quienes exprimen hasta la última gota de hombres, mujeres y niños, por salarios que solo pueden alimentar la desesperación. Y la oscuridad y la suciedad, la mala comida y la enfermedad, y la falta de agua era

peor que antes; y la muchedumbre y el ambiente del patio les robaron los últimos retazos de respeto propio. El demonio de la bebida se apoderó de ellos. Desde luego había una taberna en ambos extremos del patio. Allí huyeron, uno a uno, en busca de cobijo, calor, compañía y olvido. Y salieron más endeudados, con los sentidos encendidos y el cerebro ardiendo, y un deseo insatisfecho de bebida que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por saciar. Y en pocos meses el padre estaba en la cárcel, la mujer moribunda, el hijo era un delincuente y las hijas estaban en la calle. Multiplique esto por medio millón, y estará por debajo de la realidad.

No hay espectáculo más sombrío en esta tierra que todo el «espantoso Este», con su Whitechapel, su Hoxton, su Spitalfields, su Bethnal Green y su Wapping hasta los muelles de las Indias Orientales. El color de la vida es gris y apagado. Todo es desamparado, desesperanzado, sin alivio, y sucio. Las bañeras son algo totalmente desconocido, tan míticas como la ambrosía de los dioses. La propia gente es sucia, mientras que cualquier intento de limpieza se convierte en una farsa tremenda, cuando no en algo lamentable y trágico. Extraños y errantes olores llegan flotando con el viento grasiento, y la lluvia, cuando cae, se parece más a la grasa que al agua del cielo. Los propios adoquines están encostrados de grasa.

Aquí vive una población tan opaca e incapaz de imaginar como sus largas millas grises de ladrillo sucio. La religión prácticamente les ha dado la espalda, y un materialismo grosero y estúpido reina, fatal por igual para las cosas del espíritu y para los instintos más refinados de la vida.

Solía ser el orgullo de todo inglés que su hogar fuera su castillo. Pero hoy es un anacronismo. La gente del Gueto no tiene hogar. No conoce el significado y la sacralidad de la vida hogareña. Incluso las viviendas municipales, donde viven los trabajadores de mejor condición, son barracones abarrotados. No tienen vida hogareña. El propio lenguaje lo prueba. El padre que vuelve del trabajo le

pregunta a su hijo en la calle dónde está su madre; y llega la respuesta: «En los bloques.»

Ha surgido una nueva raza, gente de la calle. Pasan la vida trabajando y en las calles. Tienen madrigueras y guaridas en las que arrastrarse a dormir, y eso es todo. No cabe parodiar la palabra llamando «hogares» a tales madrigueras y guaridas. El tradicional inglés silencioso y reservado ha desaparecido. La gente del pavimento es ruidosa, locuaz, de nervios tensos, excitable, cuando aún son jóvenes. A medida que envejecen se van empapando y embruteciendo en cerveza. Cuando no tienen nada más que hacer, rumian como una vaca rumia. Se les encuentra por todas partes, de pie en bordillos y esquinas, mirando al vacío. Obsérvenlos. Permanecerán allí, inmóviles, durante horas, y cuando se vayan lo dejarán aún mirando al vacío. Es sumamente absorbente. No tiene dinero para cerveza, y su guarida es solo para dormir, ¿qué otra cosa le queda por hacer? Ya ha resuelto los misterios del amor de muchacha, del amor de esposa y del amor de hijo, y los ha encontrado ilusiones y falsificaciones, vanos y fugaces como el rocío, que desaparecen rápidamente ante los feroces hechos de la vida.

Como digo, los jóvenes son tensos, nerviosos, excitables; los de mediana edad son vacíos, apáticos y estúpidos. Es absurdo pensar por un instante que pueden competir con los trabajadores del Nuevo Mundo. Brutalizados, degradados y embotados, la gente del Gueto será incapaz de prestar un servicio eficiente a Inglaterra en la lucha mundial por la supremacía industrial que los economistas declaran que ya ha comenzado. Ni como trabajadores ni como soldados podrán estar a la altura cuando Inglaterra, en su necesidad, llame a sus olvidados; y si Inglaterra es expulsada de la órbita industrial del mundo, perecerán como moscas al final del verano. O, con Inglaterra en situación crítica y ellos desesperados como se desesperan las bestias salvajes, pueden convertirse en una amenaza y «bajar a la deriva» hacia el West End para devolver la «visita a los barrios bajos» que el West End les ha hecho en el este. En cuyo caso, ante las ametralladoras y la maquinaria moderna de la guerra, perecerán con mayor rapidez y facilidad.

CAPÍTULO XX

FONDAS Y ALBERGUES

¡Otra expresión que se va diluyendo, despojada del romance y la tradición y todo lo que hace que las expresiones valgan la pena de conservar! Para mí, en adelante, «fonda» tendrá una connotación cualquier cosa menos agradable. Al otro lado del mundo, la mera mención de la palabra bastaba para convocar toda una muchedumbre de sus frequentadores históricos, y para hacer desfilar por la imaginación interminables grupos de ingenios y dándis, panfletistas y bravucones y bohemios del Grub Street.

Pero aquí, en este lado del mundo, ay, el nombre mismo es impropio. Fonda: un lugar donde la gente bebe café. Nada de eso. No se puede obtener café en semejante lugar ni por amor ni por dinero. Es cierto que se puede pedir café, y te traerán algo en una taza que pretende ser café, y lo probarás y te desilusionarás, pues café desde luego no es.

Y lo que es cierto del café es cierto de la fonda. Los obreros, principalmente, frecuentan estos locales, y son locales grasientos y sucios, sin nada en ellos para fomentar la dignidad de un hombre o darle amor propio. Los manteles y las servilletas son desconocidos. Un hombre come en medio de los desperdicios dejados por su

predecesor, y dispersa sus propias migajas a su alrededor y por el suelo. En las horas punta, en tales locales, he caminado positivamente entre la porquería y el desastre que cubría el suelo, y he logrado comer porque tenía un hambre atroz y era capaz de comer cualquier cosa.

Esta parece ser la condición normal del obrero, a juzgar por el brío con que se aplica a la mesa. Comer es una necesidad, y no hay adornos al respecto. Lleva consigo una voracidad primitiva, y estoy convencido de que se va con un apetito bastante sano. Cuando se ve a semejante hombre, de camino al trabajo por la mañana, pedir una pinta de té, que no es más té que ambrosía, sacar de bolsillo un pedazo de pan duro y bajarlo con el primero, tenga por seguro que ese hombre no lleva en el estómago el género correcto, ni suficiente del género incorrecto, para estar en condiciones de emprender su jornada de trabajo. Y además, tenga por seguro que él y mil de sus iguales no producirán la cantidad ni la calidad de trabajo que producirán mil hombres que hayan comido abundantemente de carne y patatas y bebido café que sea café.

Como vagabundo en una cárcel californiana, he recibido mejor comida y bebida que las que recibe el obrero londinense en sus fondas; mientras que como jornalero americano he desayunado por doce peniques de una manera que el jornalero británico no soñaría con desayunar. Desde luego, él pagará solo tres o cuatro peniques por el suyo, lo cual no obstante es tanto como yo pagaba, pues yo ganaría seis chelines frente a sus dos o dos y medio. Pero por otro lado, y a cambio, yo haría en el transcurso del día una cantidad de trabajo que pondría en vergüenza la que hacía él. Así que hay dos caras en el asunto. El hombre con el estándar de vida alto siempre hará más trabajo y mejor que el hombre con el estándar de vida bajo.

Hay una comparación que hacen los marineros entre los servicios mercantes inglés y americano. En un barco inglés, dicen, hay mala comida, mal pago y trabajo fácil; en un barco americano, buena comida, buen pago y trabajo duro. Y esto es aplicable a las

poblaciones trabajadoras de ambos países. Los transatlánticos tienen que pagar por la velocidad y el vapor, y lo mismo el trabajador. Pero si el trabajador no puede pagarlo, no tendrá la velocidad y el vapor, y punto. La prueba de ello es cuando el obrero inglés viene a América. Pondrá más ladrillos en Nueva York que en Londres, aún más en St. Louis, y más todavía cuando llegue a San Francisco. Su estándar de vida ha ido subiendo todo el tiempo.

Temprano por la mañana, a lo largo de las calles frecuentadas por los obreros de camino al trabajo, muchas mujeres se sientan en la acera con sacos de pan al lado. No pocos obreros los compran y se los comen mientras andan. Ni siquiera bajan el pan seco con el té que se consigue por un penique en las fondas. Es incontestable que un hombre no está en condiciones de empezar su jornada de trabajo con una comida así; e igualmente incontestable que la pérdida recaerá sobre su patrón y sobre la nación. Hace algún tiempo los estadistas llevan clamando: «¡Despertad, Inglaterra!» Sería más sensato que cambiaran el estribillo a: «¡Alimentad a Inglaterra!»

No solo está el trabajador mal alimentado, sino que está suciamente alimentado. He estado delante de una carnicería viendo a una horda de especulativas amas de casa revolviéndose los recortes y los trozos y las tiras de vaca y de cordero, que en Estados Unidos serían comida para perros. No respondería de los dedos limpios de esas amas de casa, como no respondería de la limpieza de las habitaciones únicas en que muchas de ellas y sus familias vivían; y sin embargo hurgaban, y manoseaban, y removían el montón con su ansia de conseguir el valor de sus peniques. Mantuve el ojo puesto en un trozo de carne de aspecto especialmente repugnante, y lo seguí a través de las manos de más de veinte mujeres, hasta que tocó en suerte a una mujer de aspecto tímido a quien el carnicero presionó para que se lo llevara. Todo el día ese montón de desperdicios fue aumentando y reduciéndose, con el polvo y la suciedad de la calle cayendo sobre él, las moscas posándose en él, y los dedos sucios dándole vueltas.

Los vendedores ambulantes empujan carretillas llenas de fruta picada y en proceso de pudrición todo el día, y con mucha frecuencia la guardan de noche en su única habitación de vida y dormitorio. Allí se expone a las enfermedades y dolencias, a las exhalaciones y emanaciones viles de la vida abarrotada y podrida, y al día siguiente vuelve a ser transportada para ser vendida.

El pobre trabajador del East End nunca sabe lo que es comer carne o fruta buena y sana; de hecho, raramente come carne o fruta; mientras que el trabajador cualificado no tiene nada de qué presumir en cuanto a lo que come. A juzgar por las fondas, que son un criterio justo, no saben en toda su vida lo que saben el té, el café o el cacao. Los brebajes y hechizos de agua de las fondas, que varían solo en lo aguados y en lo embrujados que están, ni siquiera se aproximan o sugieren lo que usted y yo tenemos por costumbre beber como té y café.

Un pequeño incidente se me viene a la mente, relacionado con una fonda no lejos de Jubilee Street en Mile End Road.

—¿Puede darme algo por esto, señorita? Cualquier cosa, no me importa. No he comido nada en todo el día bendito, y estoy que me caigo...

Era una anciana, vestida con harapos negros decentes, y en la mano sostenía un penique. A quien se había dirigido como «señorita» era una mujer de cuarenta años con pinta de agotada, propietaria y camarera del local.

Esperé, posiblemente tan ansioso como la anciana, para ver cómo sería recibido el ruego. Eran las cuatro de la tarde, y tenía aspecto de estar desfallecida y enferma. La mujer vaciló un instante, luego trajo un gran plato de «estofado de cordero con guisantes tiernos». Yo mismo estaba comiendo un plato, y es mi parecer que el cordero era carnero y que los guisantes podían haber sido más tiernos sin ser jóvenes. Sin embargo, el caso es que el plato se vendía a seis peniques, y la dueña lo dio por un penique, demostrando de nuevo la vieja verdad de que los pobres son los más caritativos.

La anciana, profusa en su gratitud, tomó asiento al otro lado de la estrecha mesa y atacó vorazmente el estofado humeante. Comíamos en silencio y con ahínco los dos, cuando de repente, explosiva y muy alegremente, me gritó:

—¡Vendí una caja de cerillas! Sí —confirmó, si cabe con mayor y más explosiva alegría—. ¡Vendí una caja de cerillas! ¡Así fue como conseguí el penique!

—Debe de tener usted ya bastantes años —sugerí.

—Setenta y cuatro ayer —respondió, y volvió con brío al plato.

—Por Dios, que me gustaría hacer algo por la vieja, eso sí, pero esto es lo primero que pruebo hoy —comentó el joven que estaba a mi lado—. Y solo lo tengo porque tuve la suerte de ganar un chelín suelto fregando, ¡que me lleve el diablo!, no sé cuántas ollas.

—Seis semanas sin trabajo en mi oficio —añadió, respondiendo a mis preguntas—; nada más que trabajillos esporádicos muy de tarde en tarde.

●

En una fonda se tienen toda clase de aventuras, y no olvidaré pronto a una amazona cockney de un local cercano a Trafalgar Square, a quien le tendí una libra al pagar mi cuenta. (Por cierto, se supone que uno paga antes de empezar a comer, y si va mal vestido lo obligan a pagar antes de comer.)

La chica mordió la moneda de oro con los dientes, la hizo resonar en el mostrador, y luego me examinó a mí y a mis harapos con mirada fulminante de arriba abajo.

—¿Dónde la encontraste? —preguntó al cabo.

—Algún primo la dejó en la mesa al salir, ¿no cree? —repliqué.

—¿A qué juegas? —preguntó, mirándome tranquilamente a los ojos.

—Las fabrico —respondí.

Frunció los labios con desdén y me dio el cambio en plata menuda, y me vengué mordiéndola y haciéndola resonar pieza por pieza.

—Le doy medio penique por otro terrón de azúcar en el té —dije.

—Que te den —fue la cortés réplica. Y además amplió la cortés réplica de diversas maneras vívidas e impublicables.

Nunca he tenido mucho talento para la réplica, pero ella me dejó sin el poco que tenía, y me bebí el té como un hombre derrotado, mientras ella se recreaba mirándome incluso cuando me alejé hacia la calle.

Mientras 300.000 personas de Londres viven en pisos de una sola habitación y 900.000 están ilegal y viciosamente alojadas, 38.000 más están registradas como residentes en alojamientos comunes, conocidos en la jerga como «albergues». Hay muchas clases de albergues, pero en una cosa son todos iguales, desde los pequeños y sucios hasta los grandes y enormes que producen un cinco por ciento de beneficios y son elogiados a bombo y platillo por individuos satisfechos de clase media que solo saben de ellos una cosa, y esa única cosa es su inhabitabilidad. Con esto no quiero decir que los tejados tengan goteras o que las paredes sean frías; lo que quiero decir es que la vida en ellos es degradante e insalubre.

«El hotel del pobre», se les llama a menudo, pero la expresión es una caricatura. No tener una habitación para uno mismo, donde sentarse en soledad a veces; verse obligado a levantarse de la cama a la fuerza a primera hora de la mañana; tener que pagar de nuevo cada noche por una cama; y no tener nunca intimidad, es desde luego un modo de existencia muy distinto al de la vida de hotel.

Esto no debe considerarse una condena general de los grandes alojamientos privados y municipales y de los hogares para obreros. Ni mucho menos. Han subsanado muchas de las atrocidades propias de los pequeños albergues irresponsables, y dan al obrero más por su dinero de lo que nunca ha recibido; pero eso no los hace tan

habitables o saludables como debería ser la morada de un hombre que hace su trabajo en el mundo.

Los pequeños albergues privados son, por lo general, horrores sin paliativos. He dormido en ellos y lo sé; pero permítaseme pasarlos por alto y limitarme a los más grandes y mejores. No lejos de Middlesex Street, Whitechapel, entré en uno de esos lugares, un sitio habitado casi en su totalidad por obreros. La entrada era por una escalera que bajaba desde la acera a lo que era propiamente el sótano del edificio. Aquí había dos grandes salas de luz sombría, donde los hombres cocinaban y comían. Yo tenía intención de hacer algo de cocina, pero el olor del lugar me quitó el apetito, o más exactamente, me lo arrancó; así que me contenté con observar cómo otros hombres cocinaban y comían.

Un obrero, de vuelta del trabajo, se sentó enfrente de mí en la tosca mesa de madera y empezó su comida. Un puñado de sal en la mesa no del todo limpia hacía las veces de mantequilla. En ella mojaba el pan, bocado tras bocado, y lo bajaba con té de una gran taza. Un trozo de pescado completaba su lista de platos. Comía en silencio, sin mirar a derecha ni a izquierda ni hacia donde yo estaba. Aquí y allá, en las diversas mesas, otros hombres comían, igual de silenciosamente. En toda la sala apenas se oía una nota de conversación. Una sensación de tristeza impregnaba el lugar mal iluminado. Muchos de ellos estaban sentados y daban vueltas en la mente a las migas de su frugal comida, y me hacían preguntarme, como se preguntaba Childe Roland, qué mal habrían hecho para ser así castigados.

De la cocina llegaban los sonidos de una vida más jovial, y me aventuré al fogón donde los hombres cocinaban. Pero el olor que había notado al entrar era más fuerte allí, y una náusea creciente me empujó a la calle a buscar aire fresco.

A mi regreso pagué cinco peniques por una «cabina», recibí a cambio el recibo en forma de una gran ficha de latón, y subí a la sala de fumadores. Aquí, un par de mesas de billar pequeñas y varios tableros de damas eran utilizados por jóvenes obreros que

esperaban turno por relevos para los juegos, mientras muchos hombres estaban sentados alrededor fumando, leyendo y remendando la ropa. Los jóvenes eran animados; los viejos eran sombríos. De hecho, había dos tipos de hombres: los alegres y los abatidos o apagados, y la edad parecía determinar la clasificación.

Pero ni más que las dos salas del sótano transmitía esta sala la más remota sugerencia de hogar. Ciertamente no podría tener nada de hogareño para usted y para mí, que sabemos lo que es un hogar de verdad. En las paredes había los avisos más absurdos e insultantes que regulaban la conducta de los huéspedes, y a las diez de la noche se apagaban las luces, y no quedaba más que la cama. Esta se obtenía bajando de nuevo al sótano, entregando la ficha de latón a un corpulento portero, y subiendo una larga escalera hacia los pisos superiores. Subí hasta lo alto del edificio y volví a bajar, pasando por varios pisos llenos de hombres dormidos. Las «cabinas» eran el mejor alojamiento; cada cabina permitía el espacio de una camita y el espacio a su lado para desvestirse. La ropa de cama era limpia, y con ella ni con la cama encuentro ningún defecto. Pero no había intimidad, no había soledad.

Para hacerse una idea adecuada de un piso lleno de cabinas, basta con ampliar una capa de las celdillas de cartón de un cartón de huevos hasta que cada celdilla tenga un metro ochenta de altura y las demás dimensiones correspondientemente apropiadas, colocar la capa ampliada en el suelo de una sala grande con aspecto de granero, y ya está. No hay techos para las celdillas, las paredes son delgadas, y los ronquidos de todos los que duermen y cada movimiento de los vecinos más próximos llegan claramente a los oídos. Y esta cabina es tuya solo por un rato. Por la mañana tienes que salir. No puedes meter en ella el baúl, ni ir y venir cuando quieras, ni cerrar la puerta al salir, ni nada por el estilo. De hecho, no hay puerta ninguna, solo un umbral. Si se desea seguir siendo huésped en este hotel del pobre, hay que aguantar todo esto, y los reglamentos carcelarios que le recuerdan a uno constantemente que no es nadie, con poca alma propia y menos que decir al respecto.

Pues bien, sostengo que lo mínimo que debe tener un hombre que hace su jornada de trabajo es una habitación para él solo, donde pueda echar el cerrojo y estar seguro en sus pertenencias; donde pueda sentarse a leer junto a la ventana o mirar al exterior; donde pueda entrar y salir cuando quiera; donde pueda acumular algunas pertenencias personales además de las que lleva en la espalda y en los bolsillos; donde pueda colgar retratos de su madre, de su hermana, de su novia, de bailarinas o de bulldogs, según le plazca, en resumen, un lugar propio sobre la tierra del que pueda decir: «Este es mío, mi castillo; el mundo se detiene en el umbral; aquí soy yo el señor.» Será mejor ciudadano este hombre; y hará mejor su jornada de trabajo.

Me quedé en un piso del hotel del pobre y escuché. Fui de cama en cama y miré a los durmientes. Eran hombres jóvenes, de veinte a cuarenta años en su mayoría. Los viejos no pueden permitirse el hogar del obrero. Van al asilo. Pero miré a los hombres jóvenes, docenas de ellos, y no tenían mala pinta. Sus caras estaban hechas para los besos de las mujeres, sus cuellos para los brazos de las mujeres. Eran amables, como son amables los hombres. Eran capaces de amar. El contacto de una mujer redime y suaviza, y ellos necesitaban esa redención y suavización en lugar de endurecerse cada día más. Y me pregunté dónde estaban esas mujeres, y escuché «la risa ginebrina de la prostituta». Leaman Street, Waterloo Road, Piccadilly, The Strand, me respondieron, y supe dónde estaban.

CAPÍTULO XXI

LA PRECARIEDAD DE LA VIDA

Estaba hablando con un hombre muy rencoroso. En su opinión, su mujer le había perjudicado y la ley le había perjudicado. Los méritos y la moral del caso son irrelevantes. Lo sustancial del asunto es que ella había obtenido una separación, y él estaba obligado a pagar diez chelines semanales para el sustento de ella y los cinco hijos. «Pero fíjese —me dijo—, ¿qué va a pasarle a ella si no pago los diez chelines? Supongamos, veamos, que me ocurre un accidente y no puedo trabajar. Supongamos que me da una hernia, o el reuma, o el cólera. ¿Qué va a hacer, eh? ¿Qué va a hacer?»

Sacudió la cabeza con tristeza. —No hay esperanza para ella. Lo mejor que puede hacer es el asilo, y eso es el infierno. Y si no va al asilo, será un infierno peor. Venga conmigo y le mostraré mujeres durmiendo en un pasillo, una docena de ellas. Y le mostraré cosas peores, a lo que ella llegará si me ocurre algo a mí y se acaban los diez chelines.

La certeza de las previsiones de este hombre merece reflexión. Conocía suficientemente las condiciones para saber lo precario del asidero de su mujer a la comida y al cobijo. Porque para ella la partida estaba perdida cuando su capacidad de trabajo se viera

mermada o destruida. Y cuando se examina este estado de cosas en su aspecto más amplio, lo mismo puede decirse de cientos de miles e incluso millones de hombres y mujeres que viven amigablemente juntos y cooperan en la búsqueda de comida y cobijo.

Las cifras son aterradoras: 1.800.000 personas en Londres viven en el umbral de la pobreza o por debajo, y 1.000.000 viven con un solo salario semanal entre ellas y la indigencia. En toda Inglaterra y Gales, el dieciocho por ciento de la población entera se ve forzado a acudir a la parroquia en busca de ayuda, y en Londres, según las estadísticas del Consejo del Condado de Londres, el veintiuno por ciento de la población entera se ve forzado a acudir a la parroquia en busca de ayuda. Entre verse forzado a acudir a la parroquia en busca de ayuda y ser un pordiosero declarado hay una gran diferencia; y sin embargo Londres mantiene a 123.000 pordioseros, toda una ciudad de gente por sí solos. Uno de cada cuatro en Londres muere de caridad pública, mientras que 939 de cada 1.000 en el Reino Unido mueren en la pobreza; 8.000.000 se debaten simplemente en el filo de la navaja del hambre, y 20.000.000 más no viven con comodidad en el sentido sencillo y limpio de la palabra.

Es interesante profundizar en los detalles de la gente londinense que muere de caridad.

En 1886, y hasta 1893, el porcentaje de indigencia respecto a la población era menor en Londres que en toda Inglaterra; pero desde 1893, y en cada año sucesivo, el porcentaje de indigencia respecto a la población ha sido mayor en Londres que en toda Inglaterra. Sin embargo, del informe del Registrador General de 1886, se extraen las siguientes cifras:

De 81.951 defunciones en Londres (1884):

En asilos: 9.909 En hospitales: 6.559 En manicomios: 278 Total en refugios públicos: 16.746

Comentando estas cifras, un escritor fabiano dice: «Teniendo en cuenta que comparativamente pocos de estos son niños, es probable que uno de cada tres adultos londinenses sea empujado a uno de

estos refugios para morir, y la proporción en el caso de la clase obrera manual debe ser desde luego aún mayor.»

Estas cifras sirven para indicar en cierta medida la proximidad del trabajador medio a la indigencia. Diversas cosas producen la indigencia. Un anuncio, por ejemplo, como este que aparece en el periódico de ayer por la mañana:

«Se busca empleado con conocimientos de taquigrafía, mecanografía y facturación; sueldo diez chelines (2,50 dólares) semanales. Dirigirse por carta», etc.

Y en el periódico de hoy leo de un empleado de treinta y cinco años, interno de un asilo londinense, llevado ante un magistrado por incumplimiento de su tarea. Alegó que había realizado las diversas tareas desde que era interno; pero cuando el director lo puso a romper piedras, le salieron ampollas en las manos y no pudo terminar la tarea. Nunca había manejado nada más pesado que una pluma, dijo. El magistrado lo condenó a él y a sus manos con ampollas a siete días de trabajos forzados.

La vejez, desde luego, produce la indigencia. Y luego está el accidente, lo que ocurre, la muerte o la incapacidad del marido, el padre y el sostén de la familia. Aquí hay un hombre, con mujer y tres hijos, que vive sobre la inestable base de veinte chelines semanales; y hay cientos de miles de familias así en Londres. Por fuerza, para subsistir aunque sea a medias, tienen que gastar hasta el último penique, de modo que un salario semanal (una libra) es todo lo que se interpone entre esta familia y la indigencia o el hambre. La cosa ocurre, el padre es abatido, ¿y entonces qué? Una madre con tres hijos puede hacer poco o nada. O tiene que entregar a sus hijos a la sociedad como pordioseros menores, para quedar libre de hacer algo suficiente por sí misma, o tiene que acudir a los talleres de explotación en busca de trabajo que pueda realizar en el tugurio al que le permite acceder su reducido ingreso. Pero en los talleres de explotación, las mujeres casadas que complementan los ingresos de sus maridos, y las mujeres solteras que solo tienen que mantenerse a sí mismas miserablemente, determinan la escala

salarial. Y esta escala salarial, así determinada, es tan baja que la madre y sus tres hijos solo pueden vivir en una brutalidad absoluta y en semiayuno, hasta que la decadencia y la muerte ponen fin a su sufrimiento.

Para demostrar que esta madre, con tres hijos a su cargo, no puede competir en las industrias de explotación, cito del periódico de la fecha los dos casos siguientes:

Un padre escribe indignado que su hija y una compañera reciben 8,5 peniques por gruesa fabricando cajas. Al día hacen cuatro gruesas. Sus gastos son de 8 peniques de tranvía, 2 peniques de sellos, 2,5 peniques de cola y 1 penique de hilo, de modo que entre las dos ganaban 1 chelín y 9 peniques, o sea un salario diario de 10,5 peniques cada una.

En el segundo caso, comparecido hace unos días ante los Tutores de Luton, se presentó una anciana de setenta y dos años solicitando ayuda. «Era fabricante de sombreros de paja, pero se había visto obligada a abandonar el trabajo por el precio que recibía por ellos, a saber, 2,25 peniques cada uno. Por ese precio tenía que poner ella los ribetes de trenza y fabricar y terminar los sombreros.»

Y sin embargo, esta madre y sus tres hijos que consideramos no han cometido ningún mal para que se les castigue así. No han pecado. La cosa ocurrió, eso es todo; el marido, padre y sostén de la familia, fue abatido. No hay manera de prevenirlo. Es fortuito. Una familia tiene tantas probabilidades de escapar del fondo del Abismo, y tantas de caer directamente en él. Las probabilidades pueden reducirse a cifras frías y despiadadas, y algunas de estas cifras no estarán fuera de lugar.

Sir A. Forwood calcula que:

1 de cada 1.400 obreros es muerto anualmente. 1 de cada 2.500 obreros queda totalmente incapacitado. 1 de cada 300 obreros queda con incapacidad parcial permanente. 1 de cada 8 obreros queda temporalmente incapacitado 3 o 4 semanas.

Pero estos son solo los accidentes de la industria. La elevada mortalidad de las personas que viven en el Gueto desempeña un papel terrible. La edad media de fallecimiento entre la gente del West End es de cincuenta y cinco años; la edad media de fallecimiento entre la gente del East End es de treinta años. Es decir, la persona del West End tiene el doble de posibilidades de vida que la persona del East End. ¡Hablen de guerra! La mortalidad en Sudáfrica y en Filipinas se desvanece hasta la insignificancia. Aquí, en el corazón de la paz, es donde se está derramando la sangre; y aquí ni siquiera rigen las normas civilizadas de la guerra, pues las mujeres y los niños y los bebés en brazos son matados con la misma ferocidad con que matan a los hombres. ¡La guerra! En Inglaterra, cada año, 500.000 hombres, mujeres y niños empleados en las diversas industrias son muertos e incapacitados, o lesionados hasta la invalidez por enfermedades.

En el West End el dieciocho por ciento de los niños mueren antes de los cinco años de edad; en el East End el cincuenta y cinco por ciento de los niños mueren antes de los cinco años de edad. Y hay calles en Londres donde de cada cien niños nacidos en un año, cincuenta mueren durante el año siguiente; y de los cincuenta que quedan, veinticinco mueren antes de los cinco años. ¡Matanza! Herodes no lo hizo tan mal.

Que la industria causa más estragos en la vida humana que la batalla ninguna mejor prueba puede darse que el siguiente extracto de un informe reciente del médico municipal de Liverpool, que no es aplicable solo a Liverpool:

En muchos casos apenas si podía llegar algo de luz del sol a los patios, y la atmósfera dentro de las viviendas era siempre viciada, en gran parte a causa del estado de saturación de las paredes y los techos, que durante tantos años habían absorbido las exhalaciones de los ocupantes en su material poroso. Un testimonio singular de la ausencia de luz solar en estos patios lo proporcionó la actuación del Comité de Parques y Jardines, que deseaba alegrar los hogares de la clase más pobre con obsequios de flores en crecimiento y jardineras

para ventanas; pero estos obsequios no podían hacerse en patios como estos, ya que las flores y las plantas eran susceptibles al entorno malsano y no sobrevivían.

El señor George Haw ha compilado la siguiente tabla sobre las tres parroquias de St. George (parroquias de Londres):

PARROQUIA	% DE POBLACIÓN HACINADA	TASA DE MORTALIDAD POR 1.000
St. George's West	10	13,2
St. George's South	35	23,7
St. George's East	40	26,4

Luego están los «oficios peligrosos», en los que trabajan incontables obreros. Su asidero a la vida es en verdad precario, mucho, mucho más precario que el asidero a la vida del soldado del siglo veinte. En la industria del lino, en la preparación del lino, los pies mojados y la ropa mojada causan una cantidad inusual de bronquitis, neumonía y reumatismo grave; mientras que en los departamentos de cardado e hilado el polvo fino produce enfermedad pulmonar en la mayoría de los casos, y la mujer que empieza a cardar a los diecisiete o dieciocho años comienza a desmoronarse y a deshacerse a los treinta. Los trabajadores químicos, escogidos entre los hombres más fuertes y mejor constituidos que pueden encontrarse, viven, por término medio, menos de cuarenta y ocho años.

Dice el doctor Arlidge acerca del oficio del alfarero: «El polvo del alfarero no mata de repente, sino que se asienta, año tras año, un poco más firmemente en los pulmones, hasta que al fin se forma como una capa de yeso. Respirar se vuelve cada vez más difícil y deprimido, y finalmente cesa.»

El polvo del acero, el polvo de la piedra, el polvo de la arcilla, el polvo de los álcalis, el polvo de la pelusa, el polvo de la fibra: todas

estas cosas matan, y son más letales que las ametralladoras y los cañones de campaña. El peor de todos es el polvo de plomo en los oficios del albayalde. Aquí se describe la típica disolución de una chica joven, sana y bien desarrollada que va a trabajar a una fábrica de albayalde:

Aquí, tras una exposición de duración variable, se vuelve anémica. Puede que sus encías muestren una tenue línea azul, o quizá sus dientes y encías estén perfectamente sanos y no haya línea azul visible. Al mismo tiempo que la anemia, ha ido adelgazando, pero tan gradualmente que apenas lo ha notado ella ni sus amigos. Sin embargo sobrevienen náuseas, y aparecen dolores de cabeza que van aumentando en intensidad. A menudo van acompañados de oscurecimiento de la visión o ceguera temporal. Semejante chica pasa a lo que a sus amigos y al médico les parece histeria ordinaria. Esta va profundizando gradualmente sin previo aviso, hasta que de repente la acomete una convulsión que comienza en la mitad de la cara, luego abarca el brazo y después la pierna del mismo lado del cuerpo, hasta que la convulsión, de carácter violento y puramente epiléptico, se hace universal. Va acompañada de pérdida del conocimiento, del que pasa a una serie de convulsiones que aumentan progresivamente en gravedad, en una de las cuales muere; o se recupera el conocimiento, parcial o totalmente, ya sea por unos minutos, unas horas o unos días, durante los cuales se queja de un violento dolor de cabeza, o delira y se excita como en la manía aguda, o está apagada y hosca como en la melancolía y necesita que la estimulen, cuando se la encuentra confusa y el habla algo afectada. Sin más aviso, salvo que el pulso, que se había vuelto blando con el número de pulsaciones casi normal, se pone de repente bajo y duro, la acomete súbitamente otra convulsión en la que muere, o pasa a un estado de coma del que nunca se recupera. En otro caso, las convulsiones ceden gradualmente, el dolor de cabeza desaparece y la paciente se recupera, solo para descubrir que ha perdido completamente la vista, pérdida que puede ser temporal o permanente.

Y aquí hay algunos casos específicos de envenenamiento por albayalde:

Charlotte Rafferty, una joven mujer bien formada con una constitución espléndida, que no había tenido un día de enfermedad en su vida, se hizo trabajadora del albayalde. Las convulsiones la sorprendieron al pie de la escalera en la fábrica. El doctor Oliver la examinó, encontró la línea azul en las encías que indica que el organismo está bajo la influencia del plomo. Sabía que las convulsiones volverían pronto. Volvieron, y ella murió.

Mary Ann Toler, una chica de diecisiete años que nunca había tenido un ataque en su vida, enfermó tres veces y tuvo que dejar el trabajo en la fábrica. Antes de cumplir los diecinueve mostró síntomas de envenenamiento por plomo: tuvo ataques, echó espuma por la boca y murió.

Mary A., una mujer excepcionalmente robusta, pudo trabajar en la fábrica de plomo durante veinte años, sufriendo cólico solo una vez en todo ese tiempo. Sus ocho hijos murieron todos en la primera infancia por convulsiones. Una mañana, mientras se cepillaba el cabello, esta mujer perdió de repente toda la fuerza en ambas muñecas.

Eliza H., de veinticinco años, tras cinco meses en una fábrica de plomo, fue presa de cólicos. Entró en otra fábrica (tras ser rechazada por la primera) y trabajó ininterrumpidamente durante dos años. Luego volvieron los síntomas anteriores, fue presa de convulsiones y murió en dos días de envenenamiento agudo por plomo.

El señor Vaughan Nash, hablando de la generación nonata, dice: «Los hijos de la trabajadora del albayalde entran al mundo, por regla general, solo para morir de las convulsiones del envenenamiento por plomo: o nacen prematuros, o mueren dentro del primer año.»

Y, por último, déjeseme citar el caso de Harriet A. Walker, una chica joven de diecisiete años, muerta mientras encabezaba una carga desesperada en el campo de batalla industrial. Trabajaba como pintora de esmalte, trabajo en el que se produce

envenenamiento por plomo. Su padre y su hermano estaban los dos sin trabajo. Ocultó su enfermedad, caminó seis kilómetros al día de ida y vuelta al trabajo, ganó sus siete u ocho chelines semanales, y murió a los diecisiete años.

La depresión comercial también desempeña un papel importante en precipitar a los obreros al Abismo. Con un salario semanal entre una familia y la indigencia, un mes de paro forzoso significa una penuria y una miseria casi indescriptibles, de cuyos estragos las víctimas no siempre se recuperan cuando el trabajo vuelve a estar disponible. Ahora mismo los periódicos de la mañana contienen el informe de una reunión de la sección de Carlisle del Sindicato de Estibadores, donde se afirma que muchos de los hombres, durante los últimos meses, no han tenido un ingreso semanal medio de más de cuatro a cinco chelines. El estado de estancamiento de la industria naviera en el puerto de Londres se considera responsable de esta situación.

Para el joven obrero o la joven obrera, o la pareja casada, no hay garantía de una vida madura feliz y sana, ni de una vejez solvente. Por mucho que trabajen, no pueden asegurar su futuro. Todo es cuestión de azar. Todo depende de lo que ocurra, de aquello con lo que ellos no tienen nada que ver. La precaución no puede prevenirlo, ni la astucia esquivarlo. Si permanecen en el campo de batalla industrial, tienen que afrontarlo y probar suerte contra probabilidades enormes. Por supuesto, si están bien dotados y no están atados por obligaciones familiares, pueden huir del campo de batalla industrial. En cuyo caso, lo más seguro que puede hacer el hombre es alistarse en el ejército; y para la mujer, quizá, hacerse enfermera de la Cruz Roja o entrar en un convento. En cualquier caso, tienen que renunciar al hogar y a los hijos y a todo lo que hace que la vida valga la pena de vivirse y que la vejez sea algo distinto a una pesadilla.

CAPÍTULO XXII

EL SUICIDIO

Con la vida tan precaria, y la posibilidad de disfrutar de sus alegrías tan remota, es inevitable que la vida sea barata y el suicidio corriente. Tan corriente es, que no se puede coger un periódico diario sin toparse con él; mientras que un caso de intento de suicidio en un juzgado de guardia no despierta más interés que una borrachera corriente, y se despacha con la misma rapidez e indiferencia.

Recuerdo un caso así en el tribunal de policía del Támesis. Me enorgullezco de tener buen ojo y buen oído, y un conocimiento razonable de los hombres y las cosas; pero debo confesar que, de pie en aquella sala, estaba medio aturdido por la asombrosa velocidad con que borrachos, alborotadores, vagabundos, peleadores, maltratadores de esposas, ladrones, receptadores, jugadores y mujeres de la calle pasaban por la maquinaria de la justicia. El banquillo estaba en el centro del tribunal (donde la luz es mejor), y hacia él y fuera de él desfilaban hombres, mujeres y niños en un flujo tan continuo como el de las sentencias que caían de los labios del magistrado.

Todavía meditaba sobre un «receptor» tuberculoso que había alegado incapacidad para trabajar y necesidad de mantener a mujer e hijos, y al que habían condenado a un año de trabajos forzados, cuando apareció en el banquillo un muchacho joven de unos veinte años. «Alfred Freeman», capté su nombre, pero no llegué a captar los cargos. Una mujer robusta y de aspecto maternal surgió en el estrado de los testigos y comenzó su testimonio. Era la mujer del encargado de la esclusa de Britannia, supe. La hora, de noche; un chapuzón; corrió a la esclusa y encontró al acusado en el agua.

Clavé la mirada en él desde ella. Así que ese era el cargo: tentativa de suicidio. Estaba allí aturdido y ajeno a todo, con el bonito cabello castaño alborotado sobre la frente, el rostro ojeroso y lleno de preocupaciones y todavía juvenil.

—Sí, señoría —decía la mujer del encargado—. Por mucho que tiraba para sacarlo, él volvía a arrastrarse adentro. Entonces pedí ayuda a voces, y acertaron a pasar unos trabajadores, y lo sacamos y lo entregamos al agente.

El magistrado felicitó a la mujer por su vigor muscular, y la sala se rió; pero lo único que yo veía era a un chico en el umbral de la vida, arrastrándose apasionadamente hacia una muerte en el barro, y en eso no había motivo de risa.

Había un hombre en el estrado de los testigos declarando a favor de la buena conducta del chico y aportando atenuantes. Era el capataz del muchacho, o lo había sido. Alfred era un buen chico, pero había tenido muchos problemas en casa, asuntos de dinero. Y además su madre estaba enferma. Era propenso a preocuparse, y se preocupaba por ello hasta dejarse caer y no estar en condiciones de trabajar. Él (el capataz), por el bien de su propia reputación, siendo el trabajo del chico malo, se había visto forzado a pedirle que dimitiera.

—¿Tiene algo que decir? —preguntó el magistrado abruptamente.

El chico en el banquillo murmuró algo indistintamente. Seguía aturdido.

—¿Qué dice, agente? —preguntó el magistrado con impaciencia.

El robusto hombre de uniforme azul inclinó el oído hacia los labios del acusado, y luego respondió en voz alta: «Dice que lo siente mucho, señoría.»

—Prórroga —dijo su señoría; y el caso siguiente ya estaba en marcha, con el primer testigo ya prestando juramento. El chico, aturdido y ajeno, salió con el carcelero. Eso fue todo, cinco minutos de principio a fin; y dos brutos corpulentos en el banquillo se esforzaban tenazmente en hacerse el uno al otro responsable de la posesión de una caña de pescar robada, que valía probablemente diez centavos.

El principal problema de estos pobres diablos es que no saben cómo suicidarse, y por lo general tienen que intentarlo dos o tres veces antes de conseguirlo. Esto, comprensiblemente, es un fastidio horrible para los agentes y los magistrados, y les causa inacabables molestias. A veces, sin embargo, los magistrados son sinceramente explícitos en el asunto, y reprenden a los acusados por la flojedad de sus intentos. Por ejemplo, el señor R. S---, presidente de los magistrados de S--- B---, en el caso de hace unos días de Ann Wood, que intentó acabar con su vida en el canal: «Si quería hacerlo, ¿por qué no lo hizo y acabó de una vez?» —exigió saber el indignado señor R. S---—. «¿Por qué no se metió debajo del agua y acabó con todo, en lugar de darnos a todos este trabajo y esta molestia?»

La pobreza, la miseria y el miedo al asilo son las principales causas del suicidio entre las clases trabajadoras. «Me ahogaré antes de entrar en el asilo», dijo Ellen Hughes Hunt, de cincuenta y dos años. El miércoles pasado celebraron una investigación sobre su cuerpo en Shoreditch. Su marido vino del asilo de Islington a testificar. Había sido quesero, pero el fracaso de su negocio y la pobreza lo habían empujado al asilo, adonde su mujer se había negado a acompañarlo.

La vieron por última vez a la una de la mañana. Tres horas después se encontraron en el camino de sirga del canal de Regent su sombrero y su chaqueta, y más tarde su cuerpo fue sacado del

agua. Veredicto: Suicidio en estado de enajenación mental transitoria.

Tales veredictos son crímenes contra la verdad. La Ley es una mentira, y a través de ella los hombres mienten con la mayor desvergüenza. Por ejemplo, una mujer deshonrada, abandonada y escupida por sus allegados, se da a ella y a su bebé una dosis de láudano. El bebé muere; pero ella sobrevive tras unas semanas en el hospital, es acusada de asesinato, condenada y sentenciada a diez años de penitenciaría. Al recuperarse, la Ley la hace responsable de sus actos; y sin embargo, si hubiera muerto, la misma Ley habría dictado un veredicto de enajenación mental transitoria.

Ahora bien, considerando el caso de Ellen Hughes Hunt, es tan justo y lógico decir que su marido estaba en estado de enajenación mental transitoria cuando entró en el asilo de Islington, como decir que ella estaba en estado de enajenación mental transitoria cuando se metió en el canal de Regent. En cuanto a cuál de los dos es el lugar de estancia preferible es cuestión de opinión, de juicio intelectual. Yo, por mi parte, por lo que sé de canales y asilos, elegiría el canal si estuviera en una situación similar. Y me atrevo a sostener que no estoy más loco que Ellen Hughes Hunt, su marido y el resto del rebaño humano.

El hombre ya no sigue el instinto con la antigua fidelidad natural. Se ha convertido en una criatura razonadora, y puede intelectualmente aferrarse a la vida o descartarla según la vida parezca prometer mucha alegría o mucho dolor. Me atrevo a afirmar que Ellen Hughes Hunt, estafada y defraudada de todas las alegrías de la vida que cincuenta y dos años de servicio en el mundo le habían ganado, sin nada ante ella salvo los horrores del asilo, fue muy racional y ecuánime cuando decidió saltar al canal. Y me atrevo a afirmar, además, que el jurado habría hecho algo más sabio dictando un veredicto que acusara a la sociedad de enajenación mental transitoria por haber permitido que Ellen Hughes Hunt fuera estafada y defraudada de todas las alegrías de la vida que cincuenta y dos años de servicio en el mundo le habían ganado.

¡Enajenación mental transitoria! ¡Ah, estas malditas frases, estas mentiras del lenguaje, tras las que la gente con comida en el estómago y camisa entera en la espalda se protege y elude la responsabilidad hacia sus hermanos y hermanas con el estómago vacío y sin camisa entera en la espalda!

De un número del Observer, un periódico del East End, extraigo los siguientes sucesos cotidianos:

Un fogonero de barco llamado Johnny King fue acusado de tentativa de suicidio. El miércoles, el acusado fue a la comisaría de Bow y declaró que había ingerido una cantidad de pasta de fósforo, ya que estaba en apuros y no podía encontrar trabajo. King fue llevado adentro y se le administró un emético, con el que vomitó una cantidad del veneno. El acusado dijo ahora que lo sentía mucho. Aunque tenía dieciséis años de buena conducta, era incapaz de encontrar trabajo de ningún tipo. El señor Dickinson hizo que el acusado esperara para que lo viera el misionero del tribunal.

Timothy Warner, de treinta y dos años, fue puesto en prisión provisional por un delito similar. Se tiró del muelle de Limehouse, y al ser rescatado dijo: «Tenía intención de hacerlo.»

Una joven de aspecto respetable llamada Ellen Gray quedó en prisión provisional acusada de tentativa de suicidio. Hacia las ocho y media del domingo por la mañana el agente 834 K encontró a la acusada tendida en un portal de Benworth Street, en estado muy somnoliento. Sostenía un frasco vacío en una mano, y declaró que unas dos o tres horas antes había ingerido una cantidad de láudano. Como estaba evidentemente muy enferma, se llamó al médico de la división, que, tras administrarle café, ordenó que se la mantuviera despierta. Al ser acusada, declaró que la razón por la que había intentado quitarse la vida era que no tenía ni hogar ni amigos.

No digo que todas las personas que se suicidan estén cuerdas, como tampoco digo que todas las que no se suicidan estén cuerdas. La inseguridad de la comida y el cobijo, por cierto, es una gran causa de locura entre los vivos. Los vendedores ambulantes y los

buhoneros, una clase de trabajadores que viven al día más que los de cualquier otra clase, forman el porcentaje más alto de los internados en los manicomios. Entre los hombres, cada año 26,9 de cada 10.000 enloquecen, y entre las mujeres, 36,9. En cambio, entre los soldados, que al menos tienen asegurada la comida y el techo, 13 de cada 10.000 enloquecen; y entre los agricultores y ganaderos, solo 5,1. De modo que un vendedor ambulante tiene el doble de probabilidades de perder la razón que un soldado, y cinco veces más que un agricultor.

La desgracia y la miseria son muy poderosas para trastornar la cabeza de las personas, y llevan a una al manicomio, y a otra a la morgue o a la horca. Cuando la cosa ocurre, y el padre y esposo, con todo su amor por la mujer y los hijos y su voluntad de trabajar, no puede conseguir trabajo, es sencillo que la razón se tambalee y que la luz en su cerebro se apague. Y es especialmente sencillo cuando se tiene en cuenta que su cuerpo está asolado por la desnutrición y la enfermedad, además de tener el alma desgarrada por la visión del sufrimiento de su mujer y sus pequeños.

«Es un hombre de buen aspecto, con una masa de cabello negro, ojos oscuros y expresivos, nariz y mentón finamente cincelados, y bigote ondulado y rubio.» Esta es la descripción del periodista de Frank Cavilla tal como se encontraba en el tribunal, en ese sombrío mes de septiembre, «vestido con un traje gris muy gastado y sin cuello».

Frank Cavilla vivía y trabajaba como decorador de viviendas en Londres. Lo describen como un buen trabajador, un hombre formal y sin afición a la bebida, mientras que todos sus vecinos coinciden en testificar que era un marido y padre gentil y afectuoso.

Su mujer, Hannah Cavilla, era una mujer grande, hermosa y alegre. Se ocupaba de que sus hijos fueran enviados arreglados y limpios (todos los vecinos lo notaban) a la escuela pública de Childeric Road. Y así, con semejante hombre, tan afortunado, trabajando con regularidad y viviendo sobriamente, todo iba bien, y la suerte les sonreía.

Entonces ocurrió. Trabajaba para un tal señor Beck, constructor, y vivía en una de las casas de su empleador en Trundley Road. El señor Beck fue arrojado de su carro y murió. La cosa fue un caballo desbocado, y, como digo, ocurrió. Cavilla tuvo que buscar nuevo empleo y encontrar otra casa.

Esto sucedió dieciocho meses atrás. Durante dieciocho meses libró la gran batalla. Encontró habitaciones en una casa pequeña de Batavia Road, pero no podía llegar a fin de mes. No podía conseguir trabajo estable. Luchó valientemente con todo tipo de trabajos eventuales, viendo morir de hambre ante sus ojos a su mujer y sus cuatro hijos. Se privó él mismo de comer, se debilitó y cayó enfermo. Esto fue hace tres meses, y entonces no había absolutamente nada de comer. No se quejaron, no dijeron nada; pero los pobres saben. Las amas de casa de Batavia Road les enviaban comida, pero los Cavilla eran tan respetables que la comida se enviaba de manera anónima, misteriosa, para no herir su orgullo.

La cosa había ocurrido. Había luchado, y pasado hambre, y sufrido durante dieciocho meses. Se levantó una mañana de septiembre, temprano. Abrió su navaja. Degolló a su mujer, Hannah Cavilla, de treinta y tres años. Degolló a su primogénito, Frank, de doce años. Degolló a su hijo Walter, de ocho años. Degolló a su hija Nellie, de cuatro años. Degolló a su benjamín, Ernest, de dieciséis meses. Luego veló junto a los muertos todo el día hasta la tarde, cuando llegó la policía, y les dijo que pusieran un penique en la ranura del contador del gas para que tuvieran luz con la que ver.

Frank Cavilla se encontraba en el tribunal, vestido con un traje gris muy gastado y sin cuello. Era un hombre de buen aspecto, con una masa de cabello negro, ojos oscuros y expresivos, nariz y mentón finamente cincelados, y bigote ondulado y rubio.

CAPÍTULO XXIII

LOS NIÑOS

«Donde el hogar es un cuchitril, y nos arrastramos aburridos, olvidando que el mundo es hermoso.»

Hay una sola vista hermosa en el East End, y solo una, y son los niños bailando en la calle cuando el organillero hace su ronda. Es fascinante observarlos: los recién nacidos, la próxima generación, balanceándose y marcando el paso, con graciosas imitaciones y elegantes invenciones enteramente suyas, con músculos que se mueven rápida y fácilmente, y cuerpos que saltan con ligereza, tejiendo ritmos que nunca se enseñan en las escuelas de danza.

He hablado con estos niños, aquí, allá y en todas partes, y me parecieron tan listos como los demás niños, y en muchos sentidos incluso más listos. Tienen una imaginación muy activa. Su capacidad de proyectarse al reino de la novela y la fantasía es notable. Una vida gozosa retozona en su sangre. Se deleitan con la música, y el movimiento, y el color, y muy a menudo dejan traslucir una belleza asombrosa de rostro y de forma bajo su suciedad y sus harapos.

Pero hay un Flautista de Hamelín en la ciudad de Londres que se los lleva a todos. Desaparecen. No se los vuelve a ver nunca, ni

nada que se les parezca. Se puede buscarlos en vano entre la generación de los adultos. Aquí se encuentran formas achaparradas, rostros feos, y mentes torpes y embotadas. La gracia, la belleza, la imaginación, toda la elasticidad de la mente y el músculo, han desaparecido. A veces, sin embargo, se puede ver a una mujer, no necesariamente vieja, pero retorcida y deformada más allá de toda feminidad, hinchada y borracha, levantando sus faldas andrajosas y ejecutando unos pasos grotescos y torpes en la acera. Es un indicio de que una vez fue una de esas niñas que bailaban para el organillero. Esos pasos grotescos y torpes son todo lo que queda de la promesa de la infancia. En los oscuros recovecos de su cerebro ha surgido un fugaz recuerdo de que una vez fue una niña. La muchedumbre se cierra en torno a ella. Niñas pequeñas bailan junto a ella, en torno a ella, con todas las gracias bonitas que ella recuerda vagamente, pero que ya no puede hacer más que parodiar con su cuerpo. Luego jadea sin aliento, agotada, y se tambalea fuera del círculo. Pero las niñas siguen bailando.

Los niños del Gueto poseen todas las cualidades que hacen a una hombría y una feminidad nobles; pero el propio Gueto, como una tigresa enfurecida que se vuelve contra su prole, se vuelve contra ellas y las destruye todas, apaga la luz y la risa, y moldea a los que no mata en criaturas embotadas y desoladas, burdas, degradadas y miserables por debajo de los animales del campo.

En cuanto al modo en que esto se hace, lo he descrito en extenso en capítulos anteriores; aquí que lo describa brevemente el profesor Huxley:

«Cualquiera que esté familiarizado con el estado de la población de todos los grandes centros industriales, ya sea en este u otros países, sabe que en una parte grande y creciente de esa población reina soberana... aquella condición que los franceses llaman *la misère*, palabra para la que no creo que exista un equivalente inglés exacto. Es una condición en la que no pueden obtenerse la comida, el calor y la ropa necesarios para el mero mantenimiento de las funciones del cuerpo en su estado normal; en la que hombres,

mujeres y niños se ven forzados a hacinarse en guaridas donde la decencia es abolida, y las condiciones más ordinarias de la existencia saludable son imposibles de alcanzar; en la que los placeres al alcance se reducen a la brutalidad y la embriaguez; en la que los dolores se acumulan con interés compuesto en forma de hambre, enfermedad, desarrollo raquítico y degradación moral; en la que las perspectivas incluso de un trabajo constante y honrado es una vida de lucha sin éxito contra el hambre, coronada por una tumba de pordiosero.»

En semejantes condiciones, las perspectivas de los niños son desesperanzadas. Mueren como moscas, y los que sobreviven, sobreviven porque poseen una vitalidad excesiva y una capacidad de adaptación a la degradación que los rodea. No tienen vida hogareña. En las guaridas y madrigueras en que viven están expuestos a todo lo obscuro e indecente. Y del mismo modo que sus mentes son corrompidas, sus cuerpos son corrompidos por el mal saneamiento, el hacinamiento y la subalimentación. Cuando un padre y una madre viven con tres o cuatro hijos en una habitación donde los niños se turnan para ahuyentar a las ratas de los durmientes, cuando esos niños nunca tienen suficiente para comer y son víctimas y vueltos miserables y débiles por los parásitos que pululan, el tipo de hombres y mujeres que harán los supervivientes puede imaginarse fácilmente.

«Desesperación sorda y miseria los rodean desde su nacimiento; maldiciones feas, regocijo más feo aún, son su primera nana.»

Un hombre y una mujer se casan y establecen una casa en una sola habitación. Sus ingresos no aumentan con los años, aunque su familia sí, y el hombre tiene mucha suerte si puede conservar la salud y el trabajo. Llega un bebé, y luego otro. Esto significa que habría que conseguir más espacio; pero esas bocas y cuerpos pequeños suponen gastos adicionales y hacen absolutamente imposible conseguir alojamientos más espaciosos. Llegan más bebés. No hay sitio para darse la vuelta. Los pequeños se echan a la calle, y cuando tienen doce o catorce años el problema del espacio

llega al límite, y salen a la calle definitivamente. El chico, si tiene suerte, puede arreglárselas para llegar a las casas de alojamiento comunes, y puede tener cualquiera de varios destinos. Pero la chica de catorce o quince años, forzada de esta manera a abandonar la única habitación llamada hogar, y capaz de ganar en el mejor de los casos unos míseros cinco o seis chelines semanales, solo puede tener un fin. Y el amargo final de ese único fin es como el de la mujer cuyo cuerpo encontró esta mañana la policía en un portal de Dorset Street, Whitechapel. Sin hogar, sin cobijo, enferma, sin nadie con ella en su última hora, había muerto de noche por exposición a la intemperie. Tenía sesenta y dos años y era vendedora de cerillas. Murió como muere un animal salvaje.

Tengo fresca en la mente la imagen de un chico en el banquillo de un juzgado de guardia del East End. Su cabeza apenas se veía por encima de la barandilla. Estaba siendo declarado culpable de robar dos chelines a una mujer, que había gastado, no en caramelos y pasteles y pasándola bien, sino en comida.

—¿Por qué no le pidió comida a la mujer? —exigió el magistrado, en un tono algo ofendido—. Seguramente le habría dado algo de comer.

—Si se lo hubiera pedido, me habrían encerrado por mendigar — fue la respuesta del chico.

El magistrado frunció el ceño y aceptó el reproche. Nadie conocía al chico, ni a su padre ni a su madre. Estaba sin principio ni antecedentes, un vagabundo, un extraviado, un cachorro joven que buscaba su comida en la jungla del imperio, depredando a los débiles y siendo depredado por los fuertes.

La gente que intenta ayudar, que recoge a los niños del Gueto y los lleva de excursión al campo por un día, cree que no son muchos los niños que llegan a los diez años sin haber tenido al menos un día allí. Al respecto, un escritor dice: «No debe subestimarse el cambio mental provocado por un día así pasado. Cualesquiera que sean las circunstancias, los niños aprenden el significado de los campos y los

bosques, de modo que las descripciones de los paisajes del campo en los libros que leen, que antes no les causaban ninguna impresión, se vuelven ahora inteligibles.»

¡Un día en los campos y los bosques, si tienen la suerte de ser recogidos por la gente que intenta ayudar! Y están naciendo más deprisa cada día de lo que pueden ser llevados a los campos y los bosques para ese único día de sus vidas. ¡Un día! ¡En toda su vida, un día! Y para el resto de los días, como le dijo el chico a cierto obispo: «A los diez hacemos novillos; a los trece robamos cosas; y a los dieciséis partimos la crisma al policía.» Es decir, a los diez hacen novillos, a los trece roban, y a los dieciséis son gamberros suficientemente desarrollados para golpear a los policías.

El reverendo J. Cartmel Robinson cuenta la historia de un niño y una niña de su parroquia que se pusieron a caminar hacia el bosque. Anduvieron y anduvieron por las interminables calles, esperando siempre verlo de un momento a otro; hasta que al fin se sentaron, desfallecidos y desesperanzados, y los rescató una mujer amable que los devolvió a casa. Evidentemente habían pasado por alto de la gente que intenta ayudar.

El mismo caballero es la fuente de la afirmación de que en una calle de Hoxton (un barrio del vasto East End), más de setecientos niños de entre cinco y trece años viven en ochenta casas pequeñas. Y añade: «Es porque Londres ha encerrado en gran medida a sus hijos en un laberinto de calles y casas y les ha robado su herencia legítima de cielo y campo y arroyo, por lo que crecen convirtiéndose en hombres y mujeres físicamente incapacitados.»

Cuenta la historia de un miembro de su congregación que alquiló un sótano a una pareja casada. «Dijeron que tenían dos hijos; cuando tomaron posesión resultó que tenían cuatro. Al cabo de un tiempo apareció un quinto, y el arrendador les dio aviso de desahucio. No le hicieron caso. Entonces vino el inspector sanitario, que tan a menudo tiene que hacer la vista gorda ante la ley, y amenazó a mi amigo con procedimientos legales. Este alegó que no podía echarlos. Ellos alegaron que nadie los quería con tantos hijos a

un alquiler a su alcance, que es una de las quejas más corrientes de los pobres, por cierto. ¿Qué había que hacer? El arrendador estaba entre dos piedras de molino. Al final acudió al magistrado, que mandó un funcionario a investigar el caso. Desde entonces han pasado unos veinte días, y aún no se ha hecho nada. ¿Es este un caso singular? En absoluto; es bastante corriente.»

La semana pasada la policía hizo una redada en un local de mala reputación. En una habitación se encontraron dos niños pequeños. Fueron detenidos y acusados de ser internos igual que lo habían sido las mujeres. Su padre compareció en el juicio. Declaró que él mismo, su mujer y dos hijos mayores, además de los dos del banquillo, ocupaban esa habitación; declaró también que la ocupaba porque no podía encontrar otra habitación por la media corona semanal que pagaba por ella. El magistrado puso en libertad a los dos menores delincuentes y advirtió al padre de que estaba criando a sus hijos de manera insalubre.

Pero no hay necesidad de multiplicar más los ejemplos. En Londres la matanza de los inocentes se lleva a cabo a una escala más colosal que ninguna otra en la historia del mundo. Y de igual tamaño es la indiferencia de la gente que cree en Cristo, reconoce a Dios y va a la iglesia con regularidad los domingos. El resto de la semana se regodean en las rentas y los beneficios que les llegan del East End, manchados con la sangre de los niños. También, a veces, tan peculiarmente están hechos, tomarán la mitad de un millón de esas rentas y beneficios y lo mandarán lejos para educar a los chicos negros del Sudán.

CAPÍTULO XXIV

UNA VISIÓN DE LA NOCHE

Todos estos eran hace años pequeños infantes rojos y pulposos, capaces de ser amasados, horneados, en cualquier forma social que uno eligiera. — CARLYLE.

Anoche tarde caminé a lo largo de Commercial Street desde Spitalfields hasta Whitechapel, y siguiendo aún hacia el sur, bajé por Lemn Street hasta los muelles. Y mientras caminaba me sonreía ante los periódicos del East End que, llenos de orgullo cívico, proclaman jactanciosamente que no hay nada malo en el East End como lugar donde vivir hombres y mujeres.

Es bastante difícil contar la décima parte de lo que vi. Mucho de ello es innarrable. Pero en términos generales puedo decir que vi una pesadilla, una ciénaga aterradora que animaba el pavimento de vida, una masa de obscenidad indecible que eclipsaba el «horror nocturno» de Piccadilly y The Strand. Era una jaula de bípedos vestidos que se parecían algo a los humanos y más a las bestias, y para completar el cuadro, guardias con botones de latón mantenían el orden entre ellos cuando gruñían con demasiada ferocidad.

Me alegré de que los guardias estuvieran allí, pues yo no llevaba la ropa de «marinero», y era lo que se llama una «presa» para las criaturas de rapiña que merodeaban de arriba abajo. A veces, entre un guarda y otro, estos machos me miraban fijamente, con hambre, lobos de alcantarilla que eran, y temía sus manos, sus manos desnudas, como puede temerse las zarpas de un gorila. Me recordaban a gorilas. Sus cuerpos eran pequeños, mal formados y achaparrados. No había músculos abultados, ni tendones abundantes ni hombros anchos y extendidos. Mostraban, más bien, una economía elemental de la naturaleza, tal como deben haberla mostrado los hombres de las cavernas. Pero había fuerza en esos cuerpos exiguos, la fuerza feroz y primordial de agarrar y asir y desgarrar y despedazar. Cuando se lanzan sobre su presa humana se sabe incluso que doblan a la víctima hacia atrás y tuercen el cuerpo hasta romperle la espalda. No poseen ni conciencia ni sentimiento, y matarán por medio soberano, sin miedo ni favor, si se les da media oportunidad. Son una nueva especie, una raza de salvajes urbanos. Las calles y las casas, los callejones y los patios son sus cotos de caza. Como el valle y la montaña para el salvaje natural, la calle y el edificio son el valle y la montaña para ellos. El barrio miserable es su jungla, y en la jungla viven y acechan.

La querida gente acomodada de los dorados teatros y las mansiones maravillosas del West End no ve a estas criaturas, no sueña con que existen. Pero están ahí, vivas, muy vivas en su jungla. ¡Y ay del día en que Inglaterra pelee en su última trinchera y sus hombres en forma estén en la línea de fuego! Porque ese día saldrán reptando de sus guaridas y madrigueras, y la gente del West End los verá, como los queridos y acomodados aristócratas de la Francia feudal los vieron y se preguntaron unos a otros: «¿De dónde han venido?» «¿Son hombres?»

Pero no eran las únicas bestias que rondaban la jaula. Estaban solo aquí y allá, al acecho en oscuros patios y pasando como sombras grises junto a las paredes; pero las mujeres de cuyos podridos lomos brotan estaban en todas partes. Mendigaban insolentes, y con tonos ebrios me pedían peniques, y cosas peores.

Celebraban farras en cada taberna, desgreñadas, desaliñadas, con los ojos vidriosos y el cabello alborotado, lascivas y balbuceantes, rebosando suciedad y corrupción, y, perdidas en el libertinaje, despatarradas sobre bancos y mostradores, repugnantes de manera indescriptible, espantosas de contemplar.

Y había otras, extraños y peregrinos rostros y formas y monstruosidades retorcidas que me empujaban por todos lados, tipos inconcebibles de sórdida fealdad, los naufragios de la sociedad, los cadáveres ambulantes, las muertes vivientes: mujeres, arrasadas por la enfermedad y la bebida hasta que su vergüenza no alcanzaba ni dos peniques en el mercado abierto; y hombres, con harapos fantásticos, torcidos por las penalidades y la intemperie más allá de todo parecido con el hombre, sus rostros en una perpetua mueca de dolor, riendo de manera idiota, tambaleándose como simios, muriéndose con cada paso que daban y cada aliento que tomaban. Y había chicas jóvenes, de dieciocho y veinte años, con cuerpos esbeltos y rostros aún no tocados por la torsión ni la hinchazón, que habían llegado directamente al fondo del Abismo en una caída rápida y única. Y recuerdo a un muchacho de catorce años, y a otro de seis o siete, de cara pálida y enfermiza, sin hogar los dos, que estaban sentados en la acera con las espaldas contra una reja y lo contemplaban todo.

¡Los inútiles y los superfluos! La industria no los reclama. No hay puestos de trabajo que queden vacantes por falta de hombres y mujeres. Los estibadores se apiñan en la puerta de entrada, y maldicen y se van cuando el capataz no los llama. Los ingenieros que tienen trabajo pagan seis chelines semanales a sus compañeros ingenieros que no encuentran nada que hacer; 514.000 trabajadores textiles se oponen a una resolución que condena el empleo de niños menores de quince años. Se encuentran mujeres, y de sobra, dispuestas a trabajar bajo los amos de los talleres de explotación por diez peniques al día de catorce horas. Alfred Freeman se arrastra hacia una muerte lodosa porque pierde el trabajo. Ellen Hughes Hunt prefiere el canal de Regent al asilo de Islington. Frank Cavilla

degüella a su mujer y a sus hijos porque no puede encontrar trabajo suficiente para darles comida y cobijo.

¡Los inútiles y los superfluos! Los miserables y despreciados y olvidados, muriendo en las matanzas sociales. La prole de la prostitución: de la prostitución de hombres y mujeres y niños, de carne y sangre, y brillo y espíritu; en suma, la prostitución del trabajo. Si esto es lo mejor que la civilización puede hacer por el ser humano, dennos entonces el aullante salvajismo desnudo. Mucho mejor ser un pueblo del desierto y la estepa, de la caverna y el lugar de acampada, que ser un pueblo de la máquina y el Abismo.

CAPÍTULO XXV

EL CLAMOR DEL HAMBRE

—Mi padre tiene más aguante que yo, porque nació en el campo.

El que hablaba, un joven del East End de semblante inteligente, lamentaba su escaso desarrollo físico.

—Mire mi brazo enclenque. —Se subió la manga—. No tener suficiente para comer, eso es lo que le pasa. Bueno, no ahora. Ahora como lo que quiero. Pero es demasiado tarde. Ya no puede compensar lo que no comí de niño. Papá subió a Londres desde el Fen Country. Mi madre murió, y éramos seis críos y papá viviendo en dos habitaciones pequeñas.

—Lo pasó mal, papá. Podría habernos abandonado, pero no lo hizo. Se esclavizó todo el día, y por la noche venía a casa y cocinaba y nos cuidaba. Era padre y madre a la vez. Hizo todo lo que pudo, pero no teníamos suficiente para comer. Rara vez veíamos carne, y entonces de la peor. Y no es bueno para los niños que crecen sentarse a cenar pan y un poco de queso, y no suficiente siquiera.

—¿Y cuál es el resultado? Soy de talla baja, y no tengo el aguante de papá. Me lo arrancaron de pequeño. En un par de generaciones ya no habrá más de los míos aquí en Londres. Sin embargo, está mi

hermano menor; es más grande y está mejor desarrollado. Verá, papá y nosotros los chicos nos mantuvimos unidos, y eso lo explica.

—Pero no lo entiendo —objeté—. Pensaría que, en esas condiciones, la vitalidad debería decrecer y los hijos menores nacer cada vez más débiles.

—No cuando se mantienen unidos —respondió—. Siempre que encuentre por el East End a un niño de entre ocho y doce años, bien formado, bien desarrollado y de aspecto saludable, pregúntele y encontrará que es el más pequeño de la familia, o al menos uno de los menores. El modo de funcionar es este: los hijos mayores pasan más hambre que los menores. Cuando los menores van llegando, los mayores empiezan a trabajar, y entra más dinero, y hay más comida para repartir.

Se bajó la manga, ejemplo concreto de cuando la semiinanición crónica no mata pero raquitiza. Su voz era solo una entre las miríadas que elevan el clamor del hambre en el mayor imperio del mundo. En cualquier día, más de 1.000.000 de personas reciben ayuda de la beneficencia pública en el Reino Unido. Uno de cada once de toda la clase trabajadora recibe ayuda de la beneficencia pública en el transcurso del año; 37.500.000 personas reciben menos de 12 libras al mes por familia; y un ejército constante de 8.000.000 vive en el filo de la navaja del hambre.

Una comisión del consejo escolar del Condado de Londres hace esta declaración: «En algunos momentos, cuando no hay ninguna penuria especial, 55.000 niños en estado de hambre, que hace inútil todo intento de enseñarles, están en las escuelas de Londres solamente.» Las cursivas son mías. «Cuando no hay ninguna penuria especial» significa tiempos de bonanza en Inglaterra; pues la gente de Inglaterra ha llegado a considerar el hambre y el sufrimiento, que llaman «penuria», como parte del orden social. El hambre crónica se considera como algo natural. Solo cuando el hambre aguda hace su aparición a gran escala creen que ocurre algo insólito.

Nunca olvidaré el amargo lamento de un ciego en una pequeña tienda del East End al final de un día oscuro y sombrío. Había sido el mayor de cinco hijos, con madre y sin padre. Al ser el mayor, había pasado hambre y trabajado de niño para poner pan en la boca de sus hermanos y hermanas pequeños. No más de una vez en tres meses probaba la carne. Nunca supo lo que era tener el hambre bien satisfecha. Y afirmaba que esta inanición crónica de su infancia le había robado la vista. Como apoyo de la afirmación, citaba el informe de la Comisión Real sobre los Ciegos: «La ceguera es más prevalente en los distritos pobres, y la pobreza acelera esta terrible aflicción.»

Pero fue más lejos, este ciego, y en su voz había la amargura de un hombre afligido a quien la sociedad no daba suficiente para comer. Era uno de un enorme ejército de ciegos en Londres, y dijo que en los hogares de ciegos no recibían ni la mitad de lo suficiente para comer. Dio la dieta de un día:

Desayuno: $\frac{3}{4}$ de pinta de gachas y pan seco. Comida: 90 g de carne, una rebanada de pan, 250 g de patatas. Cena: $\frac{3}{4}$ de pinta de gachas y pan seco.

Oscar Wilde, que Dios descansa su alma, voz del clamor del niño en la cárcel, que en mayor o menor grado es el clamor del hombre y la mujer en la cárcel:

«La segunda cosa de la que sufre un niño en la cárcel es el hambre. La comida que se le da consiste en un trozo de pan de cárcel generalmente mal cocido y una lata de agua para el desayuno a las siete y media. A las doce recibe la comida, compuesta de una lata de papilla de maíz grueso (gachas), y a las cinco y media recibe un trozo de pan seco y una lata de agua para la cena. Esta dieta en el caso de un hombre adulto fuerte es siempre productora de algún tipo de enfermedad, sobre todo desde luego diarrea, con la debilidad que la acompaña. De hecho, en una cárcel grande los carceleros distribuyen regularmente medicamentos astringentes como algo natural. En el caso de un niño, el niño es, por regla general, incapaz de comer la comida en absoluto. Cualquiera que sepa algo de los

niños sabe lo fácilmente que se trastorna la digestión de un niño por un acceso de llanto, o por algún problema y angustia mental de cualquier tipo. Un niño que ha estado llorando todo el día y quizá la mitad de la noche, en una celda solitaria y débilmente iluminada, y que es presa del terror, simplemente no puede comer alimentos de este tipo, toscos y horribles. En el caso del pequeño niño al que el carcelero Martin dio las galletas, el niño lloraba de hambre el martes por la mañana, y era absolutamente incapaz de comer el pan y el agua que le servían para el desayuno. Martin salió después de haber servido los desayunos y compró las pocas galletas dulces para el niño antes que verlo morir de hambre. Fue una acción hermosa de su parte, y el niño la reconoció como tal, ya que, completamente inconsciente de los reglamentos del Consejo Penitenciario, le contó a uno de los carceleros superiores lo amable que había sido con él este subcarcelero. El resultado fue, desde luego, un informe y un despido.»

Robert Blatchford compara la dieta diaria del pordiosero del asilo con la del soldado, que cuando era soldado no se consideraba suficientemente generosa, y sin embargo es el doble de generosa que la del pordiosero:

CONCEPTO PORDIOSERO SOLDADO

Carne	90 g	340 g
Pan	440 g	680 g
Verduras	170 g	230 g

El pordiosero adulto masculino recibe carne (fuera de la sopa) solo una vez a la semana, y los pordioseros «tienen casi todos ese semblante pálido y pastoso que es la señal segura de la inanición».

Aquí hay una tabla que compara la asignación semanal del funcionario del asilo:

CONCEPTO	FUNCIONARIO PORDIOSERO	
Pan	3,2 kg	3 kg

Carne	2,3 kg	530 g
Tocino	340 g	70 g
Queso	225 g	55 g
Patatas	3,2 kg	680 g
Verduras	2,7 kg	ninguna
Harina	455 g	ninguna
Manteca	55 g	ninguna
Mantequilla	340 g	200 g
Arroz con leche	ninguno	455 g

Y como observa el mismo escritor: «La dieta del funcionario es todavía más generosa que la del pordiosero; pero evidentemente no se considera suficientemente generosa, pues se añade una nota a la tabla del funcionario que dice que "también se hace un pago en efectivo de dos chelines y seis peniques por semana a cada funcionario y sirviente residentes". Si el pordiosero tiene alimento abundante, ¿por qué recibe más el funcionario? Y si el funcionario no tiene demasiado, ¿puede el pordiosero estar debidamente alimentado con menos de la mitad de la cantidad?»

Pero no es solo el habitante del Gueto, el preso y el pordiosero quien pasa hambre. Hodge, el campesino, no sabe siempre lo que es tener el estómago lleno. En verdad, es el estómago vacío lo que lo ha impulsado a la ciudad en grandes cantidades. Investiguemos el modo de vida de un jornalero de una parroquia de la Unión de Beneficencia de Bradfield, en Berkshire. Suponiendo que tenga dos hijos, trabajo estable, una cabaña de alquiler gratuito y un salario semanal medio de trece chelines, equivalente a 3,25 dólares, aquí está su presupuesto semanal:

CONCEPTO

CHELINES PENIQUES

Pan (5 cuartas partes)	1	10
Harina (medio galón)	0	4
Té (115 g)	0	6
Mantequilla (450 g)	1	3
Manteca (450 g)	0	6
Azúcar (2,7 kg)	1	0
Tocino u otra carne (aprox. 115 g)	2	8
Queso (450 g)	0	8
Leche (media lata condensada)	0	3,25
Carbón	1	6
Cerveza	ninguno	—
Tabaco	ninguno	—
Seguro («Prudential»)	0	3
Sindicato de Jornaleros	0	1
Leña, herramientas, dispensario, etc.	0	6
Seguro («Foresters») y margen para ropa	1	1,75
TOTAL	13	0

Los tutores del asilo de la mencionada Unión se enorgullecen de su rígida economía. Le cuesta por pordiosero por semana:

CATEGORÍA CHELINES PENIQUES

Hombres	6	1,5
Mujeres	5	6,5
Niños	5	1,25

Si el jornalero cuyo presupuesto se ha descrito dejara su trabajo y fuera al asilo, le costaría a los tutores:

CATEGORÍA CHELINES PENIQUES

Él mismo	6	1,5
Mujer	5	6,5
Dos hijos	10	2,5
Total	21	10,5

Es decir, aproximadamente 5,46 dólares.

Haría falta más de una guinea para que el asilo cuidara de él y su familia, lo que él, de alguna manera, se las arregla para hacer con trece chelines. Y además, es un hecho admitido que es más barato abastecer a un gran número de personas, comprando, cocinando y sirviendo al por mayor, que abastecer a un número pequeño, pongamos una familia.

Sin embargo, en el momento en que se compiló este presupuesto, había en esa parroquia otra familia, no de cuatro, sino de once personas, que tenían que vivir con un ingreso, no de trece chelines, sino de doce semanales (once en invierno), y que tenía, no una cabaña de alquiler gratuito, sino una cabaña por la que pagaba tres chelines semanales.

Esto hay que entenderlo, y entenderlo claramente: lo que es verdad de Londres en materia de pobreza y degradación, es verdad de toda Inglaterra. Si bien París no es en absoluto Francia, la ciudad de Londres sí es Inglaterra. Las condiciones espantosas que hacen de Londres un infierno hacen igualmente del Reino Unido un infierno. El argumento de que la descentralización de Londres mejoraría las condiciones es vano y falso. Si los 6.000.000 de personas de Londres se repartieran en cien ciudades cada una con una población de 60.000, la miseria estaría descentralizada pero no disminuida. Su suma seguiría siendo igual de grande.

En este caso, el señor B. S. Rowntree, mediante un análisis exhaustivo, ha demostrado para la ciudad de provincias lo que el señor Charles Booth ha demostrado para la metrópoli: que una cuarta parte cabal de los habitantes está condenada a una pobreza que los destruye física y espiritualmente; que una cuarta parte cabal de los habitantes no tiene suficiente para comer, está insuficientemente vestida, cobijada y calentada en un clima riguroso, y está condenada a una degeneración moral que los pone por debajo del salvaje en limpieza y decencia.

Tras escuchar el lamento de un viejo campesino irlandés en Kerry, Robert Blatchford le preguntó qué quería. «El viejo se apoyó en la pala y miró más allá de los campos de turba negra hacia los cielos encapotados. "¿Qué es lo que quiero yo?" dijo; luego, en un tono profundo y lastimero, continuó, más para sí mismo que para mí: "Todos nuestros valientes muchachos y nuestras queridas chicas se han ido al otro lado de los mares, y el agente me ha quitado el cerdo, y la lluvia ha echado a perder las patatas, y soy un hombre viejo, y quiero el Día del Juicio."»

¡El Día del Juicio! Más que él lo quieren. Desde toda la tierra se eleva el clamor del hambre, del Gueto y del campo, de la cárcel y del pabellón de transeúntes, del manicomio y del asilo: el clamor de la gente que no tiene suficiente para comer. Millones de personas, hombres, mujeres, niños, bebés pequeños, los ciegos, los sordos, los cojos, los enfermos, vagabundos y trabajadores, presos y pordioseros, la gente de Irlanda, Inglaterra, Escocia, Gales, que no tienen suficiente para comer. Y esto, ante el hecho de que cinco hombres pueden producir pan para mil; que un obrero puede producir tela de algodón para 250 personas, lana para 300, y botas y zapatos para 1.000. Parecería que 40.000.000 de personas llevan una gran casa, y que la llevan mal. Los ingresos están bien, pero hay algo criminalmente malo en la administración. ¿Y quién se atreve a decir que no está criminalmente mal administrada, esta gran casa, cuando cinco hombres pueden producir pan para mil, y sin embargo millones no tienen suficiente para comer?

CAPÍTULO XXVI

BEBIDA, TEMPLANZA Y AHORRO

Puede decirse que las clases trabajadoras inglesas están empapadas en cerveza. Están embotadas y entumecidas por ella. Su eficiencia se ve tristemente mermada, y pierden cualquier imaginación, inventiva y viveza que les corresponda por derecho de raza. Difícilmente puede llamarse un hábito adquirido, pues están acostumbrados a ella desde la más temprana infancia. Los niños son engendrados en la embriaguez, saturados en bebida antes de tomar el primer aliento, nacidos con su olor y su sabor, y criados en medio de ella.

La taberna es omnipresente. Florece en cada esquina y entre esquinas, y es frecuentada casi tanto por mujeres como por hombres. También se encuentra a niños en ellas, esperando a que sus padres estén listos para irse a casa, bebiendo sorbos de los vasos de sus mayores, escuchando el lenguaje grosero y la conversación degradante, contagiándose de ella, familiarizándose con la licencia y el libertinaje.

La señora Grundy gobierna sobre los trabajadores tan soberanamente como sobre la burguesía; pero en el caso de los trabajadores, la única cosa que no frunce el ceño es la taberna. No

hay deshonor ni vergüenza asociadas a ella, ni a la mujer joven o la chica que la frecuenta habitualmente.

Recuerdo a una chica en una fonda que decía: «Yo nunca bebo bebidas fuertes cuando estoy en una taberna.» Era una camarera joven y bonita, y le estaba exponiendo a otra camarera su eminente respetabilidad y discreción. La señora Grundy trazaba la línea en las bebidas fuertes, pero admitía que era completamente apropiado que una chica limpia y joven bebiera cerveza, y fuera a una taberna a beberla.

No solo esta cerveza no es apta para el consumo de las personas, sino que muy a menudo los hombres y las mujeres no están en condiciones de beberla. Por otro lado, es precisamente su falta de condiciones lo que los impulsa a beberla. Mal alimentados, sufriendo los efectos de la desnutrición y los efectos nocivos del hacinamiento y la sordidez, sus constituciones desarrollan un morboso anhelo de bebida, igual que el estómago enfermizo del obrero de las fábricas de Manchester sobreexcitado tiene sed de cantidades excesivas de encurtidos y alimentos extraños similares. El trabajo y la vida insalubres engendran apetitos y deseos insalubres. No se puede tratar a un hombre peor que a un caballo de trabajo, y alojarlo y alimentarlo como a un cerdo, y al mismo tiempo hacer que tenga ideales y aspiraciones limpios y sanos.

A medida que desaparece la vida hogareña, aparece la taberna. No solo tienen un apetito anormal de bebida los hombres y mujeres que trabajan en exceso, están agotados, sufren de estómagos estropeados y mal saneamiento, y están embotados por la fealdad y la monotonía de la existencia, sino que los hombres y mujeres gregarios que no tienen vida hogareña huyen a la taberna brillante y ruidosa en un vano intento de expresar su gregarismo. Y cuando una familia vive en una pequeña habitación, la vida hogareña es imposible.

Un breve examen de semejante vivienda servirá para sacar a la luz una causa importante del alcoholismo. Aquí la familia se levanta por la mañana, se viste y hace su aseo, el padre, la madre, los hijos

e hijas, y en la misma habitación, hombro con hombro (pues la habitación es pequeña), la esposa y madre prepara el desayuno. Y en la misma habitación, pesada y nauseabunda con las exhalaciones de sus cuerpos apretados durante toda la noche, ese desayuno es consumido. El padre se va al trabajo, los hijos mayores van a la escuela o a la calle, y la madre se queda con sus criaturas que se arrastran y dan sus primeros pasos para hacer las tareas del hogar, siempre en la misma habitación. Aquí lava la ropa, llenando el espacio confinado con agua jabonosa y el olor de la ropa sucia, y encima cuelga el lino mojado a secar.

Aquí, por la tarde, entre los múltiples olores del día, la familia va a su virtuoso lecho. Es decir, en la cama (si es que tienen cama) se amontonan tantos como caben, y el sobrante se tiende en el suelo. Y esta es la rueda de su existencia, mes tras mes, año tras año, pues nunca tienen vacaciones salvo cuando los desahucian. Cuando muere un niño, y algunos siempre están condenados a morir, dado que el cincuenta y cinco por ciento de los niños del East End muere antes de los cinco años, el cuerpo es tendido en la misma habitación. Y si son muy pobres, se guarda durante algún tiempo hasta que puedan enterrarlo. Durante el día está sobre la cama; durante la noche, cuando los vivos toman la cama, el muerto ocupa la mesa, de la cual, por la mañana, cuando el muerto es devuelto a la cama, desayunan. A veces el cuerpo es colocado en el estante que sirve de despensa para su comida. Solo un par de semanas atrás, una mujer del East End estaba en apuros porque, de esta manera, al no poder enterrarlo, había tenido a su hijo muerto tres semanas.

Ahora bien, una habitación como la que he descrito no es un hogar sino un horror; y los hombres y las mujeres que huyen de ella a la taberna son dignos de lástima, no de culpa. Hay 300.000 personas en Londres divididas en familias que viven en habitaciones individuales, mientras que hay 900.000 que están alojadas ilegalmente según la Ley de Salud Pública de 1891, un campo de reclutamiento respetable para el negocio de la bebida.

Luego están la inseguridad de la felicidad, la precariedad de la existencia, el bien fundado miedo al futuro: factores poderosos en el impulso de las personas hacia la bebida. La miseria se retuerce en busca de alivio, y en la taberna se alivia su dolor y se obtiene el olvido. Es insalubre. Sin duda lo es, pero todo lo demás en sus vidas es insalubre, mientras que esto aporta el olvido que nada más en sus vidas puede aportar. Incluso los exalta, y los hace sentir que son mejores y más finos, aunque al mismo tiempo los arrastra hacia abajo y los hace más bestiales que nunca. Para el hombre o la mujer desgraciada, es una carrera entre miserias que termina con la muerte.

No sirve de nada predicar la templanza y el abstemismo a esta gente. El hábito de la bebida puede ser la causa de muchas miserias; pero es, a su vez, el efecto de otras miserias anteriores. Los defensores de la templanza pueden predicar hasta el agotamiento sobre los males de la bebida, pero hasta que no sean abolidos los males que llevan a las personas a beber, la bebida y sus males subsistirán.

Hasta que la gente que intenta ayudar no comprenda esto, sus esfuerzos bienintencionados serán infructuosos, y ofrecerán un espectáculo capaz solo de hacer reír al Olimpo. He recorrido una exposición de arte japonés, montada para los pobres de Whitechapel con la idea de elevarlos, de engendrar en ellos anhelos por lo Bello, lo Verdadero y lo Bueno. Dando por sentado (lo que no es así) que la gente pobre aprende así a conocer y anhelar lo Bello, lo Verdadero y lo Bueno, los crudos hechos de su existencia y la ley social que condena a uno de cada tres a una muerte de caridad pública demuestran que ese conocimiento y ese anhelo no serán más que una maldición adicional para ellos. Tendrán tanto más que olvidar que si nunca hubieran conocido ni anhelado. Si el Destino me encadenara hoy a la vida de un esclavo del East End por el resto de mis años, y si el Destino me concediera un solo deseo, pediría poder olvidar todo lo relativo a lo Bello, lo Verdadero y lo Bueno; poder olvidar todo lo que había aprendido de los libros abiertos, y olvidar las personas que había conocido, las cosas que había oído y las

tierras que había visto. Y si el Destino no me lo concediera, estoy bastante seguro de que me emborracharía y lo olvidaría tan a menudo como fuera posible.

¡Esta gente que intenta ayudar! Sus asentamientos universitarios, misiones, obras de caridad y demás son fracasos. Por su propia naturaleza no pueden ser otra cosa que fracasos. Están mal concebidos, aunque sinceramente. Se aproximan a la vida a través de una incompreensión de la vida, esta buena gente. No entiende el West End, y sin embargo bajan al East End como maestros y sabios. No entiende la sencilla sociología de Cristo, y sin embargo acude a los miserables y los despreciados con la pompa de los redentores sociales. Han trabajado con fidelidad, pero aparte de aliviar una fracción infinitesimal de la miseria y recoger cierta cantidad de datos que podrían haberse recogido de manera más científica y menos costosa, no han conseguido nada.

Como alguien ha dicho, hacen todo por los pobres excepto bajarse de sus espaldas. El propio dinero que derrochan en sus planes infantiles ha sido arrancado a los pobres. Vienen de una raza de bípedos prósperos y predatorios que se interponen entre el trabajador y su salario, e intentan decirle al trabajador qué hará con el mísero saldo que le queda. ¿De qué sirve, en nombre de Dios, establecer guarderías para obreras, en las que, por ejemplo, se recibe a un niño mientras la madre fabrica violetas en Islington a tres octavos de penique por gruesa, cuando están naciendo más niños y fabricantes de violetas de los que pueden atender? Esta fabricante de violetas maneja cada flor cuatro veces, 576 manipulaciones por tres octavos de penique, y en el día maneja las flores 6.912 veces por un salario de nueve peniques. La están robando. Alguien está sobre sus espaldas, y un anhelo por lo Bello, lo Verdadero y lo Bueno no aligerará su carga. Ellos no hacen nada por ella, estos diletantes; y lo que no hacen por la madre, deshace por la noche, cuando el niño vuelve a casa, todo lo que han hecho por el niño durante el día.

Y todos y cada uno de ellos se unen en enseñar una mentira fundamental. No saben que es una mentira, pero su ignorancia no la hace más verdad. Y la mentira que predicán es el «ahorro». Un instante bastará para demostrarlo. En el superpoblado Londres, la lucha por una oportunidad de trabajar es intensa, y a causa de esta lucha los salarios se hunden hasta el mínimo de subsistencia. Ser ahorrativo significa para un trabajador gastar menos de lo que ingresa, en otras palabras, vivir con menos. Esto equivale a rebajar el nivel de vida. En la competencia por una oportunidad de trabajar, el hombre con un nivel de vida más bajo ofrecerá menos que el hombre con un nivel de vida más alto. Y un pequeño grupo de estos trabajadores ahorradores en cualquier industria superpoblada rebajará permanentemente los salarios de esa industria. Y los ahorradores ya no serán ahorradores, pues sus ingresos se habrán reducido hasta que se equiparen a sus gastos.

En resumen, el ahorro niega el ahorro. Si cada trabajador de Inglaterra hiciera caso a los predicadores del ahorro y redujera los gastos a la mitad, la condición de haber más hombres para trabajar que trabajo para los hombres reduciría rápidamente los salarios a la mitad. Y entonces ninguno de los trabajadores de Inglaterra sería ahorrador, pues vivirían conforme a sus ingresos reducidos. Los predicadores del ahorro de corta visión se quedarían naturalmente atónitos ante el resultado. La medida de su fracaso sería exactamente la medida del éxito de su propaganda. Y de todos modos, es pura tontería y simpleza predicar el ahorro a los 1.800.000 trabajadores de Londres que están divididos en familias con un ingreso total de menos de 21 chelines semanales, de los cuales entre una cuarta parte y la mitad hay que pagar de alquiler.

En cuanto a la futilidad de la gente que intenta ayudar, deseo hacer una excepción notable y noble, a saber, los Hogares del Doctor Barnardo. El doctor Barnardo es un cazador de niños. Primero los caza cuando son pequeños, antes de que estén cuajados, endurecidos, en el vicioso molde social; y luego los envía a crecer y formarse en otro molde social mejor. Hasta la fecha ha sacado del país a 13.340 chicos, la mayoría a Canadá, y no uno de cada

cincuenta ha fracasado. Un historial espléndido, si se tiene en cuenta que estos muchachos son vagabundos y extraviados, sin hogar ni padres, arrancados del mismísimo fondo del Abismo, y cuarenta y nueve de cada cincuenta convertidos en hombres.

Cada veinticuatro horas del año el doctor Barnardo arrebató nueve vagabundos de las calles; puede comprenderse así el inmenso campo en que trabaja. La gente que intenta ayudar tiene algo que aprender de él. No juega con paliativos. Rastrea la maldad y la miseria sociales hasta sus fuentes. Arranca a la prole de la gente del arroyo de su entorno pestilente, y les da un entorno sano y saludable en el que ser moldeados y formados como hombres.

Cuando la gente que intenta ayudar deje de jugar y enredar con guarderías y exposiciones de arte japonés, y vuelva a aprender su West End y la sociología de Cristo, estará en mejores condiciones para ponerse a la obra que debería estar haciendo en el mundo. Y si se pone a la obra, seguirá el ejemplo del doctor Barnardo, solo que a una escala tan grande como grande es la nación. No meterán a la fuerza el anhelo por lo Bello, lo Verdadero y lo Bueno en la garganta de la mujer que hace violetas por tres octavos de penique por gruesa, sino que harán que alguien se baje de sus espaldas y deje de atiborrarse hasta que, como los romanos, tenga que ir al baño a sudarlo. Y para su consternación, descubrirán que ellos mismos tendrán que bajarse de las espaldas de esa mujer, así como de las espaldas de otras mujeres y niños de los que no soñaban estar montados encima.

CAPÍTULO XXVII

LA ADMINISTRACIÓN

En este capítulo final convendría examinar el Abismo Social en su aspecto más amplio, y plantear ciertas preguntas a la Civilización, por cuyas respuestas la Civilización habrá de mantenerse o caer. Por ejemplo, ¿ha mejorado la Civilización la suerte del hombre? «Hombre», lo uso en su sentido democrático, queriendo decir el hombre medio. Así que la pregunta se reformula: ¿Ha mejorado la Civilización la suerte del hombre medio?

Veamos. En Alaska, a orillas del río Yukón, cerca de su desembocadura, viven los inuit. Son un pueblo muy primitivo, que no manifiesta más que tenues vislumbres de ese tremendo artificio llamado Civilización. Su capital asciende posiblemente a 2 libras per cápita. Cazán y pescan su comida con lanzas y flechas de punta de hueso. Nunca sufren por falta de cobijo. Sus ropas, hechas en gran parte con pieles de animales, son abrigadas. Siempre tienen combustible para el fuego, así como madera para sus casas, que construyen en parte bajo tierra y en las que descansan cómodamente durante los períodos de frío intenso. En verano viven en tiendas, abiertas a todo viento y frescas. Son sanos, fuertes y felices. Su único problema es el alimento. Tienen sus tiempos de

abundancia y tiempos de hambre. En los buenos tiempos se banquetean; en los malos tiempos mueren de hambre. Pero el hambre como condición crónica, presente en un gran número de ellos todo el tiempo, es algo desconocido. Además, no tienen deudas.

En el Reino Unido, a orillas del Océano Atlántico, vive la gente inglesa. Es un pueblo consumadamente civilizado. Su capital asciende a al menos 300 libras per cápita. Obtienen su alimento, no cazando y pescando, sino trabajando en colosales artificios. En su mayor parte, sufren por falta de cobijo. La mayoría de ellos están pésimamente alojados, no tienen suficiente combustible para mantenerse calientes, y están insuficientemente vestidos. Un número constante no tiene ninguna casa en absoluto, y duerme sin techo bajo las estrellas. Muchos se encuentran, en verano e invierno, tiritando en las calles con sus harapos. Tienen buenos tiempos y malos. En los buenos tiempos la mayoría se las arregla para comer suficiente; en los malos tiempos mueren de hambre. Están muriendo ahora, murieron ayer y el año pasado, morirán mañana y el año próximo, de hambre; pues ellos, a diferencia del inuit, sufren una condición crónica de hambre. Hay 40.000.000 de ingleses, y 939 de cada 1.000 mueren en la pobreza, mientras que un ejército constante de 8.000.000 se debate en el filo de la navaja del hambre. Además, cada bebé que nace, nace con una deuda de 22 libras. Esto se debe a un artificio llamado Deuda Nacional.

En una comparación justa entre el inuit medio y el inglés medio, se verá que la vida es menos rigurosa para el inuit; que mientras el inuit sufre hambre solo en los malos tiempos, el inglés sufre también en los buenos tiempos; que ningún inuit carece de combustible, ropa o cobijo, mientras que el inglés carece permanentemente de estas tres necesidades. En este sentido conviene citar el juicio de un hombre como Huxley. Del conocimiento adquirido como médico en el East End londinense, y como científico que investiga entre los salvajes más elementales, concluye: «Si se me presentara la alternativa, preferiría deliberadamente la vida del salvaje a la de esa gente del Londres cristiano.»

Las comodidades materiales que disfruta el hombre son el producto del trabajo del hombre. Dado que la Civilización no ha sido capaz de dar al inglés medio una alimentación y un cobijo equivalentes a los que disfruta el inuit, surge la pregunta: ¿Ha aumentado la Civilización la capacidad productiva del hombre medio? Si no ha aumentado la capacidad productiva del hombre, entonces la Civilización no puede sostenerse.

Pero se admitirá de inmediato que la Civilización ha aumentado la capacidad productiva del hombre. Cinco hombres pueden producir pan para mil. Un hombre puede producir tela de algodón para 250 personas, lana para 300, y botas y zapatos para 1.000. Sin embargo, en las páginas de este libro se ha demostrado que millones de ingleses no reciben suficiente comida, ropa y calzado. Entonces surge la tercera pregunta, inexorable: Si la Civilización ha aumentado la capacidad productiva del hombre medio, ¿por qué no ha mejorado la suerte del hombre medio?

Solo puede haber una respuesta: MALA ADMINISTRACIÓN. La Civilización ha hecho posible toda clase de comodidades materiales y placeres del corazón. En estos no participa el inglés medio. Si no puede participar nunca en ellos, la Civilización fracasa. No hay razón para la existencia continuada de un artificio tan declaradamente un fracaso. Pero es imposible que los hombres hayan levantado este tremendo artificio en vano. Aturde el intelecto. Reconocer una derrota tan aplastante es asestar el golpe de gracia al esfuerzo y al progreso.

Una sola alternativa más, y solo una, se presenta. La Civilización debe ser compelida a mejorar la suerte del hombre medio. Aceptado esto, se convierte de inmediato en una cuestión de gestión empresarial. Las cosas rentables deben continuarse; las no rentables deben eliminarse. O el Imperio es un beneficio para Inglaterra, o es una pérdida. Si es una pérdida, hay que deshacerse de él. Si es un beneficio, hay que administrarlo de modo que el hombre medio participe en los beneficios.

Si la lucha por la supremacía comercial es rentable, continúese. Si no lo es, si perjudica al trabajador y hace que su suerte sea peor que la del salvaje, entonces arrójenlos al mar los mercados exteriores y el imperialismo industrial. Pues es un hecho patente que si 40.000.000 de personas, ayudadas por la Civilización, poseen una capacidad productiva individual mayor que la de los inuit, entonces esas 40.000.000 de personas deberían disfrutar de más comodidades materiales y placeres del corazón de los que disfrutaban los inuit.

Si los 400.000 caballeros ingleses «sin ocupación», según sus propias declaraciones en el Censo de 1881, no son rentables, acábese con ellos. Póngaseles a trabajar arando cotos de caza y plantando patatas. Si son rentables, continúense por todos los medios, pero asegúrese de que el inglés medio participe en algo de los beneficios que producen al no trabajar en ninguna ocupación.

En resumen, la sociedad debe reorganizarse, y ponerse una administración capaz al frente. Que la administración actual es incapaz, no admite discusión. Ha desangrado al Reino Unido de su savia vital. Ha debilitado a la gente que se quedó en casa hasta el punto de que ya no puede seguir luchando en la vanguardia de las naciones que compiten. Ha construido un West End y un East End tan grandes como es grande el reino, en los que un extremo es licencioso y podrido, y el otro está enfermizo y subalimentado.

Un vasto imperio se está hundiendo en las manos de esta administración incapaz. Y por «imperio» se entiende la maquinaria política que mantiene unidos a los pueblos de habla inglesa del mundo fuera de los Estados Unidos. Ni se afirma esto con espíritu pesimista. El imperio de la sangre es mayor que el imperio político, y los ingleses del Nuevo Mundo y las Antípodas son tan fuertes y vigorosos como siempre. Pero el imperio político bajo el que están nominalmente agrupados está pereciendo. La máquina política conocida como el Imperio Británico está declinando. En manos de su administración está perdiendo impulso cada día.

Es inevitable que esta administración, que ha gestionado tan groseramente y criminalmente, sea barrida. No solo ha sido derrochadora e ineficiente, sino que ha malversado los fondos. Cada pordiosero consumido y pálido, cada ciego, cada bebé de la cárcel, cada hombre, mujer y niño con las tripas retorciéndose de hambre, tiene hambre porque los fondos han sido malversados por la administración.

Y ningún miembro de esta clase dirigente puede declararse inocente ante el tribunal del Juicio de los Hombres. «Los vivos en sus casas, y en sus tumbas los muertos», son interpelados por cada bebé que muere de desnutrición, por cada chica que huye del taller de explotación hacia el paseo nocturno de Piccadilly, por cada trabajador agotado que se arroja al canal. La comida que come esta clase dirigente, el vino que bebe, el espectáculo que ofrece y la ropa fina que viste son interpelados por ocho millones de bocas que nunca han tenido suficiente para llenarlas, y por dieciséis millones de cuerpos que nunca han estado suficientemente vestidos y cobijados.

No puede haber error. La Civilización ha multiplicado por cien la capacidad productiva del hombre, y a través de la mala administración los hombres de la Civilización viven peor que las bestias y tienen menos para comer y vestir y protegerse de los elementos que el salvaje inuit en un clima frígido que vive hoy como vivía en la Edad de Piedra hace diez mil años.

DESAFÍO

Recuerdo vagamente una historia que se cuenta en alguna antigua leyenda española o crónica de antaño.

Fue cuando el valiente rey Sancho cayó ante Zamora, y su gran ejército sitiador acampaba en la llanura.

Don Diego de Ordóñez salió al frente de todos y lanzó bien alto su desafío a los centinelas en el muro.

A toda la gente de Zamora, tanto a los nacidos como a los nonatos, los desafió como traidores con palabras burlescas y de escarnio.

A los vivos en sus casas, y en sus tumbas a los muertos, y a las aguas en sus ríos, y a su vino, y aceite, y pan.

Hay un ejército más grande que nos rodea con su lucha, un ejército hambriento e innumerable a todas las puertas de la vida.

Los millones en la pobreza que reclaman nuestro vino y nuestro pan, y nos acusan a todos de traidores, tanto a los vivos como a los muertos.

Y siempre que me siento en el banquete donde son altos el festín y la canción, en medio de la alegría y la música puedo oír ese grito espantoso.

Y rostros huecos y demacrados miran hacia el salón iluminado, y manos consumidas se extienden para atrapar las migajas que caen.

*Y dentro hay luz y abundancia, y fragancias que llenan el aire;
pero fuera hay frío y tinieblas, y hambre y desesperación.*

*Y allí en el campamento del hambre, en el viento, el frío y la lluvia,
Cristo, el gran Señor del Ejército, yace muerto en la llanura.*

LONGFELLOW

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB